BERLIN, A VIDA O MUERTE

MIGUEL EZQUERRA

Prólogo de
Rafael García Serrano



GARCÍA HIPAN, Editor, S.L.

SINOPSIS

Miguel Ezquerra fue uno de los muchos españoles, que, llevados por su amor al Falangismo, a España y tras haber sido testigos, en muchos casos, de terribles crímenes por parte del comunismo en el seno de sus familias, optaron por seguir a Serrano Súñer en su histórica frase de "Rusia es culpable". Tras ser licenciado en la División Azul, Ezquerra pasó clandestinamente a Alemania, donde se enroló en las Waffen—SS, de las que llegó a ser SS—Obersturmbannführer (Teniente Coronel). "Berlín, a vida o muerte" es la historia, desesperada donde las hubiere, de un grupo de hombres, en su mayoría falangistas españoles, que, al mando del autor de este libro, Miguel Ezquerra, lucharon en el Berlín de 1945 hasta la caída del III Reich. Héroes anónimos que impidieron durante días y semanas el avance de las tropas rusas que arrasaban y asolaban, allí por donde pasaban, la otrora Gran Europa o Reich de los Mil Años. Con un valor que rayaba la locura, con un amor como sólo lo saben expresar los luchadores natos y con una bandera de España en el corazón, la Unidad Ezquerra llegó hasta el búnker del Führer, como aquí narra, y mantuvo sus posiciones hasta el último hombre, hasta el último cartucho. Firmada la rendición de Berlín, a Miguel Ezquerra le quedará la batalla más dura: lograr volver vivo a su España natal, atravesando Alemania y Francia, completamente tomadas por el enemigo.

EL AUTOR

De Miguel Ezquerra se podrían escribir páginas sin fin encadenadas a una vida siempre al servicio del más alto Ideal de nuestra Patria.

En la II Guerra Mundial fueron muchos los camaradas que llevados por su amor al falangismo, a España y tras haber sido testigos en muchos casos de verdaderos crímenes por parte del comunismo en el seno de sus familias, optaron por seguir a Serrano Súñer en su histórica frase de "Rusia es culpable".

Miguel Ezquerra fue el paradigma de estos hombres: luchador sin fin, desde los momentos más dulces de las victorias alemanas en todos los frentes, hasta el fin del Reich de los Mil Años en el Berlín de 1945.

Ezquerra no dejó nunca, aún años después de terminada la gran contienda, de luchar por sus camaradas. Siempre que hacía falta buscarlos para cualquier asunto, allí estaba Miguel: enérgico, paternal, convincente... Todo eso simbolizaba un estilo y una forma de ser que como él diría años más tarde, ganó en los blancos campos de batalla de Alemania.

Dios le tenga siempre junto a sus camaradas, en los luceros que alumbran nuestro camino cada día.

ÍNDICE

PRÓLOGO

— Tenía a punto mis notas para escribir este prologuillo, cuando alguien me advirtió:

— Si se te va a ocurrir hacer un pequeño paralelo entre Miguel Ezquerra y su lejano antepasado Alonso de Contreras, abstente…

— ¿Por qué?

— Porque eso mismo ya lo hizo Víctor de la Serna en otra ocasión.

De modo que, una vez más, mi viejo maestro y amigo Víctor de la Serna me ha pisado el poncho, cosa, por supuesto, que es natural.

En cualquier caso hay algo de común en estos dos soldados de tan distinto tiempo, y el nexo radica en la vocación militar y en lo fabuloso. Según mi leal saber y entender, a Miguel Ezquerra le ha fallado el no encontrar en su camino madrileño a un escritor del calibre de Lope de Vega, como le ocurrió a Contreras, que, con su sola amistad y consejo, otorgaba grados de nobleza literaria. Pero no le falla, y no puede decirse que le sobre, porque, a mi modo de ver, de eso siempre falta, lo fabuloso. En los últimos días de Berlín, Miguel Ezquerra, ya teniente coronel de las SS, es llamado por Hitler a su búnker, donde nuestro soldado le agradece la distinción que le concede Hitler, a su lógico parecer la suprema, pero la rechaza, porque él es español hasta las cachas y piensa en serlo hasta más allá de la muerte. Y aquél té fuerte con Goebbels y los generales leales y aquella visión de Martin Bormann, que inclina la cabeza ante el zumbido de las balas, detalle que, aunque no subraye, por el contexto se deduce que molesta a Miguel Ezquerra, empeñado, con un puñado de españoles, en la defensa imposible de la Cancillería ante la revancha roja.

Miguel Ezquerra mandó una unidad de españoles dentro de la SS, unidad que llevó su propio nombre, como sucedía en los tiempos de los Tercios Viejos o de los de Naciones, cuando los coroneles apellidaban sus coronelías, acaso porque de este modo la intimidad militar adquiría unos caracteres familiares ligados también a la antigua *fides iberica*.

Por este relato seco, duro, óseo, no circula ni una palabra de más. Todo está dicho con una sequedad infinita, del mismo modo que al dar un parte no se intentan filigranas literarias. Así como no existe un parte floreado, no existe la menor floritura en el testimonio personal de Miguel Ezquerra, cuya larga peripecia combatiente asombrará al curioso lector tanto como la capacidad de síntesis de su primer capítulo, que arranca el 18 de julio en Huesca y termina después de seiscientas palabras con singular laconismo: "Era teniente provisional. Solicité mi licenciamiento y, una vez concedido, reanudé mis tareas

de maestro nacional."

No hubiera dicho más aquel sujeto romano con el que nos atosigaban en el colegio, a la hora de dejar la espada y ponerse a empuñar el arado para labrar la tierra.

Este es el libro de los que lucharon por una Europa nueva, si es que Europa existe, y fueron derrotados por el rulo soviético, único vencedor de aquella guerra que, si no ganaron del todo los Estados Unidos, perdieron por completo el fenecido Imperio Británico y sus servidores continentales. Aquí no hay culpa que purgar, ni reproche que hacer. Aquí están los soldados de una ilusión perdida batiéndose hasta el fin.

Miguel Ezquerra era uno de ellos y mandó a un buen puñado de españoles en este combate perdido. No hizo una guerra mercenaria. Hizo una guerra de voluntario. Y ahora nos da, en estas páginas, una parte de su memoria.

Rafael García Serrano

LOS PRECEDENTES: EN LA GUERRA DE ESPAÑA Y EN LA DIVISIÓN AZUL

La ibérica Huesca es una de tantas capitales de provincia, curtida entre duras guerras e inevitables reconquistas. Desde aquella lejana ocasión en la que se mostró partidaria de Julio César en sus luchas contra Pompeyo, ha visto pasear por su amurallado recinto a romanos, godos, árabes y cristianos. Con la braveza acumulada durante siglos, en las horas de dramática duda de julio de 1936, optó por el alzamiento militar. Y en consecuencia sufrió dos años de constante asedio.

Todos los españoles recordamos aquel mes de julio. Para mí, la imagen que lo refleja es la de un grupo de muchachos jóvenes, entre los dieciocho y los veinticinco años, sentados en una terraza del Café Universal. En una de aquellas mesas que estaban en los arcos de los porches, entonábamos una y otra vez el "Cara al Sol". Mutilábamos muchas de las estrofas, volvíamos a repetir comenzado, pero nunca lográbamos que nos saliera como debía cantarse.

Allí estaban Perico y Moncho, maestros nacionales, Fontana, contable, Pintado, agricultor, Ena, comerciante, y algunos más. Nunca dejaba de visitarnos un guardia civil amigo. Aquella era la mesa de los "fascistas", una isla rodeada de agua roja o derechista por todas partes. Las mesas que nos circundaban estaban ocupadas por enemigos ideológicos, pero como sabían que estábamos dispuestos a todo, respetaban hasta nuestras sillas.

Así llegó el día en que se declaró el estado de guerra. Era el sábado 18 de julio. Los militares que pasaban por las calles iban con la pistola al cinto. Nuestro amigo el guardia civil nos informó de que las tropas de África se habían sublevado. El Gobierno Civil era un hervidero de gente. A las últimas horas de la tarde, las autoridades locales se movían con rapidez. Todos aquellos jefes y jefecillos de los partidos políticos, que se creían verdaderos napoleones, daban órdenes y pedían armas.

Nosotros, como hacíamos todos los días, nos sentamos en nuestra mesa. Las de los marxistas no estaban tan concurridas como en días anteriores.

Los pocos que había, cuchicheaban con los que llegaban. Pronto nos dimos cuenta de que aquello no era un juego. Teníamos que estar prevenidos, y ciertamente estábamos dispuestos a todo. Es probable que aquel descaro nos protegiera de ser apaleados.

Era ya tarde cuando mis camaradas se retiraron. Con alguno de ellos me dediqué a recorrer los bares. En todos, las radios nos repetían una y otra vez, con sus altavoces a gran potencia, los continuos comunicados de Madrid. El asunto estaba al rojo vivo. Serían

las dos de la madrugada, o quizás más tarde, cuando me retiré a la pensión.

Era imposible dormir en calma aquella noche. Cada minuto que transcurría, sentía como se ahondaba más y más el foso que nos separaría durante tres años a los españoles. Nadie sabía hacia donde íbamos, pero los desastres que habían jalonado los cinco años de República la acusaban ante el mundo de haber agravado los problemas de nuestro país.

A primera hora de la mañana, el guardia de asalto que vivía en la misma pensión, fue el primero en avisarme de que el Ejército había salido a las calles de Huesca para declarar el estado de guerra. Me vestí apresuradamente y fuimos al Gobierno Militar. Al dar el nombre del capitán Adrados, que también militaba en Falange Española, un centinela me acompañó hasta su despacho. De allí pasé a otro, donde se encontraban el capitán Miguel González Ruiz, y dos camaradas que se me habían adelantado. Tres fue por tanto el número de mi licencia de uso de armas, que me entregó el capitán con el sello del Gobierno Militar. Muchas otras serían entregadas en aquellas horas decisivas, y las milicias marxistas, a pesar de sus entrenamientos para la lucha callejera, hubieron de capitular.

Aquel domingo 19 de julio de 1936, como un español más de filas, comencé mi campaña. Con la mochila repleta de esperanzas, conocí los frentes de Madrid, Aragón y Extremadura. Tres años después, terminada la guerra, fui destinado a Málaga con la compañía que mandaba. Era teniente provisional. Solicité mi licenciamiento y, una vez concedido, reanudé mis tareas de maestro nacional.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, yo me encontraba en Madrid. Decidido a ayudar personalmente a quienes nos habían apoyado frente al comunismo, me presenté en la Embajada Alemana. Me dijeron que me lo agradecían, y tomaron nota de mi dirección por si algún día precisaban mis servicios.

Por el ministerio de Asuntos Exteriores fui destinado a Francia como profesor de español. Mi escuela estaba en Bayona. Aquel mismo año de 1940 fue batido el ejército francés por los alemanes. Para salvar al país del desastre, los franceses reclamaron los servicios del mariscal Pétain, entonces embajador en España.

Al año siguiente, el gobierno alemán, decidido a poner fin a la amenaza comunista, y creyendo que los ingleses accederían a una paz honrosa, inició la campaña del Este. Millones de europeos marcharon como voluntarios a aquél frente. También a mí, me llegaron a Francia aquellas palabras pronunciadas en un discurso por un ministro español: "¡Rusia es culpable!".

No lo pensé ni pedí permiso a nadie. Me puse en camino, pasé la frontera, y sin pérdida de tiempo me presenté en Madrid. Busqué a mis amigos, recurrí a todos, pues quería incorporarme con mis camaradas para seguir luchando contra el enemigo de la civilización europea, contra el comunismo. Pedí, supliqué, recurrí a todos los procedimientos, pero no hubo modo de conseguir un puesto en las filas de la División

Azul. Todo estaba cubierto, sobraba gente. Siempre estuve pendiente de que la Embajada alemana tomara en consideración mi ofrecimiento, pero no conseguí nada hasta que más tarde se iniciaron los relevos a finales de 1942. Al fin había llegado mi hora, y conseguía lo que con tanta ilusión había deseado siempre. No tuve que pensarlo mucho, y me alisté como soldado. Llegué a Logroño y no me dejaron salir, pues había una orden de que todos los que habían sido oficiales provisionales debían partir con el mismo grado. Al fin lo hice como teniente, en el batallón en marcha que mandaba el comandante Millán. Desde aquel momento tuve por compañeros y jefes a dos grandes capitanes, Ruiz Molina y Carretero.

Estuve en la División Azul[1] hasta el 7 de octubre de 1943, fecha en que la unidad recibió la orden de volver a España.

CAPÍTULO I

En mi patria, el ambiente me ahogaba. No me gustaban muchas de las cosas que veía a mi alrededor. Pero, por encima de todo, me sentía asaltado por la añoranza de mi época de combatiente en Rusia con todas sus grandezas y todas sus miserias, defendiendo la civilización europea contra los embates de la estepa. Cuando el agobio se me hizo insoportable, acudí a la Embajada de Alemania en Madrid, inquiriendo si podría volver a formar parte del ejército germano, caso de que regresara a Alemania. La respuesta fue afirmativa… a condición de que llegara a Alemania por mis propios medios, ya que la Embajada no podía proporcionarme ninguna ayuda oficial.

A raíz de la retirada de la División Azul del frente ruso, Hitler había autorizado la creación de una unidad formada por españoles que representara a nuestra patria en la lucha contra el comunismo. Pero el conde de Jordana, que en aquella época era Ministro de Asuntos Exteriores, había transmitido al embajador alemán en Madrid las órdenes concretas que había recibido del Generalísimo Franco: la frontera franco—española debía permanecer cerrada para todos aquellos españoles que quisieran cruzarla para alistarse en el ejército alemán. Y el embajador Dieckhoff respetó escrupulosamente la voluntad del Gobierno español, negándose a prestar cualquier clase de ayuda a los que pretendan trasladarse a Alemania.

Sin embargo, mi decisión era firme: volvería a Alemania.

Me dirigí inmediatamente a la estación del Norte para consultar el horario de los trenes: aquella misma noche salía un expreso Madrid—Irún. Era el 2 de abril de 1944.

En un pueblecito de la provincia de Sevilla quedaban mi mujer, recién operada, y mis dos hijas de corta edad. Esta era la única nube que empañaba de melancolía el cielo de mi emoción…

El viaje no fue cómodo. Todas las plazas del compartimiento de tercera estaban ocupadas, pero tuve la suerte de poder acomodarme junto a una de las ventanillas. Era de noche y no podía ver el paisaje. Al cerrar los ojos me acosaba el recuerdo de mi mujer y de mis hijitas. La charla de mis compañeros de viaje no me interesaba; mejor dicho, no la oía. El monótono traqueteo de las ruedas del tren parecía traer a mis oídos, como un reproche obsesionante, la voz de mi mujer, llamándome: "¡Miguel!… ¡Miguel!…"

Poco a poco, mis compañeros de compartimiento fueron quedándose dormidos, en las posturas más absurdas. Yo seguía sumido en mis pensamientos, favorecidos ahora por el silencio y la semipenumbra que me rodeaban.

Al amanecer llegamos a la estación de Miranda de Ebro, donde nuestro tren recogía a los viajeros procedentes de la región gallega. Vi subir a un grupo de jóvenes que, o mucho me equivocaba, o tenían el mismo punto de destino que yo. En efecto, poco después de que el tren reanudara su marcha nos habíamos dado a conocer y sabíamos cuáles eran nuestros propósitos. Todos ellos eran antiguos divisionarios, a excepción de los dos más jóvenes, que pertenecían al Frente de Juventudes.

Al llegar a Irún nos fraccionamos en varios grupos, para no llamar la atención de las autoridades, y fuimos a parar todos al mismo alojamiento: la Pensión España. Pasamos el día en Irún buscando la solución al problema que teníamos planteado: cruzar la frontera y presentarnos a las autoridades alemanas.

Durante la cena discutimos lo que nos convenía hacer para pasar a Francia sin ser detenidos. Lo mismo que a la llegada, nos fraccionamos en grupos de dos, o a lo sumo tres, para no despertar sospechas, y nos dedicamos a recorrer en plan de paseo las proximidades de los puestos fronterizos, estudiando los lugares que ofrecían mejores posibilidades para intentar el asalto. A mí me acompañaba Pepe, un gallego que en la División Azul había sido condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase. Era un muchacho alegre, simpático y decidido. No podía haber escogido mejor camarada para el éxito de nuestra empresa…

Mientras enfilábamos la carretera que conduce al puente internacional, le expliqué lo que pensaba hacer.

Debido al intenso calor, me había quitado la chaqueta, colgándola sobre mi hombro izquierdo y sujetándola con la mano del mismo lado. Metida en el cinturón, debajo de la camisa, llevaba una pistola Llama del nueve largo. Nos acercamos al centinela, un guardia civil de fronteras. Me dirigí hacia él sonriente, como si me dispusiera a preguntarle algo… y cuando se quiso dar cuenta le estaba apuntando con mi pistola, al tiempo que le decía: "¡Cuidado, amigo!" Cogido por sorpresa, el centinela quedó como petrificado, sin mover ni un solo músculo.

— ¡Salta, Pepe! —grité.

Mi compañero saltó la barrera y echó a correr como alma que lleva el diablo. Yo hice lo mismo, utilizando el paso libre que cubría el centinela. Cuando llegué al centro del puente disparé tres veces al aire… pero al final de mi carrera, del lado francés, vallado con alambre de espino, los soldados alemanes me esperaban apuntándome con sus fusiles. Dejé caer la pistola al suelo y levanté los brazos. Los soldados me hicieron entrar en el edificio de la Aduana, que se encontraba a la izquierda del puente. Era de un solo piso, con cuatro despachos. Allí, un intérprete, que ya había hablado con Pepe, me sometió a un breve interrogatorio.

Poco después salíamos en dirección a unos barracones montados en las afueras de Hendaya.

Conocía ya aquellos barracones, pues había pernoctado en ellos cuando me incorporé a la División Azul. Me impresionó el aspecto solitario y semiabandonado de aquellas instalaciones, en contraste con el bullicio que había reinado en ellas cuando estaban ocupadas por centenares de voluntarios que se habían hecho eco de la acusación lanzada por uno de los miembros de nuestro gobierno: "¡Rusia es culpable!"

Al enterarse de lo ocurrido, el jefe de aquel campamento aceleró los trámites y, media hora más tarde, en compañía de Pepe, salía de allí en un automóvil camino de San Juan de Luz y Biarritz. En esta última población nos alojaron en un chalet en el que había otros dos españoles que habían cruzado clandestinamente la frontera para ir a trabajar a Alemania.

Habíamos puesto a las autoridades alemanas en antecedentes de los camaradas que habían quedado al otro lado del puente. Nos pidieron nombres y datos con el fin de enviar un enlace para facilitarles el paso de la frontera.

Al día siguiente supimos que solamente dos de nuestros camaradas de viaje habían logrado cruzar el Bidasoa, línea divisoria entre Francia y España. Los otros habían dado con sus huesos en la cárcel de San Sebastián.

Pasamos dos días en Biarritz. Uno de los enlaces que prestaban servicio entre Hendaya e Irún nos habló de la irritación que había provocado nuestro sistema de cruzar la frontera. Los alemanes no le habían concedido importancia al incidente, pero las autoridades españolas se lo habían tomado muy a pecho, exigiendo a las germanas nuestra devolución. La policía y la guardia civil, así como el coronel Ortega, habían tomado cartas en el asunto. Pero los cuatro que habíamos logrado pasar emprendimos viaje rumbo a Alemania.

Tomamos un rápido en dirección a París; viajamos en primera, en un compartimiento reservado para los cuatro. Una vez en el tren respiramos con alivio, ya que a pesar de que los alemanes nos habían prometido no devolvernos a España, siempre cabía la posibilidad de que las cosas se torciesen para nosotros. Cuando el tren se puso en marcha, Pepe y yo intercambiamos una significativa mirada. Los comentarios quedaban atrás…

En varias estaciones del trayecto, el tren se detuvo para recoger a grupos de franceses que iban a trabajar a Alemania. Los embarques fueron especialmente numerosos en Bayona y en Burdeos. Antes de llegar a París, recibimos la desagradable visita de la aviación Aliada. El tren se detuvo, y la mayoría de aquellos hombres saltaron por las ventanillas y echaron a correr campo a través, mientras las bengalas que lanzaban los aviones iluminaban el convoy de cabeza a cola. Recuerdo un detalle, demostrativo de que en los momentos trágicos no falta nunca la nota cómica, o ridícula. Uno de los franceses que se alejaba del tren a todo correr se paró de repente, se dejó caer al suelo y se tapó la cabeza con la maleta de madera que no había soltado en ningún momento…

Por fin llegamos a París y nos presentamos en el puesto de control alemán. Allí nos esperaba un sargento que hablaba a la perfección el español y que tenía orden de acompañarnos a Versalles, concretamente al Cuartel de la Reina, ubicado en el nº 5 de la *Rue Carnot*.

Una vez instalados, nos llamaron para entregarnos diez días de haberes. Tuve que separarme de mis compañeros, porque había sido alojado en los cuartos de oficiales. Esto significaba, entre otras cosas, que gozaría de permiso para ir adonde quisiera. Antes de salir, decidí comprobar cómo estaban instalados mis compañeros de viaje. Un sargento me dijo que en aquel momento se encontraban en la cantina del cuartel.

Me dirigí, pues, a la cantina. Efectivamente, allí estaban mis camaradas, pero descubrí con la natural alegría que formaban parte de un grupo de más de quince españoles, la mayoría de ellos vizcaínos, de Bilbao: Zabala, Cuenca, Chistu y otros. Todos habían luchado en la División Azul y habían pasado clandestinamente a Francia en una barca que les había depositado en San Juan de Luz.

Durante los días que permanecimos en Versalles me dediqué a recorrer sus jardines y palacios. Sólo permanecía en el cuartel a las horas de comer y de dormir. Mis camaradas, en cambio, estaban acuartelados. Intercedí cerca del comandante para que les fuese concedido algún permiso y lo conseguí, aunque con cuentagotas.

Nos avisaron con un día de antelación de nuestro viaje a Alemania. Un intérprete nos conduciría a nuestro punto de destino, que en aquel momento ignorábamos. El mismo intérprete me entregó mi pasaporte y demás documentos. Los pasaportes y la documentación de mis camaradas los llevaría aquel coordinador que debía acompañarnos en nuestro viaje.

Durante más de 36 horas, sentado junto a la ventanilla del vagón de primera, mis ojos contemplaron, sin verla, la campiña que desfilaba por delante de ellos. Mis pensamientos volaban muy lejos, hasta un pequeño pueblo andaluz donde habían quedado los seres para mí más queridos del mundo. Para distraerme, efectué varias visitas a los compartimientos en los que viajaban mis compañeros de destino. Los dos grupos que se habían unido en Versalles seguían en franca y sincera camaradería, compartiendo comida, bebida, cigarrillos y canciones. Los recios cantos vascos contrastaban con los melódicos y sentimentales aires galaicos. Todos iban a compartir el mismo peligro, y era admirable ver cómo compartían ahora sus modestas pertenencias y su amistad. Pocas veces más me sería dado contemplar un espectáculo tan emocionante…

Nuestro viaje resultó bastante cómodo. A pesar de las dos o tres alarmas que anunciaban la proximidad de la aviación Aliada, en ningún momento tomaron como objetivo nuestro convoy.

Al llegar a Königsberg nos esperaban dos camiones que habían de transportarnos a Stablatt, donde se encontraba el campamento y la base de instrucción.

El campamento, en el que había ya más de 400 españoles, estaba al mando de los capitanes Greffe y Tegert. En el momento de nuestra llegada, la formación acababa de romper filas. Todos se lanzaron a la carrera para saludarnos, con gestos y exclamaciones propios de nuestro temperamento meridional, que aumentaron en intensidad y en expresividad cuando algunos de los recién llegados fueron reconocidos por otros que ya se encontraban allí.

El alférez Pamter era el jefe de instrucción. Así me lo hicieron saber los capitanes Greffe y Tegert. Tendría que ponerme a sus órdenes y comenzar de nuevo a marcar el paso, encuadrado como soldado en una de las compañías. Allí se coció mi protesta y se manifestó la rebeldía de mi temperamento aragonés: disciplinado, pero digno. No estaba dispuesto a tolerar ninguna broma de mal gusto. Y ésta fue la causa de que estallara la tormenta. Uno de aquellos soldados, que se creyó con derecho a hacerme blanco de sus soeces cuchufletas, recibió como respuesta un puñetazo en plena boca que le dejó atontado y con los labios partidos, por los que manaba la sangre en abundancia. Cuando se recobró de la sorpresa y del golpe, salió corriendo en busca del alférez Pamter, mientras yo empuñaba una barra de hierro que saqué de uno de los camastros y con voz descompuesta por la ira que me embargaba inquiría:

— ¿Hay alguno más que piense como ese mamarracho?

Empuñaba todavía la barra cuando llegó el alférez Pamter con uno de los intérpretes. No la solté: estaba dispuesto a utilizarla contra cualquiera, hasta tal punto me cegaba la cólera.

El alférez Pamter, a través del intérprete, me preguntó:

— ¿Qué ha pasado?

Contesté:

— Ese mequetrefe ha querido ponerme en ridículo, cosa que no le consiento a él ni a nadie, mientras pueda defenderme. Dígale al alférez que no pertenezco a esta Unidad y que ahora mismo me marcho.

El intérprete tradujo mis palabras. El alférez Pamter habló rápidamente y el intérprete repitió, como si fuera un disco de gramófono:

— Dice el alférez que ha firmado usted un compromiso y que está bajo la jurisdicción de las leyes alemanas. En consecuencia, será juzgado con arreglo al código de justicia militar alemán, que castiga la insubordinación con la pena de muerte.

Aquellas palabras del alférez terminaron de sacarme de mis casillas. Fue tanta mi indignación, que repliqué con un chorro de verdaderos insultos, sin dejar de insistir en que no había firmado ningún compromiso. Además, desde que salí de Hendaya se me había reconocido mi graduación de oficial, y no podía estar a las órdenes de un inferior. Y, para

demostrarlo, le entregué el pasaporte que con el grado de capitán me habían extendido en la Comandancia Militar de Versalles.

El alférez lo examinó y, sin pronunciar una sola palabra, se marchó.

Mientras duró la discusión, el silencio fue impresionante. Ni uno solo de los españoles que habían sido testigos de la escena se había atrevido a respirar. Cuando quedamos solos, todos los que habían efectuado el viaje en mi compañía se unieron a mis protestas y se pusieron incondicionalmente de mi parte. Bajamos al patio, en espera de la decisión del alférez.

No había transcurrido una hora cuando vimos llegar un automóvil que ostentaba un banderín de mando. El capitán Greffe se apeó del vehículo y entró en su despacho. Inmediatamente, uno de los intérpretes acudió en busca mía y me llevó a su presencia.

Entré en la oficina y, pasándome por alto el protocolo militar, me presenté con un sonoro: "¡Buenos días!"

El capitán Greffe se dio cuenta de mi estado de ánimo y me invitó a sentarme, al tiempo que me ofrecía un cigarrillo. Hizo salir al intérprete y, cuando nos quedamos solos, me preguntó:

— Cuénteme lo que ha pasado, por favor.

Con todo detalle, y ajustándose estrictamente a la verdad, le expliqué todo lo ocurrido. Me escuchó con la mayor atención, y su reacción no pudo ser más caballerosa.

— No debe extrañarle lo que ha hecho el alférez Pamter —me dijo—. El desconoce la idiosincrasia de los españoles, está acostumbrado a la disciplina prusiana, que carece de elasticidad, y por ello ha procedido de ese modo. Le ruego que no tome en consideración este incidente, que lamento muy de veras.

Por mi parte ya está olvidado —contesté—, pero mantengo la decisión de marcharme ahora mismo de aquí.

— Puede recoger sus cosas y vendrá en mi coche a Königsberg, pero antes debería hablar con sus camaradas para que se queden, ya que usted va a formar parte, con el grado de capitán, de la Plana Mayor de Enlace.

De modo que, atendiendo a la petición del capitán Greffe bajé al patio, donde habían quedado mis camaradas, dispuestos a abandonar aquel campamento, hablé con ellos y, no sin grandes esfuerzos, logré convencerles de que debían quedarse. Todos prometieron hacerlo. Por mi parte, les aseguré que no tardaría en reunirme con ellos.

Una vez en Königsberg, me fue asignado un intérprete que me acompañaría a comprar lo más necesario, ya que mi único equipaje era lo que llevaba puesto. Me dieron

unos vales para adquirir lo indispensable para equiparme. El intérprete en cuestión se llamaba Keller y conocía Königsberg como la palma de su mano. Ya en tiempos de la División Azul servía de cicerone a los jefes y oficiales españoles que visitaban aquella ciudad.

En el hotel donde se hospedaba la Plana Mayor de la Unidad española en formación me informaron de que en uno de los edificios del hospital tenía aún su oficina un capitán de Intendencia español: el capitán Ochoa. Cuando fui a verle ya estaba enterado de mi llegada y de lo que me había ocurrido en el campamento de Stablatt. Aquel militar español, tan digno como señor, poseedor de todas las virtudes castrenses, se había quedado para hacer entrega de los restos de la Intendencia y cumplía al pie de la letra las órdenes recibidas. Me contó que tenía muchos problemas con los jefes de Intendencia del hospital, que pretendían lanzarse en picado sobre los víveres que quedaban en los depósitos —especialmente sobre el café y el coñac—, como los gavilanes se lanzan sobre el indefenso gorrión. Pero Ochoa los había mantenido a raya hasta entonces, y haría la entrega sin mermas a quien debiera.

— ¡Son una banda de buitres! —me dijo—. Pero estoy dispuesto a llegar con mis quejas al Cuartel General del *Führer*, si siguen presionándome. —Y añadió—: Todavía llegan algunos españoles despistados y les ayudo en lo que puedo, con comida y bebida, que es lo único que puedo darles.

Sin que le pidiera nada me regaló un poco de café y unas botellas de coñac, lo que le agradecí muy de veras.

Uno de aquellos días me encontré con un español que había pertenecido a la División Azul y que se había quedado "despistado" en Alemania. Vivía con la dueña de un comercio. Le conocí en el café que los españoles habían bautizado con el nombre de "Café de los Cuernos", porque sus paredes estaban adornadas con cabezas de ciervos.

Aquel español estaba cansado de la clase de vida que llevaba y ardía en deseos de regresar a España, pero le retenía el miedo a lo que podía ocurrirle por haber desertado de su unidad en el momento de la repatriación.

Me invitó a ir a su casa aquella noche; él llevaría a una amiga de su amiga, y lo pasaríamos bien.

— Cenaremos en casa y pasaremos una agradable velada.

La velada se prolongó hasta el amanecer. Y creo que mis argumentos convencieron a mi amigo, por cuanto unos días después regresó a España.

Durante mi permanencia en Königsberg, efectué dos visitas al campamento de Stablatt. Fui con mi uniforme alemán y mis hombreras de capitán. El alférez Pamter me saludaba con un taconazo tan sonoro como el estampido de un cañón, y mis camaradas daban muestras de satisfacción, saludándome a su vez con cariño y respeto.

Ya en mi primera visita capté algo raro en el ambiente. El descontento era general, y sólo el miedo retenía allí a aquellos soldados, aburridos de su vida cuartelera y cansados de una instrucción cuya finalidad no acababan de comprender. Muchos de ellos habían luchado en la guerra de España, la inmensa mayoría en la División Azul, y lo que querían era actividad, "tomate", para decirlo con sus propias palabras. El peor enemigo del soldado es el ocio. En mi segunda visita me enteré de que los vascos habían abandonado el campamento aquel mismo día, para ingresar en la organización Todt[2]. Me quedé toda la tarde con mis camaradas gallegos, aquel grupo que, como verdaderos mosqueteros, seguía manteniendo el lema: "Todos para uno y uno para todos".

Cuando regresé al hotel era ya de noche. En el vestíbulo me esperaba el grupo de vascos, con los que repartí el donativo del capitán Ochoa. Entregué el coñac y el café a Zabala y a Chistu para que lo compartieran con los demás; posteriormente me enteré de que se lo habían quedado todo ellos dos.

A la mañana siguiente, al amanecer, resonaron unos golpes en la puerta de mi habitación. Me levanté de un salto, medio adormilado, abrí la puerta y me encontré ante uno de los enlaces de nuestra Plana Mayor. Me comunicó que debía presentarme en la estación antes de las nueve de la mañana, preparado para salir hacia un punto de destino que en aquel momento desconocía, y que resultó ser Cauterets, un pueblecito situado en pleno corazón de los Pirineos franceses.

En la puerta principal de la estación me esperaba Jorge, el enlace que me había despertado unas horas antes. Me acompañó a un vagón situado en una vía muerta, ocupado ya por la mayoría de los que habían de formar parte de la expedición. E! transporte y el suministro estaban a cargo del teniente Stal, que había estudiado el trayecto teniendo en cuenta los menores detalles.

Cuando llegamos a Berlín eran aproximadamente las doce de la noche. Allí subió el capitán Tegert, que siguió viaje con nosotros.

En la estación de Berlín la oscuridad era absoluta. Las lámparas de mano dirigían sus rayos luminosos al suelo. La gente caminaba aprisa, abriéndose paso a codazos y localizándose, los que tenían necesidad de hacerlo, a base de gritos, ya que el sentido de la vista no servía para nada.

Tras una parada de dos horas, nuestro vagón fue enganchado a un convoy que se dirigía a Francia. Salimos de Berlín a una marcha muy lenta, extremando las precauciones, pero en cuanto quedó atrás la capital del III *Reich* todo volvió a la normalidad. Todos queríamos dormir, pero ninguno era capaz de hacerlo. Nos preocupaba la posibilidad de ser víctimas de un ataque de la aviación Aliada, muy activa en aquellas fechas, y así nos pasamos la noche en blanco. Al hacerse de día, comimos unos bocadillos y la mayoría de nosotros dormimos unas horas. Tuvimos una suerte extraordinaria, ya que era raro el tren alemán que en un momento u otro no recibiera la visita de los bombarderos angloamericanos; sin embargo, por increíble que parezca, nos dejaron tranquilos durante

todo el viaje. Ni un solo aparato se interesó por nosotros.

El teniente Stal lo había preparado todo tan minuciosamente, que el viaje, al no ser molestados por la aviación, resultó casi perfecto en todos los sentidos. Pudimos disfrutar del paisaje y visitar todas las poblaciones francesas en las que nuestro vagón tenía que ser enganchado a otro tren. Llegamos a Lourdes sin ninguna novedad digna de mención. Desde allí, unos camiones nos llevarían a Cauterets.

En Cauterets nos alojamos en el Hotel Du Pare. El jefe del grupo era el capitán Tegert, el cual tenía como segundo al teniente Stal, organizador del viaje. El resto era de lo más heterogéneo. Todos alemanes, pero no todos pensaban en la victoria. A los diez días de estar instalados allí nos llegó un diplomático que durante toda la guerra había permanecido en la Embajada de Alemania en Madrid, con ínfulas de intelectual, que hacía buena la frase de nuestro gran escritor, y también diplomático, Agustín de Foxá: "Tenía un hijo diplomático, y otro que también era tonto". Tegert le dejaba hablar, mirándole con aire conmiserativo. Le habían asimilado a alférez—intérprete, y se pasaba el día entero pegado al capitán, pendiente de sus menores deseos, con perruno servilismo. Michel, teniente coordinador, era un hombre obeso de trato muy agradable; había recorrido todos los continentes y había vivido mucho tiempo en América del Sur. Keller, el alférez—intérprete, alto y delgado, añoraba mucho la época que pasó agregado a la División Azul. Hablaba perfectamente el castellano, ya que había trabajado varios años en España como representante comercial. Otros de los oficiales del grupo era el teniente Hazel, ex enlace entre el Mando alemán y la División Azul. Guillermo Foncaster había nacido en España y era miembro de la Vieja Guardia de la Falange. Pero tenía la doble nacionalidad y estaba allí como soldado—intérprete alemán. En España era empleado de banca y trabajaba en el “Banesto”[3].

Veinticuatro horas después de nuestra llegada, el capitán Tegert convocó una reunión de oficiales para explicarnos el asunto que nos había traído a aquel lugar.

— Nuestra misión aquí —dijo el capitán Tegert— es la de facilitar el paso a todos aquellos españoles que voluntariamente quieran cruzar la frontera para luchar con el ejército alemán. Dado que lo único que podemos hacer es recibirles en este lado de la frontera y proporcionarles los medios de incorporación a nuestro ejército, hemos logrado que, en el lado español, algunos oficiales que pertenecieron a la División Azul realicen una labor de apoyo. De modo que destacaremos a un oficial—intérprete y a un soldado en Hendaya, para los que crucen la frontera por la zona de Guipúzcoa y Navarra. Situaremos otro destacamento en Pau, para los que crucen por la zona de los Pirineos aragoneses, y un tercer destacamento en Perpignan, para los que lleguen por la zona catalana.

El personal salió inmediatamente hacia los puntos indicados, y al cabo de tres días el servicio funcionaba ya maravillosamente. Todas las mañanas recibíamos por radio las novedades ocurridas durante la noche en los tres destacamentos, y otra comunicación nocturna nos informaba de las novedades del día. Pasaron la frontera varios cientos de voluntarios españoles.

No tardamos en conseguir medios de transporte. El capitán Tegert requisó tres automóviles, con los cuales mantendríamos un contacto directo con los tres grupos.

Unos días después el capitán Tegert recibió la orden de presentarse urgentemente al general que mandaba aquella zona y que residía en Biarritz. Me invitó a acompañarle, con dos soldados de escolta. Realizamos el viaje en un destartalado Citroën y los dos soldados y yo nos quedamos en el coche mientras Tegert subía a entrevistarse con el general. La conversación fue prolongada y, por lo que supe más tarde, algo tempestuosa. Al cabo de dos horas se presentó el capitán, sonriente, subió al auto y le ordenó al conductor:

— A San Juan de Luz.

Por el camino me contó lo que el general le había dicho:

— Está obsesionado con el maquis, y quería que nosotros formásemos una unidad con los españoles que pasan la frontera para controlar la zona de Pau y de Oloron, es decir, los Pirineos centrales, donde se encuentran la mayoría de los elementos que lucharon en una de las Divisiones más famosas del Ejército de la República, la 43ª, mandada por Antonio Beltrán, "El Esquinazado", promotores y mantenedores del maquis.

"Me he negado en redondo, ya que la misión que nos ha encargado el Alto Mando es completamente distinta. El general está muy preocupado ya que, según él, los únicos capaces de proporcionarle quebraderos de cabeza son los guerrilleros españoles".

Aquella vida tranquila, lejos de los frentes de batalla, no estaba hecha para mí. A medida que pasaban los días crecían mi malestar y mi desasosiego. Me sentía entre aquel grupo como gallina en corral ajeno, y en uno de los viajes que realicé con el capitán Tegert se lo hice saber.

— ¿No está usted contento entre nosotros? —me preguntó Tegert.

— No se trata de eso, capitán —le dije—. Pero quiero que comprenda mi estado de ánimo al encontrarme tan cerca de mi patria y recordar todos los días y a todas horas a mis seres queridos. Sé que estando en el frente las preocupaciones toman otro rumbo, y que los remordimientos que ahora me acosan desaparecerían en gran parte.

— Me hago cargo de su situación y le prometo hacer cuanto esté a mi alcance para que le destinen al frente.

A primeros de junio nos llegó la noticia de que los ingleses estaban siendo bombardeados con las *Vergeltunsgwaffe* (V1), una nueva arma alemana, consistente en unos cohetes con carga explosiva teledirigidos. Y el reverso de la medalla: los Aliados habían desembarcado en Normandía.

Entonces no conocía aún la idiosincrasia del ejército inglés. Creía en la propaganda,

en lo que me habían dicho sus enemigos, que estaba muy lejos de la realidad. Cuando las circunstancias hicieron que tuviera que enfrentarme a unos combatientes de aquella nacionalidad en las Ardenas, cambié de opinión y pude apreciar la bravura con que luchaban aquellas fuerzas, avanzando con un desprecio absoluto del peligro y defendiendo palmo a palmo el terreno conquistado.

En los primeros momentos, pues, creí que el desembarco había sido una maniobra estratégica preparada por el Alto Mando alemán para destruir en tierra al enemigo. Los Aliados habían caído cándidamente en la trampa que los alemanes les habían tendido…

¡La realidad era muy distinta!

Poco después de mi conversación con el capitán Tegert fui requerido con toda urgencia para que me presentara en San Juan de Luz, donde operaba una sección de los servicios secretos alemanes. El jefe de aquella sección, alférez Keller, me presentó a otro alemán que hablaba un castellano perfecto. Se había casado en España y tenía mujer y tres hijos que vivían en Madrid. Una vez nos hubo presentado, Keller nos dejó solos.

Nos sentamos en la arena de la playa, una playa solitaria y libre de bañistas, a pesar de que estábamos en pleno verano. Los únicos grupos que se veían eran de españoles que habían cruzado clandestinamente la frontera para incorporarse a las fuerzas que seguían luchando contra el comunismo. Recuerdo los nombres de Ramón Baillo, Pons, Prieto, Pesquera… Había muchos más, cuyos nombres he olvidado. Todos eran voluntarios, compatriotas y unidos por un mismo ideal. Pero, como buenos españoles, en forma anárquica. Desde el primer día que llegaron habían empezado las intrigas y las maledicencias.

Se presentaron a mí por grupos y todos ellos me solicitaron el ingreso en unos servicios de los que habían oído hablar, pero que no conocían. Les escuché y deduje que con ellos poco o nada se podía hacer.

Pero no fue aquello lo que me quitó el sueño, sino más bien la propuesta que a mediados de junio me hizo Victor Corttis, el alemán que Keller me había presentado. Victor pertenecía al Servicio Secreto del ejército alemán, muy extenso y complejo. Me dio una amplia explicación sobre aquel Servicio, aunque sin decirme, desde luego, dónde estaba ubicado ni a dónde iría destinado caso de que aceptara formar parte de él. Me concedió dos días para que lo pensara. Recuerdo que era sábado y que Victor me dijo que pensaba pasar el fin de semana en España, concretamente en San Sebastián, donde le esperaban su mujer y sus hijos, que habían llegado de Madrid para pasar unas horas en su compañía.

Aquella tarde me fui a Bayona y pasé el domingo con algunos amigos. El ambiente había cambiado de un modo radical. Los refugiados españoles, y algunos franceses, empezaban ya a enseñar las orejas.

Había vivido las peripecias de 1940, cuando cedían hasta las aceras a los soldados alemanes. Ahora, los franceses caminaban moviendo ostentosamente los brazos y abombando el pecho. Esperaban la retirada de aquellos soldados a los que tanto habían reverenciado y con los que aún no se atrevían, a pesar de ser mil contra uno. Pero allí estaban también aquellos españoles que habían sido arrancados de los campos de concentración, donde les habían tenido los franceses desde que pasaron la frontera, hasta que llegaron los soldados alemanes, cortaron las alambradas y les permitieron vivir libremente.

Cuando regresé a San Juan de Luz salieron a mi encuentro Pesquera, Baillo y Prieto. Habían tenido una bronca con Pons, al que calificaban de cobarde, miserable y judío, e incluso aseguraban que lo era.

— Mal sistema si queréis luchar juntos —les dije—. Yo no pertenezco ya a la Unidad española, y mañana salgo para formar parte de otro servicio.

Me acosaron a preguntas, pero su curiosidad quedó insatisfecha, como es natural.

Victor Corttis se presentó puntualmente a la cita, en el mismo lugar en el que habíamos celebrado nuestra primera entrevista.

— ¿Qué has decidido? —me preguntó.

— Mi respuesta es afirmativa —contesté.

Victor me abrazó, con sincera alegría.

— Me complace mucho que te incorpores a nuestro servicio. Encajarás fantásticamente, por tu manera de pensar y de ser. No es nada fácil, pero creo que tu "fichaje" ha sido una de las mejores cosas que he realizado dentro del servicio.

— Te agradezco el buen concepto que tienes de mí, pero no quisiera que te hicieras demasiadas ilusiones —dije.

— Sé el terreno que piso —respondió Victor—. Prepara tus cosas. A las dos sale un tren hacia Burdeos. Allí te entregaremos toda la documentación, y luego iremos a París.

Viajamos solos, en un compartimiento de primera clase. Durante todo el trayecto, Victor me habló de España, de su familia, de la guerra y del Servicio.

Victor era un hombre de carácter abierto, agradable en su conversación, simpático en su trato, impregnado de nacionalsocialismo, y alemán por los cuatro costados. Estaba dispuesto a los mayores sacrificios por su patria y su ideal. Todo en él respiraba grandeza y lealtad.

Cuando llegamos a la estación de Burdeos nos esperaba un coche del Servicio. Nos

dirigimos inmediatamente a un chalet de las afueras, en el que estaba instalado el puesto de mando. Victor me presentó a sus camaradas. Eran dos, un capitán y un teniente, que hablaban perfectamente francés y tenían algunos conocimientos de español.

— Tiene que recordar el nombre que adoptará a partir de este momento: *Hauptmann*[4] Kronos —me dijeron—. Mientras pertenezca a este Servicio no se le conocerá por otro nombre. Aquí está la documentación completa. Hoy ya es tarde, pero si quiere salir puede hacerlo. Mañana visitará la ciudad con Victor y mientras preparamos su viaje puede salir y entrar cuando quiera. Como ha podido ver, el centinela que está en la puerta viste de paisano. Y el jardinero pertenece también al Servicio. Una vez esté todo en orden, saldrá hacia París, donde se encuentran las escuelas especiales.

Al día siguiente me desperté muy temprano. Pero cuando bajé todos estaban en el comedor, con el desayuno preparado.

Después de desayunar me dijeron que tenían que hacerme una ficha. Allí mismo me sacaron unas fotografías y contesté a sus preguntas. Cumplido este trámite, me dieron libertad para que recorriera la capital y me entregaron unos miles de francos como anticipo.

Salí solo, y Victor me lo agradeció, pues tenía que hacer algunas visitas antes de salir con dirección a París.

También yo me había propuesto efectuar una visita. Era temprano y disponía de toda la mañana. Eché a andar despacio hacia el convento donde estaba el Padre Benito, un fraile capuchino que hizo la guerra de España como voluntario. Había nacido en Burgos, en el seno de una familia humilde. Sus tres hermanos eran también capuchinos.

El Padre Benito era el típico hidalgo español, que jamás empuñó la espada para matar, salvo en defensa del alma. Era un hombre sin tacha y sin miedo. Vivía para los demás, adoraba su ministerio y sus frases eran de perdón. Trabajaba sin descanso, y allí donde había una calamidad estaba el Padre Benito para remediarla. Convencido de su misión, pisaba fuerte y seguro en todos los terrenos.

Tomé la dirección del convento, mientras hacía trabajar mi imaginación pensando en cuál sería mi nuevo destino. De pronto, levanté la vista hacia el cielo y vi sobre un edificio un mástil que sostenía mi bandera. La miré con cariño y, sin poder contenerme, grité en voz alta: "¡Qué bonita es!" Allí estaba nuestro Consulado. Aunque conocía al canciller, pasé de largo, no sin contemplar antes durante un buen rato la enseña de la patria.

Continué mi camino por aquellas calles casi desiertas, sobre las que tanto se hacían sentir los efectos de la guerra, castigadas ya por los aviones Aliados con sus sistemáticos bombardeos.

En una de las zonas más altas de la ciudad se divisaba desde lejos el convento.

Desde el momento en que lo vi, y aun sin proponérmelo, comencé a caminar con más rapidez, como si tuviera prisa por llegar.

Hice sonar la campanilla y un Hermano me abrió la puerta.

— ¿Qué desea?

— ¿No me conoce?

— ¡Oh, sí! Eres Miguel, el amigo del Padre Benito. El Padre está en casa, en seguida le aviso.

Poco después oí los inconfundibles pasos del Padre Benito. Salí a su encuentro. Con los brazos abiertos y con cara de satisfacción llegó hasta mi altura y nos abrazamos.

— ¿Qué te trae por aquí?

— Nada más que hacerte una visita y almorzar juntos, si es posible.

— ¡Claro que es posible! Vamos, sube.

Y me condujo a la celda que le servía de dormitorio.

Era de lo más humilde. Un camastro con un colchón de borra y dos mantas, dos sillas desvencijadas, y libros, muchos libros, amontonados por todas partes. Sobre una pequeña mesa un crucifijo, unos paquetes de picadura, unos libritos de papel de fumar y una cachimba. Nos sentamos. Se cambió de zapatos, tomó un paquete de tabaco y me dijo:

— Vamos a donde quieras. Si lo deseas, podemos hacerle una visita al Padre jesuita que dirige la Casa de España.

— Sí, vamos a verle.

Salimos del convento en dirección a la Casa de España.

— ¿Cómo ves la guerra? —me preguntó súbitamente el Padre Benito.

— La cosa está muy confusa. Cada día que pasa, los Aliados disponen de más material y nosotros de menos. No logramos contenerles en sus avances. Sus movimientos son lentos, ciertamente, pero no hay duda de que no conseguimos parar ese paso de tortuga.

— ¿No crees que los alemanes tienen la guerra perdida? Yo opino que sí. Han cometido muchos errores en las naciones ocupadas. Sus campos de concentración, su racismo, su ateísmo, su soberbia de pueblo que se cree superior les ha conducido a un fracaso rotundo.

— ¡Caramba! —exclamé—. Tú no hablabas así durante el primer año de la ocupación…

— En efecto, en aquellos momentos creí ingenuamente que con ellos llegaría la paz y la justicia social, pero fue un simple espejismo. El mundo, no lo dudes, seguirá en manos de los judíos, que son los amos del dinero, y avanzará en su sentido puramente materialista. El comunismo y el capitalismo se complementan. Y la Iglesia no hace nada por remediarlo. Ya ves lo que pasa en España, la mayor parte no sienten ninguna incomodidad por lo que sucede. Allí, que lo tienen todo en sus manos, podrían llevar a cabo una labor social sin precedentes… En fin, cuéntame, ¿dónde has estado estos tres últimos años?

— En el frente de Leningrado, con la División Azul, luego en España, y ahora, como ves, con los alemanes.

— Bueno, Miguel, cuéntame hasta donde puedas contarme.

— Sí, te puedo decir lo que sé, que no es mucho. Me han reclamado para los Servicios Especiales, pero todavía no sé en qué consistirá mi tarea ni a dónde iré. Hasta el último momento no conoceré en detalle mi misión concreta.

Sin apenas darnos cuenta habíamos llegado a la Casa de España, en la que vivía el jesuita. Hicimos sonar el timbre y salió un muchacho joven.

— Queremos ver al Padre…

— No sé si está en casa —nos dijo.

Mientras iba a enterarse, el Padre Benito comentó con amargura:

— ¿Te das cuenta de lo feo que es enseñar a mentir a los muchachos? Así no se pueden salvar almas.

Transcurrido un buen rato, el joven volvió y nos hizo pasar a la sala de visitas, donde había varias butacas y un gran diván. Una nueva espera, hasta que se presentó el jesuita.

Al vernos, se dirigió directamente hacia mí.

— ¡Hombre, usted por aquí!

— Sí, por aquí, y he venido a visitarle.

— La verdad es que no esperaba su visita.

— Pues aquí me tiene —le contesté.

Como no nos había invitado a sentarnos, seguíamos de pie. Por fin, de mala gana, nos rogó que tomásemos asiento.

— Y, ¿qué quiere de mí? —inquirió.

— Nada particular —contesté—. Sólo he venido por tener el placer de saludarle.

Mis palabras parecieron hacerle reaccionar.

— Bien, bien…, ¿Quieren ustedes tomar algo?

Y, sin darnos tiempo a contestar, llamó al muchacho que nos había recibido.

— Quiero que prueben un vino que ayer me regalaron unos amigos que llegaron de España. Yo le acompañaré tomando un vaso.

Sirvió el vino, al que acompañaban unos aperitivos, y como buen jesuita empezó a preguntar con mucho tacto y con segunda intención.

— ¿Está usted en el ejército alemán?

— Sí, soy capitán del ejército.

Entonces cambió radicalmente su actitud, en la seguridad de que podía servirle para algo.

— Hace mucho tiempo que tengo hechos unos pedidos a las autoridades militares alemanas y no hay forma de conseguir que me contesten. ¿No podría facilitarme usted una entrevista con el jefe de la Comandancia? Tengo la seguridad de que, si hablara con él, me concedería lo que pido, ya que se trata de una petición justa.

— No puedo darle una respuesta en este momento, pero mañana volveré para decirle si es posible.

De nuevo en la calle, el Padre Benito y yo entramos en el primer restaurante que encontramos.

— Comeremos sopa —dijo el Padre—. Yo no tengo vales…

— Déjelo de mi cuenta —contesté—. Yo tengo los necesarios.

La verdad es que comimos y bebimos muy a gusto, y hablamos de todo un poco en una larga sobremesa. Después, él se marchó al convento y yo me dirigí al chalet que había de servirme de residencia durante unos días.

Cuando llegué me esperaba Victor. Le saludé y le conté todo lo ocurrido. Le hablé del jesuita y de su petición. En aquel momento entraba el capitán y Victor le trasladó la

petición del jesuita. El capitán nos autorizó para que a la mañana siguiente acompañáramos al religioso.

Al propio tiempo, me informó de que toda mi documentación estaba ya en regla.

— Desde este momento, dejas de llamarte Miguel Ezquerra para ser el capitán Kronos —me dijo—. Pasado mañana te esperan en el Hotel Lutecia de París. Tu compañero de viaje te acompañará a la oficina del coronel Boa, que es el jefe del Servicio, y de él recibirás órdenes. Allí te darán cuanto necesites y te explicarán hasta el último detalle.

Era ya un poco tarde, pero seguimos comentando los acontecimientos. Hablamos de los bombardeos Aliados a los nudos de comunicaciones de Francia, fábricas, carreteras y ferrocarriles. Ellos estaban absolutamente seguros de la victoria final, gracias al arma secreta que en el momento oportuno emplearía Hitler.

Al día siguiente me levanté más temprano que de costumbre, pero todos ellos estaban ya en pie. Después de desayunar, Victor me recordó que teníamos que ir a ver al Padre jesuita para solucionar su problema.

Victor tomó su automóvil y, sin preguntarme nada, en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos delante de la Casa de España. Nos apeamos del coche y llamamos al timbre. Abrió la puerta el mismo joven del día anterior, y nos hizo pasar a la sala de espera.

Como ya había comentado con Victor la primera visita, él, sin poder contenerse, dijo:

— Aquí todo es mentira e hipocresía… Son nuestros mayores enemigos.

Apenas había terminado de hacer aquel comentario cuando se presentó el Padre jesuita, preparado para acompañarnos. Tras las oportunas presentaciones, salimos los tres hacia la Comandancia.

Al llegar, nos hicieron pasar inmediatamente al despacho del coronel—jefe. Victor tomó la palabra, pues durante el trayecto el Padre jesuita le había explicado el asunto que deseaba solucionar.

Cuando Victor terminó de hablar, el coronel hizo acudir a un oficial y nos rogó que tuviéramos la bondad de esperar mientras buscaban el expediente. Unos minutos después el oficial depositó el legajo sobre la mesa del coronel. Mientras el oficial hablaba con el coronel, Victor, que había permanecido sentado hablando con nosotros, se acercó a ellos y tomó parte en la conversación. Al cabo de unos instantes nos hizo señas para que nos aproximásemos y nos explicó lo que había dicho el coronel.

— Mañana, a esta misma hora, el coronel tendrá mucho gusto en recibirle para entregarle, debidamente firmados, los documentos que usted desea. De modo que

mañana quedará resuelto su asunto.

Nos despedimos, y llevamos al jesuita a su domicilio. Nos hizo pasar y se deshizo en atenciones. Tomamos unas copas de jerez y nos regaló unas cajetillas de tabaco americano. Al despedirnos, Victor le dio un número de teléfono pon si necesitaba algo de él. En lo que a mí respecta todo fueron promesas, asegurando que jamás olvidaría el servicio que le había prestado y diciendo que lo haría saber al Cónsul, con el que le unía una gran amistad.

— No se moleste, no es necesario que el Cónsul sepa que estoy aquí. Creo que todos los españoles estamos obligados a ayudarnos unos a otros, cuando nos encontramos fuera de nuestra patria.

Cuando nos separamos del jesuita, Victor, que conocía la ciudad palmo a palmo, me llevó por todas partes, explicándome las características y la importancia de aquella hermosa ciudad francesa, a orillas del Garona. A la hora del almuerzo nos encaminamos hacia el puerto y entramos en una de sus numerosas tabernas. Allí conocía a una serie de franceses indeseables, confidentes de los servicios alemanes.

— Son unos indeseables, pero me sirven —dijo Victor.

En un reservado nos sirvieron un excelente almuerzo, rematado con un excelente café—café y un no menos excelente coñac—coñac francés. No faltaron unos auténticos puros habanos. En aquel tugurio tenían de todo. Cuando llegamos a nuestra residencia ya había anochecido.

No había amanecido aún cuando unos golpes en la puerta de mi habitación me hicieron saltar de la cama. Al mismo tiempo oí una voz:

— *Hauptmann* Kronos, le esperan.

Me vestí rápidamente y salí disparado. Delante del chalet esperaba un automóvil. Victor me presentó a sus ocupantes. Eran un teniente coronel, un comandante y un sargento encargado de conducir. Así salimos de Burdeos, camino de París.

El día se presentaba despejado. En otras circunstancias hubiera resultado espléndido viajar bajo aquel cielo sin nubes, pero en aquellos momentos era peligroso, debido a las incursiones aéreas enemigas. El tránsito por la carretera general no tenía nada de fácil, a causa de la vigilancia que sobre ella ejercía la aviación Aliada y de los movimientos de fuerzas con dirección a Normandía. Los bosques de Las Landas servían para camuflar a las divisiones alemanas, ocultándolas a los aparatos de reconocimiento que volaban día y noche sobre todos los puntos de Francia.

Tomamos carreteras de segundo orden y en muchas ocasiones incluso caminos vecinales, viajando a velocidades muy reducidas. El conductor demostró en todo momento un conocimiento impecable de aquel laberinto de carreteras. Pero, dada la

urgencia que teníamos de llegar a París, el teniente coronel dio la orden de volver a la carretera general. Toda la pista estaba llena de camiones, automóviles y tanques. No era difícil percatarse de que no eran solamente los hombres que iban a cerrar el paso a los ejércitos Aliados desembarcados en Normandía, pues otros servicios se iban acercando a la frontera alemana.

La marcha era lenta y las paradas se sucedían con una frecuencia desesperante. En muchas ocasiones nos veíamos obligados a salimos de la carretera para poder avanzar unos kilómetros. El sol lucía en todo su esplendor en un cielo completamente limpio de nubes. Entonces empezaron a brillar sobre el horizonte unos puntitos metálicos. Se escucharon ininterrumpidamente las sirenas de alarma y las bocinas de los autos y camiones.

Como por arte de magia, la carretera quedó limpia, lo cual aprovechamos para lanzar el coche a toda velocidad y recuperar el tiempo perdido. Los aviones se acercaban cada vez más y daba la impresión de que se estaban recreando en su marcha tranquila y señorial. Los cazas picaban con frecuencia y con graciosas piruetas dibujaban las figuras más extravagantes contra aquel cielo azul. En ocasiones parecían rozar las copas de los árboles en sus descensos para ametrallar. Cuando los aviones estaban en nuestra vertical, se despegaron dos cazas de la formación.

¡Atención, vienen a por nosotros!

En efecto, sin que pudiésemos hacer nada para evitarlo, nos dieron la primera pasada. Sus disparos proyectaron sobre nosotros piedras y tierra. El automóvil continuó su marcha, pero ellos volvieron. Por orden del teniente coronel, el conductor situó el coche debajo de unos árboles, fuera de la carretera. Nos apeamos todos, para buscar protección en unos pinos cercanos, y allí nos tumbamos a la espera de que aquellos cazadores se olvidaran de la presa. Cuando vimos que los aparatos se alejaban, abandonamos nuestro refugio. Encontramos el automóvil lleno de orificios de bala. La carrocería parecía un colador, aunque por fortuna ninguno de los impactos había alcanzado al motor ni al depósito de gasolina.

Continuamos nuestro viaje con parones continuos, a causa de los transportes militares que cerraban todos los pasos y de las frecuentes visitas de la aviación Aliada, dueña del cielo en aquellos momentos. Viajamos toda la noche, con no pocas dificultades, y al amanecer llegábamos a los arrabales de París. Entramos en el primer café que encontramos abierto, pedimos de beber, sacamos nuestros reglamentarios bocadillos y tras dar buena cuenta de ellos nos aseamos. Poco después llegábamos por fin al Hotel Lutecia.

París. La torre Eiffel, el Museo del Louvre, la plaza de la Concordia, la Opera… La Ciudad de la Luz, con sus famosos barrios Pigalle y Montmartre. ¡Oh, París! Ya lo conocía por visitas anteriores, rápidas pero aleccionadoras. Ahora estaba de nuevo en París, y me di cuenta de la responsabilidad que había contraído en cuanto pisé el vestíbulo del Hotel

Lutecia.

Aquel hotel era un verdadero hormiguero. Jefes, oficiales y soldados se movían con prisa, trasladando papeles de un lugar a otro. Resultaba difícil abrirse paso entre aquel enjambre de uniformes. Pero finalmente logramos llegar al segundo piso.

Hecha la presentación al oficial que estaba en el antedespacho del coronel—jefe de aquellos servicios, nos hizo sentar mientras él iba a anunciar nuestra llegada. Aún no habíamos intercambiado una sola palabra cuando el mismo oficial nos hizo pasar.

El coronel nos esperaba de pie. Saludó con efusión a los dos jefes que me acompañaban y pude deducir que a los tres les unía, además del uniforme, una entrañable amistad. Una vez efectuada mi presentación al coronel nos hizo sentar, al propio tiempo que él lo hacía. Y sin más preámbulos fue directamente al asunto.

— *Hauptmann* Kronos, estoy al corriente de su elevado espíritu y de su amor a la causa que defendemos, que no es solamente la causa de Alemania, sino la de Europa, y por tanto la de su patria, España. Usted sabe que nuestro *Führer* no regateó esfuerzos para que en España no triunfara el comunismo. Por ello, convencidos de su idealismo y lealtad, hemos tomado la decisión de que sea uno más en nuestro Servicio.

"La misión que le vamos a encomendar —continuó— no es fácil. El peligro es continuo, y muchos de los nuestros entregan sus vidas sin que sus méritos sean reconocidos públicamente, en esta labor tan fructífera como oscura. A cada uno de los nuestros le acecha la muerte en todas partes… En el hotel, en un café o en la calle están menos seguros que si se encontraran en primera línea. Nuestro Servicio lucha continuamente con los del enemigo, que están como el aire en todas partes. Por eso, capitán Kronos, mientras permanezca en París deberá desconfiar de todos y de todo, y de un modo especial no hablar con nadie: puede hacer una vida completamente normal, pero sin olvidar ni un solo instante que está de servicio permanente, las veinticuatro horas del día y de la noche. Puede vestir de paisano, así se moverá con más facilidad.

A continuación, el coronel llamó al hombre que desde aquel momento había de convertirse en mi sombra y le dijo:

— Acompañe al capitán Kronos al hotel y facilítele todo lo que le haga falta.

Después de despedirme del coronel, nos dirigimos directamente al Hotel Westminster, situado en la *Rue de la Paix*, donde tenía reservada una habitación. Una vez allí, mi acompañante me preguntó si necesitaba dinero. Le dije que no, ya que aún tenía el que me habían entregado en Burdeos. Tras comprobar que quedaba cómodamente instalado, mi acompañante se despidió. Me despojé de toda ropa de viaje y tomé un baño.

Salí a la calle y tomé la dirección de la Plaza de la Concordia. París estaba casi desierto. Los pocos automóviles que circulaban estaban ocupados por alemanes. Los franceses utilizaban los servicios colectivos, Metro y autobuses, y como medio de

transporte individual la bicicleta.

Entré en el primer restaurante que me salió al paso. Disponía de una buena cantidad de cupones. Comí espléndidamente y saqué mi paquete de cigarrillos americanos. Aún no había encendido el que tenía en la boca cuando se acercaron algunos comensales de las mesas contiguas rogándome que les vendiese algunos, si me sobraban. Como eran tres mujeres y un hombre, les di un cigarrillo a cada uno. En compensación, hicieron servir por su cuenta unas copas de champán y prolongamos la sobremesa hasta dar cuenta del paquete de cigarrillos. Escuché los comentarios de aquellos franceses que, muy optimistas, veían ya a los Aliados en París. Con ellos llegaría Jauja, habría de todo y gozarían de mucha libertad.

Regresé al hotel y me acosté, pese a lo temprano de la hora. Pero el viaje desde Burdeos, con sus dificultades y la noche pasada en blanco, me habían dejado literalmente molido. Dormí de un tirón catorce horas. Que tal vez se hubieran prolongado, de no haber sonado unos golpes en la puerta de mi habitación. Era uno de los camareros del hotel, el cual me anunció que me estaban esperando en la sala de recibir.

Sentado tranquilamente en uno de aquellos cómodos sillones esperaba Stammer, el hombre encargado de guiar mis primeros pasos en el Servicio, dispuesto a acompañarme al lugar donde recibiría una sólida preparación sobre radio, transmisión de morse, cifrados, fabricación de explosivos, etc.

Salimos a la calle, tomamos el Metro y después de hacer un transbordo bajamos en la estación de Wagram. Andamos un trecho hasta llegar a la casa en la que funcionaban los servicios de enseñanza. Era un piso que había pertenecido a un escritor judío. Todo estaba en perfecto orden. Stammer me presentó a los que iban a ser mis profesores. Sus nombres de guerra eran Stal, Schmitt, Braun, etc.

Antes de empezar las clases, me enseñaron el piso y una salida de emergencia. Hicieron resaltar la circunstancia de que tanto el despacho, repleto de libros, como el comedor, con grandes cantidades de plata y valiosos cuadros, debía ser respetado para que todo quedara igual que el día que ellos entraron allí.

— ¿Conoce la transmisión?

— Sí, pero menos de lo necesario.

— Entonces, empezaremos por el cifrado. Aquí tiene un papel cuadriculado. Debe elegir una frase que tenga treinta y una letras, tantas como días tienen los meses largos, y comenzar a escribir en la cuadrícula correspondiente al día de la fecha, contando de izquierda a derecha. Hoy estamos a 17. Escriba la frase colocando una letra en cada cuadrícula, de izquierda a derecha.

Así empezó mi aprendizaje. Trabajaba todas las mañanas de ocho a doce. Tenía que conocer los tipos de aviones y barcos, la conducción de automóviles y vehículos a

motor, los uniformes de los diversos ejércitos enemigos, lectura de planos, etc. Lo más duro para mí fue el aprendizaje del morse. Mi falta de oído me desesperaba y tenía que poner los cinco sentidos para captar las palabras transmitidas.

Dedicaba las tardes a visitar París. Muchas veces me acompañaba Stammer, con el que había trabado una sincera amistad.

Stammer conocía España. Había sido agregado de la embajada alemana en Madrid, aunque su verdadera misión consistía en informar acerca de todos los agentes de los servicios oficiales alemanes. El me hizo conocer todos los centros nocturnos de París, y por él conocí todos los restaurantes españoles que en aquella época funcionaban en la capital francesa.

Cuando fuimos a comer por segunda vez al restaurante Valencia, en el que desde el portero al botones todos eran españoles, nos sentamos en la mesa que solía ocupar Stammer cuando iba por allí. La inmensa mayoría de los clientes eran refugiados españoles, con un odio sin límites a las autoridades de nuestra patria y sobre todo a Franco.

Unos españoles que estaban en frente de nosotros nos miraban con insistencia. Stammer me dio con el pie por debajo de la mesa. Simultáneamente me soltó dos parrafadas en alemán, a las que presté mucha atención para poder entenderlas a medias. Pero me di por enterado. Cuando terminamos de comer, el camarero que nos servía me preguntó si queríamos aceptar una botella de champán con la que nos obsequiaron los señores de aquella mesa.

— ¿Y por qué razón? —inquirió Stammer en voz alta.

Uno de aquellos españoles se puso en pie y avanzó hacia nuestra mesa.

— Perdone que nos hayamos tomado la libertad de enviarles la botella —dijo, dirigiéndose a Stammer—, pero somos grandes admiradores del pueblo alemán, de su *Führer* y de su ejército.

— Me satisface mucho oírle decir eso —respondió Stammer—, pero ahora somos nosotros los que les rogamos que se sienten en nuestra mesa. En mi español notarán algunas deficiencias, pero el capitán Kronos lo habla a la perfección.

Así comenzó mi amistad con Paco Maiquez, un valenciano que se dedicaba a la exportación de naranjas y otro español que estaba en París con Mario Fernández Peña.

Paco Maiquez conocía los bajos fondos de París. Nada escapaba a su observación y juzgaba y deducía con rapidez y exactitud. Le hicimos algunos favores que le reportaron buenos dividendos.

Al importador de naranjas no volví a verlo, pero sí al otro español, que pertenecía

al Servicio de Información que la Secretaría General del Movimiento tenía montado en París, bajo la dirección de Jesús Suevos, cuyo secretario era Mario Fernández Peña. El que yo acababa de conocer, que actuaba como informador para aquel Servicio, me dijo al cabo de un par de días que su jefe quería hablarme. Para ello me citó en el mismo restaurante Valencia. Allí me presentó a Mario Fernández Peña, al que cité en el hotel para la mañana siguiente.

Se presentó con mucha puntualidad.

— ¿Qué tal, capitán Kronos?

— Bien, muy bien— le contesté.

— Mi visita se debe a que quiero ofrecerle mis servicios. Pertenezco al Servicio de Información de Falange, y tengo la seguridad de que llegaremos a un acuerdo, ya que nuestro objetivo es el mismo y defendemos la misma causa.

Le escuché sin descomponer el gesto. Me habló con detalle de la misión que le había sido confiada, y me di cuenta de que en su relato había mucho de fantasía. Pero cuando me habló de Jesús Suevos, temiendo que, al verme, me reconociera, le dije a Fernández Peña que no me presentara a nadie. El podría ser mi enlace, y los informes que me entregara le serían pagados. Aunque vivían en un hotel requisado por los alemanes y disfrutaban de todas las ventajas del ejército alemán, todo esto parecía poco y procuraban obtener más ganancias.

El progreso de las fuerzas Aliadas continuaba. A pesar de los esfuerzos del ejército alemán, habían afianzado y ensanchado su cabeza de puente. Las cosas se ponían cada vez más difíciles y la victoria se veía cada vez más lejana. Hasta que llegó el momento crucial del atentado contra Hitler.

Entonces pude darme cuenta de que cuanto más amargos son los acontecimientos que amenazan a la Humanidad, inquieta y desorientada, mayor es la frivolidad de no pocas personas que en vez de percatarse del peligro inminente derivan hacia un concepto insubstancial e intrascendente de la vida, y tratan de aturdirse y de desentenderse de todo lo que suponga austeridad, disciplina y honor.

Durante el tiempo que permanecí en París llevé una existencia frívola y peligrosa. La mayoría de las noches, con Paco Maiquez o con alguno de los amigos alemanes, visitaba el París nocturno. Vivíamos en un ambiente de difusa moralidad, al margen de la familia y de aquellos camaradas que con tanta generosidad y gallardía entregan sus vidas en el campo de batalla. Nuestro proceder no podía ser más lamentable.

¡Era la guerra!

Mario Fernández Peña, representante de los Servicios de Información de Falange Española en París, en aquella época soltero, era el segundo de a bordo de aquella

organización, cuya jefatura ostentaba, como ya he dicho, Jesús Suevos. Las llamadas y las visitas de Mario eran continuas, y, aunque yo quise romper toda relación con él, Stammer me lo desaconsejó, a fin de que pudiéramos enterarnos de todos los pasos que daban y conocer a sus contactos. El confidente del santanderino viajaba con frecuencia a la frontera española, y con unas grandes maletas traía a París mercancías, especialmente cigarrillos rubios y café, que vendían en la capital francesa.

Los acontecimientos se precipitaban, y en primera línea hacían falta más hombres. La balanza se inclinaba del lado de los Aliados, y los soldados alemanes, pegados al terreno, formaban trinchera con sus pechos y no se rendían sin haber gastado antes el último cartucho.

Los informes eran cada día más alarmantes. Los Aliados disponían de aviación, cañones y tanques en cantidades fabulosas. Era la lucha del elefante contra la hormiga.

La División Brandemburgo había sido concentrada en las afueras de París. Había en ella algunos españoles —los efectivos de una compañía, aproximadamente—, y recibí la orden de ponerme al frente de ellos y salir en dirección al frente de Normandía. No era mi misión, pero la situación se había complicado de tal modo que había que echar mano de todo lo que pudiera servir como muro de contención del avance aliado. Emprendimos la marcha al amanecer (no puedo precisar la fecha exacta; lo único que recuerdo es que era un día de la segunda quincena de julio), y por la tarde habíamos establecido ya contacto con el enemigo.

La defensa de las posiciones que nos fueron asignadas resultó difícil. En los 300 kilómetros de la costa normanda atacados por los Aliados no había más que cuatro Divisiones alemanas, más dos Divisiones costeras móviles que fueron las que resistieron la primera embestida: la *SS—Panzer* "*Das Reich*" y la "*SS—Leibstandarte Adolf Hitler*". Luego llegaron otras unidades formadas precipitadamente. El ruido era espantoso, y todas las armas de guerra formaban la infernal orquesta: cañones, ametralladoras y tanques. La aviación no dejaba de bombardearnos ni un solo instante. Durante veinticuatro horas, luchando sin pausa alguna, nos mantuvimos en la posición, hasta que fuimos relevados por una compañía de las SS. Al retirarnos comprobé que nuestras bajas ascendían a más del 65 por ciento de los efectivos.

Regresé a París y cuando llegué al hotel me enteré de que Paco Maiquez había preguntado todos los días por mí. Pero nadie sabía dónde me encontraba, aunque le habían dicho que mi maleta seguía estando en mi habitación.

Le telefoneé en seguida, y casualmente se encontraba en su hotel. Se puso al aparato y me saludó con alegría.

— ¿Dónde te habías metido? He pensado lo peor, pero ya estás aquí de nuevo y esto es lo que cuenta. Ahora mismo voy a verte.

Me quité toda la porquería que traía del frente, me puse el uniforme y bajé al vestíbulo del hotel.

Paco no tardó en presentarse. Nos acomodamos en una sala contigua al comedor, pedí una botella de champán y con toda tranquilidad dimos cuenta de ella, mientras le hablaba a Paco de mis últimas andanzas.

— Aquello está muy difícil, ¿verdad?

— Sí. Aunque nos duela, no podemos cerrar los ojos a la realidad. Por desgracia, ésta no invita al optimismo, precisamente. La lucha es titánica. Ellos tienen una abrumadora superioridad en el aire, lo cual hace que nuestras divisiones de reserva se vean diezmadas antes de llegar a primera línea.

— ¿Crees que los Aliados y los rusos tomarán Francia?

— En el Alto Mando y en nuestro Servicio se habla de las armas secretas, que se emplearán en el momento oportuno. Todos están convencidos de que la victoria será nuestra. A mí, lo único que me queda es la fe.

Una vez terminada!a botella decidimos ir a cenar juntos, para seguir hablando.

— Hoy cenaremos en Cotí.

— De acuerdo, Paco.

Llegamos al restaurante y nos colocaron en uno de los extremos, lejos de la orquesta.

— Kronos, quiero que tomes en consideración lo que te voy a decir. En estos días de tu ausencia, he pensado mucho en la situación y con toda sinceridad creo que el problema no está claro. Tengo muchos amigos franceses, y conozco a la mayoría de los dirigentes españoles de los refugiados. Todos ellos se están organizando y disponen de muchas armas. Esperan el momento de lanzarse a la calle y hacer una escabechina. No sé lo que puede pasar aquí…

— Nada, no pasará nada. Hablan del maquis y de la resistencia, y la verdad es que no se nota que existan. Muchos franceses hablan sin cesar de la resistencia, pero está tan oculta que no opera en ninguna parte. Ya ves, en París se puede salir a cualquier hora del día o de la noche, y puedes ir donde te venga en gana sin ningún peligro. Dime, ¿dónde están los resistentes? Ninguno de ellos da la cara. Tú eres testigo de que hemos recorrido París en todos los sentidos y nunca nos hemos tropezado con una mala bronca. Y no solamente eso, sino que en cuanto huelen que eres alemán tienes disco verde.

Cuando terminamos de cenar, Paco me acompañó hasta el hotel y se marchó a descansar.

Me disponía a acostarme cuando sonó el teléfono. Era Stammer, y su voz tenía un tono alterado completamente nuevo par mí:

— ¡Preséntate inmediatamente en el Hotel Lutecia!

— ¿Qué pasa?

— No hagas preguntas, y date prisa.

Tiré del carro de la pistola, coloqué una bala en la recámara, tomé los cargadores de repuesto y salí de mi habitación.

En el pasillo tropecé con otros jefes y oficiales que cruzaban raudos como el viento camino de la escalera. Por lo visto, habían recibido la misma orden. Me uní a dos *SS—Sturmbannführer*[5] que seguían la misma dirección. Caminamos juntos hasta el Lutecia sin cruzar una sola palabra.

El Hotel Lutecia estaba completamente acordonado por soldados de las SS. Para pasar al interior tuvimos que presentar previamente los documentos de identidad.

Mientras subía la escalera, atestada de jefes y oficiales, iba haciendo las más disparatadas conjeturas. ¿Estarían en París los Aliados? ¿Se habrían levantado en armas los franceses? No, en las calles por las que habíamos pasado la calma era absoluta. ¿Qué podía suceder que fuese tan grave? ¿El final de la guerra, quizá? Abriéndome paso entre aquel hormiguero, logré llegar al segundo piso. Allí encontré a la mayoría de mis jefes.

— ¿Qué pasa? —le pregunté a Stammer.

— El *Führer* ha sido objeto de un atentado. Un coronel ha colocado una bomba en su departamento de trabajo. Al estallar, han muerto algunos de sus colaboradores, y nuestro *Führer* ha resultado levemente herido.

Todos, hambrientos de noticias, hacían funcionar sin tregua los medios de transmisión. Se preguntaba una y otra vez, se pedían órdenes que se esperaban con ansiedad, y cada una de las noticias que llegaban se extendía de un lugar a otro como reguero de pólvora. Aunque todos aparentaban tranquilidad, el nerviosismo general era evidente. Los movimientos, las preguntas, los rostros daban el nivel del clima psicológico del momento. La situación debía ser muy grave y confusa, a pesar de que se aseguraba que Hitler vivía.

Se dieron las primeras órdenes. En algunos puestos de responsabilidad había traidores que estaban de acuerdo con los que habían cometido el atentado. Era necesario hacerse cargo de aquellos puestos y castigar a los traidores. Las órdenes fueron escuetas, rápidas y concretas.

Los motores de los coches empezaron a trepidar mientras subían a ellos los que se

iban a hacer cargo de los servicios. Lógicamente, no olvidaban examinar previamente sus armas; muchos de ellos portaban metralletas y varios cargadores al cinto. ¿Cómo terminaría todo aquello? No podía hacer un diagnóstico, pero me daba cuenta exacta de la gravedad del momento por la actitud de los hombres de mi Servicio, a los que por primera vez veía de uniforme.

Estaba sentado en el diván cuando sobre uno de mis hombros se posó una mano, al tiempo que una voz susurraba:

— Pase al despacho de jefe; le espera para hablarle.

El coronel me dijo:

— Tenemos ya noticias concretas sobre el atentado que ha sufrido nuestro *Führer*, y sabemos a qué atenernos. Una vez más se ha puesto de manifiesto que es el hombre predestinado para llevarnos a la victoria final. Las órdenes que ha dado el Cuartel General son muy claras y concretas: hay que terminar con los traidores allí donde estén. Todo se puede perdonar menos la traición; y el escarmiento debe ser ejemplar. Le voy a dar una orden especial para que no le molesten. Si le piden la documentación presente esta orden, que le permitirá circular libremente.

— Gracias, mi coronel.

— No tiene por qué dármelas. Todo se debe a su leal comportamiento.

Al salir del despacho del coronel vi a un grupo de hombres en la secretaría. Entre ellos se encontraba Stammer, aquel ser tan humano como extraordinario, seguro de sí mismo. Los componentes del grupo, que ya habían hablado con el coronel, se me acercaron y me pidieron que fuera con ellos. En total éramos cinco, y dos ostentaban sendas Cruces de Caballero.

Salimos del Hotel Lutecia formando dos grupos. Stammer y Stal me colocaron entre ellos. Los otros dos iban detrás. Nuestro silencio era absoluto, y la soledad de las calles aterradora. No encontramos ni a una sola persona.

Nunca olvidaré aquella noche del 20 de julio de 1944, en un París triste, silencioso y prácticamente muerto. Nuestra marcha era acompasada y silenciosa. Cada uno de nosotros dialogaba con sus propios pensamientos. Llegamos a la calle Rivoli. Junto a la plaza de la Concordia había un café que permanecía abierto toda la noche. Entramos y ocupamos una de las mesas.

El comandante Muller inició la conversación con una exclamación:

— ¡*Auswurf*! Estamos rodeados de traidores y nos va a ocurrir lo mismo que en el 14.

Stammer dijo:

— Los generales no pueden perdonarle a nuestro *Führer* su triunfo sobre el pueblo alemán. Lo que ellos nunca consiguieron por la fuerza de las armas, Hitler lo ha logrado con su sacrificio, su inteligencia y su audacia. Stauffenberg no se resigna a ser jefe del Estado Mayor del comandante en jefe del Ejército en reserva. Querría tener los privilegios de su casta. Pero en Alemania la patria ha dejado de ser patrimonio de unos cuantos en perjuicio del resto de los ciudadanos.

Cuando nos despedimos empezaba a amanecer.

Al llegar al hotel me encontré con Mario Fernández Peña. Al verme se precipitó a mi encuentro.

— ¿Es cierto que han matado a Hitler? —me preguntó bruscamente.

— ¿Quién te ha dicho eso?

— En las embajadas extranjeras no se habla de otra cosa. Se dice que un mariscal se ha hecho cargo del poder para firmar la paz con los Aliados. Por lo que he oído, el ejército se ha hecho cargo de todo y ha licenciado a los jefes y oficiales de las SS.

— Simples bulos. Es cierto que Hitler ha sido objeto de un atentado, pero sus heridas son de escasa importancia. Aunque algunos de sus colaboradores más íntimos perdieron la vida, el *Führer* salió milagrosamente ileso. Pero el coronel que colocó la bomba no pudo o no supo esperar y trató de tomar un avión hacia Berlín para dar la noticia. Esta es la verdad. Y la conspiración ha sido aplastada.

Acompañé a Mario hasta la puerta del hotel y vi a Tania. Desde la puerta de la joyería en la que trabajaba me hacía señas para que me acercara.

Había conocido a Tania en los primeros días de mi estancia en París. El París de aquellos meses de verano ofrecía la estampa de una ciudad sin vida. Tania, que podía haberse marchado para mitigar los efectos del calor en alguna playa o montaña, había continuado en su puesto de trabajo para no separarse de sus padres y de su hermano.

Debo hablar de Tania, que fue mi compañera en los ratos libres. Aquella muchacha alta y rubia, de rostro interesante y cuerpo escultural, era hija de unos refugiados rusos que habían huido de su país a raíz de la Revolución. Estaba casada, pero su marido se encontraba en un campo de prisioneros franceses desde que terminó la campaña de Francia. Tania, simpática y agradable, vivía en el mismo inmueble que sus padres, en el Barrio Latino, aunque en un piso distinto. Se trataba de una familia muy unida. Los padres eran los clásicos rusos, sentimentales y nostálgicos, llenos de añoranzas del pasado, que recordaban a todas horas. El anciano matrimonio temblaba ante la posibilidad de que los comunistas pudieran llegar a París. Ya habían padecido en Rusia, concretamente en Moscú, los trágicos días de la Revolución.

Crucé la calle y me acerqué a Tania. Preocupada, me preguntó qué sucedía, pues se hacían numerosos comentarios e incluso se afirmaba que los alemanes iban a pedir la paz. Mi respuesta fue firme, y sin lugar a dudas la dejó más tranquila.

— Mis padres están asustados —dijo Tania—. Si los comunistas llegaran hasta aquí, ¿crees que nos llevarían a la Rusia bolchevique?

— Ni hablar. Aquí, si entra alguien, serán franceses, ingleses o norteamericanos. Todo este revuelo de ahora se debe a una causa completamente distinta.

— Michel, ¿es cierto que han matado a Hitler?

— No. Le han hecho objeto de un atentado, pero sus heridas no revisten la menor importancia.

En aquel momento se acercó a nosotros otra empleada de la joyería, que también estaba pendiente de los acontecimientos. Poco después, el dueño del establecimiento reclamó la presencia de sus empleadas, y nos despedimos.

Al día siguiente fui con Stammer al café de los Campos Elíseos y nos enteramos de más detalles acerca del desarrollo de los acontecimientos. Las organizaciones clandestinas, secundadas por algunos jefes y oficiales alemanes que habían entrado en contacto con ellas, pretendían acelerar la entrada de los Aliados en París, pero toda aquella conjetura había sido desarticulada rápidamente: los servicios de seguridad alemanes, actuando con rapidez y eficacia, habían dejado todos los puestos de mando en manos de los incondicionales de Hitler.

Las fuerzas estacionadas en el sur de Francia se iban retirando. Algunos extranjeros de la División Brandemburgo desertaban de su unidad, y así aparecieron en París grupos de españoles pertenecientes a la Brandemburgo que trataban de huir de la quema.

En un bar cercano a la plaza de la Opera me encontré con dos de aquellos "despistados", Luis G. y Ricardo B. Vestidos de paisano, vagaban por los servicios alemanes en busca de un plato de sopa. Esperaban en aquel bar a otro español que les había prometido solucionar su "catarro" económico. Su situación me inspiró lástima y les presté unos francos, que quedaron en devolverme.

Los cabarets seguían funcionando, y sus clientes eran casi exclusivamente los ocupantes y los que se dedicaban al mercado negro. El Maxim's, el Lido y otros estaban patrocinados por las fuerzas de ocupación. En el *Moulin Rouge,* cantaba todas las noches Edith Piaf.

Aquel último verano en París resultaba incómodo, inseguro e incluso trágico para ocupantes y ocupados. Pero todos confiaban en que se produciría un milagro, al que contribuirían por partes iguales los hombres de aquellos dos pueblos a los que varias guerras habían enfrentado entre sí.

Los acontecimientos se precipitaron. A cada día que pasaba las calles aparecían más desiertas y la seguridad individual se hacía más problemática. Jefes y oficiales teníamos las armas preparadas para utilizarlas de un modo inmediato. Pero deseo subrayar que, al contrario de lo que se dijo después de la guerra, eran muy pocos los franceses dispuestos a empuñar las armas a favor de los Aliados.

Llegó el momento en que se cortaron las comunicaciones con España. Algunos de los que en 1940 declaraban que estaban dispuestos a darlo todo por Alemania y el *Führer*, ahora, en el momento de la verdad, maldecían su suerte y lamentaban tener que abandonar París.

La organización, que hasta entonces había sido perfecta, perdió el control. El Hotel Lutecia quedó desierto en unas horas. Sólo quedaban en él algunos hombres de una sección de las SS, al mando de un *SS—Obersturmführer*[6].

Pregunté por mi Servicio, pero nadie pudo darme razón. Llamé al hotel y el conserje me dijo que habían ido a buscarme y que volverían. No funcionaba ya ni el Metro ni los autobuses, pero en el Lutecia habían quedado unas bicicletas. Tomé una y me dirigí al hotel. Allí encontré una nota de Stammer, en la que me indicaba el lugar de concentración para salir de París. Los Aliados habían llegado a Versalles y el ambiente era dramático. Por las calles empezaban a resonar disparos de fusil y ráfagas de ametralladora.

Tomé todo lo que podía transportar en mi mochila, coloqué sobre el manillar de la bicicleta la pistola ametralladora y me dirigí a la Avenida Foch, que era el punto de concentración. Pasé por la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos hasta el Arco de Triunfo. Una vez en la plaza de la Estrella, enfilé la Avenida Foch y al llegar al número 36 me di cuenta de que ya sólo quedábamos unos pocos, muy pocos.

Pero no saldríamos ese día. Dejé allí mi mochila y regresé al hotel en un Citroën 11 ligero. Al llegar me encontré a Paco Maiquez. Me contó que había tenido que pasar por unas calles en las que ya no había ni sombra de alemanes. Deseaba regresar a su hotel y no quise dejarle solo.

Paco tomó el volante y yo asomé mi pistola ametralladora por la ventanilla, dispuesto a repeler cualquier agresión. En un cruce de calles nos paró un grupo de soldados alemanes, al mando de un oficial. Me apeé del coche, mostré mi documentación y me dieron paso.

Dejé a Paco Maiquez en su hotel y regresé al mío. Los disparos eran ahora más frecuentes, pero tuve la suerte de que nadie me tomara por blanco. Los soldados marchaban muy pegados a los edificios, que en su mayoría parecían deshabitados, con los portales, balcones y ventanas cerrados a cal y canto. Se esperaba la llegada de los Aliados. Más tarde, habría muchos "héroes" por haber gritado "¡Viva Francia!" al llegar los primeros tanques tripulados por exiliados españoles.

La salida de París resultó muy accidentada. Volví nuevamente a la Avenida Foch. Mis amigos del Servicio se habían marchado, dejando la orden de que me uniese a los últimos que abandonaran París. Pero faltaban conductores para los coches. Uno de los intérpretes me hizo una exposición completa de la situación. Podía resumirse diciendo que había llegado el momento de gritar aquella frase cuartelera de: "iMaricón el último!"

Las escasas fuerzas que quedaban en la capital francesa estaban concentradas en puntos estratégicos. Los "resistentes" se habían dado cuenta de ello y empezaba a incordiar, aunque no se atrevían a atacar a las formaciones. Sólo agredían a los soldados cuando iban en parejas, y se ensañaban todavía más con los que veían solos. Pero esto no me preocupaba demasiado, pues estaba dispuesto a vender caro mi pellejo y no iban a pillarme desprevenido.

Me asignaron un coche y tres soldados. Uno de ellos sería el conductor, y los demás cuidaríamos de repeler cualquier agresión. Procediendo con toda urgencia, di la orden de tirar a matar con tal de cruzar París.

Salimos de la Avenida Foch, llegamos a la plaza de la Estrella, y por los Campos Elíseos y la plaza de la Concordia nos dirigimos hacia la plaza de la Opera. Al llegar en esta última, una descarga de fusilería nos paró en seco. Saltamos rápidamente al suelo y tratamos de localizar el lugar del que habían salido los disparos. Estos dejaron de oírse en el momento en que el coche paró, pero nos habían reventado dos neumáticos. Tendríamos que abandonar el vehículo, y con él las cosas que nos eran tan precisas.

Pero la suerte iba a acompañarnos. Nos estábamos lamentando aún cuando vimos que por una de las calles que desembocaban en la plaza llegaba un coche a toda velocidad, con la bandera francesa. Le dimos el alto, pero mucho antes de llegar a nuestra altura frenó bruscamente. Salieron cinco hombres que fueron vistos y no vistos, pues corrían como gamos para salvarse.

Uno de los soldados disparó sin tirar a dar, pero uno de los franceses se desplomó como fulminado por un rayo. Viendo que nadie salía a recogerlo, pues sus compañeros habían desaparecido, di una carrera. Mientras le levantaba, se fijó en mi uniforme y me miró con cara de susto.

— ¿Estás herido? —le pregunté.

— No… no, señor.

Aunque estaba ileso, su voz era la de un moribundo. Temblaba como si estuviera aquejado del baile de San Vito.

— Bueno, lárgate, y gracias por el coche.

— Sí… sí… gracias… muchas gracias —tartamudeó aquel desdichado, que horas más tarde sería un "héroe de la Liberación".

Trasladamos nuestros bártulos al automóvil que acababan de "cedernos" los franceses y reemprendimos la marcha.

Llegamos a los arrabales de París cuando por el lado contrario entraban en la capital los primeros tanques Aliados.

Pero las carreteras estaban taponadas por toda clase de vehículos que hacían imposible el tránsito. Los parones eran continuos, y con mucha frecuencia teníamos que salir de la carretera.

Tras un viaje sumamente accidentado llegamos a Nancy. Tenía la intención de separarme de mis compañeros de viaje y tomar un tren que me llevase directamente a Berlín.

Me presenté en la Comandancia Militar, y allí me proporcionaron todos los documentos necesarios para cruzar la frontera franco— alemana y viajar hasta Berlín.

CAPÍTULO II

Al llegar a Estrasburgo, en la frontera alemana, la *Gestapo* y fuerzas de las SS hicieron desalojar el tren. Jefes, oficiales y soldados, al igual que los civiles, tuvieron que someterse a un interrogatorio. Yo, con mi pésimo alemán, imaginé que las iba a pasar moradas, pero una vez más me acompañó la suerte.

Uno de los jefes de control era un conocido, al que me unía cierta amistad desde que él desempeñara el mismo servicio en Bayona. Por espacio de dos años había estado en la frontera franco—española. Me hizo pasar a su oficina, me preparó un café y me ofreció una copa de coñac. Entretanto, me explicaba:

— Parece mentira que exista tanta cobardía entre mis compatriotas. Mientras nuestros soldados lo están dando todo, estos asquerosos burócratas, que durante años enteros han gozado de la vida tranquila, cómoda y mundana de la capital de Francia, ahora que les parece que el barco se hunde, se comportan como las ratas. —Señaló una puerta y añadió—: Ahí dentro hay más de veinte de esos conejos, que tendrán que responder de su cobardía. Más de uno de ellos pagará con la vida.

Me quedé mirando a mi amigo sin saber qué contestar, y finalmente murmuré de un modo maquinal:

— Sí, claro…

Experimentaba una profunda sensación de malestar. Ellos se lo habían buscado, desde luego, por no haber sabido dominar el miedo, pero, en mi fuero íntimo yo no podía ser tan implacable como aquel alemán.

Entretanto, seguía el control. Y nuevas víctimas ingresaban en aquel cuarto. Yo permanecía absolutamente tranquilo, en espera de que se organizara el convoy.

Por fin, los altavoces anunciaron que el tren estacionado en el andén número 3 saldría con dirección a Berlín. En cada una de las puertas de los vagones había un soldado que examinaba nuevamente las documentaciones. Al mismo tiempo, señalaba a cada pasajero el lugar que debía ocupar. Tras un viaje sin ningún contratiempo, llegamos a Berlín.

La capital del *Reich* cambiaba continuamente su fisonomía. Después de cada bombardeo de la aviación Aliada, la configuración de cualquiera de los barrios afectados era completamente distinta. Donde había una espléndida estatua quedaba un pozo, los edificios más esbeltos eran ahora escombros amontonados, y las ruinas y la desolación

sobrecogían y desorientaban.

Me dirigí a la *Anhalter Bahnhof*[7] y crucé el paso subterráneo que conducía al Hotel Excelsior. Pedí una habitación y tomé un baño reconfortante. A continuación fui a presentarme a la Comandancia Militar. Di mi número de *Feldpost*[8], pero nadie sabía dónde se encontraba mi Unidad. Por fin, tras muchas consultas, me pasaportaron para Viena.

Mientras esperaba la orden de embarque, decidí aprovechar la ocasión para visitar el Instituto Iberoamericano, ya que allí se encontraban el general Faupel y su esposa, de los que tanto había oído hablar, y que no conocía.

Desde el jardín hasta el despacho de la doctora Faupel, tuve que cruzar el vestíbulo, la sala de visitas y otras salas llenas de españoles, que vivían a la sombra de los Faupel. Algunos de ellos habían pertenecido a la División Azul, pero sin conocer el frente, y se habían acoplado a diferentes puestos, pegados a las faldas de la doctora. Ellos marcaban el protocolo para las visitas, a las que desde el primer momento miraban con recelo.

Cuando pasé al despacho de la doctora, ésta, sin invitarme a tomar asiento, me preguntó:

— ¿De dónde viene usted?

— De París.

— ¿De París? —inquirió la doctora Faupel, en tono de incredulidad—. ¿Le han dejado pasar nuestros servicios de control?

— La mejor prueba de que toda mi documentación está en regla es el hecho de que me encuentro aquí —repliqué, un tanto molesto—. Y puede creer que lo lamento muy de veras, ya que entiendo que mi puesto está en primera línea. Pero, en mi calidad de oficial del ejército alemán, debo atenerme estrictamente a las órdenes recibidas.

— Bien, bien, siéntese y cuénteme…

En aquel momento, un individuo al que no conocía y que había sido testigo de la entrevista, intervino por primera vez.

— Puede ser uno de esos camuflados que ahora envían los ingleses —sugirió.

— ¡No soy un espía! —repliqué, indignado ante aquella intolerable sugerencia—. Y tú eres un mal nacido, y si no estuviéramos en este despacho te cerraría la boca para siempre. ¡Cobarde!

Mientras hablaba, había echado mano instintivamente a mi pistola.

Pero la doctora, convencida de mi buena fe, me rogó que me tranquilizara y disculpó como pudo a aquel intruso[9].

— Debido a las circunstancias anormales por las que estamos atravesando, debemos desconfiar en principio de todo el mundo. Le ruego que no tome en consideración las palabras del doctor Arrizubieta.

Alegando una cita inexistente, pedí permiso para retirarme. Al salir a la calle me prometí a mí mismo no volver a pisar aquel lugar si no era llamado.

Al día siguiente emprendí el viaje a Viena. Una vez más, la diosa Fortuna estuvo de mi parte, ya que llegué a mi punto de destino sin haber padecido la visita de los aviones Aliados. Me presenté en la Comandancia Militar y me asignaron un cabo—intérprete para que me solucionara los problemas de alojamiento y comida. No me quedaba un céntimo, de modo que reclamé mis haberes, pero todos los servicios se sacudían la responsabilidad. Finalmente, el intérprete me consiguió cien marcos.

Me llevaron a un hotel en el que se alojaban numerosos húngaros. En mi habitación me ocurrió algo realmente cómico… que pudo haberse convertido en tragedia. Nunca había visto un calentador a gas. Quería bañarme, pero por más vueltas que le daba a aquel calentador no lograba hacerlo funcionar. Tras manipular todas las llaves, en un momento determinado encendí una cerilla… y brotó una llama que me chamuscó las cejas.

Por la tarde vino a buscarme el intérprete para enseñarme Viena, capital que no conocía. Experimenté la sensación de que me encontraba en París. Era una bella ciudad rodeada de bosques. En los días que permanecí en ella visité, la Universidad, la Opera, el Ayuntamiento y la maravillosa catedral de San Esteban, que fue lo que más me impresionó.

Por fin llegó la orden de marcha y tuve que salir con dirección a un pueblo de Checoslovaquia, en aquellos momentos protectorado alemán. El pueblo se llamaba Wutwais, y en él debía encontrarse el puesto de mando de la unidad a la que yo pertenecía. El viaje sólo duró unas horas. Y a su término recibí una de las mayores sorpresas de mi vida. Esperaba encontrar a mis camaradas, pero en aquel acuartelamiento sólo había un capitán, un sargento de aviación y mujeres, muchas mujeres, que trabajaban en la elaboración de planos cartográficos para la aviación.

Al principio, aquello me pareció Jauja. Tenía que despistarme y volver a altas horas de la noche, pero incluso así nunca me faltaba la visita de alguna dama a la que no conocía. No sé si lo echaban a suertes o era por riguroso turno, pero lo que tanto había deseado llegué a maldecirlo con todas mis fuerzas, que ya no eran muchas.

Mi "liberación" llegó con la orden de regresar a Berlín, donde al parecer tenían ya noticias del paradero de mi unidad.

De nuevo en la capital del *Reich*, me presenté en la Comandancia Militar, donde me entregaron los vales de comida y la documentación para que me trasladara a Wiesbaden, donde me dirían el lugar en que se encontraban los que yo buscaba.

Aquel viajar tontamente de un lugar a otro y, sobre todo, aquella inactividad empezaban a fastidiarme. Me desesperaba la idea de que, mientras los demás luchaban, yo me veía obligado a hacer vida de "señorito" en aquella hermosa población de aguas termales, matando mi aburrimiento en los bares.

Una tarde, como de costumbre, entré en un café. Allí encontré a dos hermanos que, si bien eran alemanes, habían nacido en Barcelona y hablaban perfectamente español y francés. Sus padres vivían aún en Barcelona.

— Entonces, hablaréis español, vuestro idioma confidencial…

— Sí, mi capitán, pero hay muchos más que hablan español. Precisamente a doce kilómetros de aquí hay una compañía de intérpretes, todos los cuales hablan un correcto castellano.

Al día siguiente me encontré de nuevo con los dos hermanos, pero acompañados de otros camaradas cuyas familias residían también en España. En aquel grupo estaba Gerardo Sievert, el cual tenía a su madre y a sus hermanas en Berlín. Pero él estaba casado con una catalana que vivía en Barcelona con los dos hijos del matrimonio. Tenían una pequeña fábrica de hilados de la que Sievert hablaba constantemente, exponiendo las mejoras que pensaba introducir en ella cuando regresara a España… si tenía esa suerte. Más tarde, como uno de los intérpretes a mis órdenes, Gerardo Sievert sería testigo de los últimos acontecimientos.

Aquellos días conviví en Wiesbaden con algunos colaboracionistas franceses y belgas, no muy bien tratados por los servicios alemanes, ya que eran unos elementos derrotistas y llenos de prejuicios. Algunos de ellos, acostumbrados a la vida cómoda y a la intriga, enturbiaban el ambiente, enrarecido ya por las circunstancias, con bulos disparatados.

En aquellas horas decisivas me sentí obligado ante mi conciencia, y me dolía pensar en los camaradas que estaban entregando sus vidas en el frente. Cuando estaba decidido a todo para conseguir que me destinaran a cualquier unidad combatiente, recibí la gran sorpresa: encontré a Boa, uno de los hombres de mi Servicio. Ahora, sí. Ahora lograría marchar al frente con mis camaradas y amigos.

Tomamos el tren para Coblenza y, durante el viaje, Boa me explicó con todo detalle las numerosas gestiones que el Servicio había realizado en París, tratando de localizarme. Lo cierto era que el Servicio y yo habíamos estado jugando al gato y al ratón.

En Coblenza, tomamos un ferrocarril de vía estrecha, con una máquina y unos vagones que parecían de juguete, que había de llevarnos a nuestro punto de destino.

Mis jefes y camaradas me acogieron con alborozo. Todos se alegraban de volver a verme, ya que me suponían muerto o prisionero. Me alojaron en una casa que tenía dos sirvientes, prisioneros rusos. Al parecer, estaban muy satisfechos con su situación, aunque en aquellos días empezaban a sacar los pies de las alforjas.

La primera noche me acosté muy tarde. Me quedé con Stammer y algunos más, comentando los acontecimientos. Los hombres del Partido se desplazaban a los pueblos para levantar la moral de las gentes, asegurando que pronto aparecería el arma secreta que terminaría con la aviación Aliada, dueña absoluta del cielo alemán. Hablaban de que el *Führer* estaba a punto de montar una revolucionaria aviación de guerra que conquistaría en pocas horas el dominio del aire. La industria aeronáutica había logrado montar cañones de mayor calibre en los cazas y había aumentado su velocidad hasta casi los mil kilómetros por hora, pero además existía un pequeño avión de caza que, dirigido por un piloto radioeléctrico accionado desde tierra, disparaba treinta proyectiles—cohetes. No necesitaban campo de despegue ni de aterrizaje. Se hablaba también de un proyectil C—2 que, por medio de un sistema electrónico, era dirigido contra los bombarderos enemigos.

Los "nuevos ingenios" estaban en boca de todos. Un sargento de las SS que disfrutaba de permiso nos confirmó que su División había sido dotada de nuevas armas automáticas. Hablaba de la victoria como si ya estuviera en sus manos.

Pero Stammer me echó un jarro de agua helada.

— No soy sospechoso de falta de lealtad a nuestro *Führer* —me dijo—. Estuve en Viena preparando la entrada de nuestras fuerzas, y allí me gané esta condecoración… En España organicé los servicios de radio y transmisiones, y he luchado en Rusia contra aquel pueblo arisco, insidioso y rapaz. Por eso me encuentro en condiciones de afirmar que la actual propaganda está destinada al fracaso. Hitler, nuestro *Führer*, es un ser humano como todos, con unas cualidades extraordinarias y fuera de lo común, aunque entre ellas no figura la infalibilidad. Ni siquiera él puede predecir el curso de los acontecimientos. En todo caso, puedes tener la seguridad de que no se firmará la paz y de que la tragedia llegará rápidamente.

Quedé muy impresionado. Di vueltas y más vueltas a las palabras de mi amigo, y traté de poner en orden mis ideas. A los hombres como nosotros sólo nos quedaba ya la amistad. Los grandes ideales que estimulaban a nuestros camaradas al principio de la lucha se estaban apagando. Nos habíamos convertido en unos pobres diablos que se aprietan unos contra otros para combatir el frío.

Sobre nosotros pasaban continuamente los aviones Aliados. Brillaban en el cielo como bandas de palomas, y soltaban como excremento papeles plateados para confundir al radar. Abajo, hombres, mujeres y niños respiraban con alivio cuando los aparatos rebasaban la vertical. El color volvía a los rostros y el corazón recobraba su ritmo normal. Recuerdo a un viejo, dueño de un café, ordenando en tono imperativo a alguien que

tocaba en un desvencijado piano que dejara de hacerlo, ¡porque los aviadores podían oírle!

El pánico cundía entre la población civil, la tristeza hacía mella en todos como secuela de una lucha sin precedentes que podía desembocar en la mayor de las catástrofes. La propaganda hablaba de nuevas armas contra la aviación, y teníamos que creer en ellas si no queríamos sucumbir a la desmoralización.

Inesperadamente, me visitó un comandante del Servicio Secreto para hacerme una proposición. Empezó recordando mis conocimientos de los códigos y de las transmisiones por morse, mi entrenamiento y mi lealtad, para terminar diciéndome:

— Tenemos que enviar un hombre a América del Sur, y hemos pensado en usted porque estamos seguros de que nos prestará un gran servicio. No le pido que tome una decisión ahora mismo. Puede pensarlo con calma, y la semana próxima me dará su respuesta. No se crea obligado a aceptar: nadie le reprochará una negativa. La misión que se le va a encomendar es difícil, ingrata y peligrosa, pero estamos seguros de su lealtad y de que si consigue llegar al punto de destino cumplirá con su deber.

Añadió que realizaría el viaje en submarino, pero no conocía el puerto de salida ni el lugar de desembarco.

No tuve que pensarlo. La proposición del comandante me había satisfecho desde el primer momento. Aquella noche no pude pegar un ojo. Pensaba con entusiasmo en el viaje y no veía los peligros que podía acarrearme. Confiaba ciegamente en mi buena estrella, y por ello no pensaba en los posibles riesgos sino únicamente en los servicios que podría prestar a una causa justa que defendía con todas mis fuerzas.

Pendiente de la nueva visita del comandante, llegó el domingo. En el pueblo en el que estábamos alojados no había iglesia católica: la inmensa mayoría de la población era protestante. Por ello, en la madrugada de aquel domingo, cuando aún no había amanecido, salí en compañía de tres mujeres camino del pueblo más cercano.

Llegamos a él después de siete kilómetros de marcha. La iglesia estaba cerrada, y entramos en casa de unos parientes de aquellas damas. Me recibieron muy cordialmente y me ofrecieron un suculento desayuno que me confortó después del frío que había pasado. Esto me permitió comprobar, una vez más, que a pesar de las considerables diferencias temperamentales y psicológicas existentes entre los pueblos alemán y español, hay entre ellos una indudable corriente de simpatía mutua, como polos de signo contrario que se atraen. Y conste que no me refiero únicamente al "éxito" que entre la población femenina tienen nuestros varones.

Después de oír misa regresamos a nuestro pueblo. Las damas a las que había servido de escolta tuvieron la amabilidad de invitarme a comer, invitación que acepté con mucho placer.

Llegó el momento de la nueva visita del comandante, y con ella la decepción:

— No he querido comunicarle la noticia por escrito y he venido en persona a decirle que el Mando ha decidido suspender la proyectada operación, debido a que los riesgos son muchos y las probabilidades de éxito muy escasas. Hemos llegado al convencimiento de que le enviaríamos a una muerte segura, ya que todos los mares están vigilados palmo a palmo.

¡Mi gozo en un pozo! La decepción del momento quedó compensada con la nueva propuesta del comandante: los grupos de comandos. ¡Lo que yo había soñado tantas veces!

Pronto terminaría mi inactividad.

Cuando llegué a Wiesbaden, en cumplimiento de la orden que acababa de recibir, era de noche. Fui alojado en un hotel en el que sólo se oía hablar francés. En mi viaje me acompañaba Stammer. Aquella no era una hora apropiada para presentarse en ningún organismo oficial, de modo que Stammer y yo decidimos salir a dar una vuelta en busca de un poco de diversión. Pero en aquella ciudad la vida nocturna era prácticamente inexistente, y los escasos cafés que permanecían abiertos ofrecían un aspecto desalentador. Finalmente fuimos a parar a un hotel cuyo nombre no recuerdo, donde un *maître* de aspecto impecable se acercó a nosotros y, al ver sobre la manga izquierda de mi uniforme el escudo de España, nos habló en un castellano chapurreado y se ofreció a buscarnos un lugar desde el cual pudiéramos escuchar cómodamente la música con la que un piano y un violín amenizaban la velada.

Aquel hotel era el más elegante de la ciudad y estaba ocupado exclusivamente por jefes y oficiales. Sin embargo, la bebida estaba racionada y sólo servían una copa de champán por cabeza. Stammer y yo la apuramos a pequeños sorbos, haciéndola durar el mayor tiempo posible. A la una de la mañana terminó la música y se apagaron las luces del salón.

Cuando llegamos a nuestro hotel descubrimos que los franceses y belgas continuaban en la planta baja en plena juerga, que por cierto no era en seco, ya que encima de todas las mesas había numerosas botellas de vino del Rin, la mayoría vacías. El ambiente estaba muy caldeado y abundaban las representantes del bello sexo, casi todas francesas y belgas que habían llegado allí siguiendo a sus amigos alemanes en la retirada.

Los servicios que hasta entonces habían funcionado en Francia estaban concentrados ahora en varias ciudades de la zona occidental de Alemania. Hombres y mujeres de todas las nacionalidades —aunque predominaban los belgas y franceses— se apiñaban en los hoteles y en casas particulares. Las quejas y las protestas eran incesantes por parte de aquellos individuos que habían vivido en París o en Bruselas dándose la gran vida en su calidad de confidentes o colaboradores de los servicios del ejército alemán. Aquello había terminado, pero ellos no se habían hecho aún a la idea. En su inmensa

mayoría se trataba de hombres y mujeres sin más ideales que la buena mesa, el buen vino y los goces materiales; a todos ellos se les podía comprar con dinero.

El otoño tocaba a su fin y el ejército alemán preparaba el último de sus coletazos: la operación de las Ardenas.

La mayor parte de los servicios se hallaban instalados en Wiesbaden, Frankfurt, Bonn, Coblenza, Maguncia y Nassau. Cerca de Coblenza había un gran edificio que en otra época había sido un convento, aislado de los pueblos cercanos y rodeado de bosques. Aquel edificio era utilizado como centro de instrucción de comandos. Al frente de todos los grupos se encontraba un capitán de ingenieros, comandante en jefe de aquel improvisado cuartel, en el que hombres de diversas nacionalidades convivían y se preparaban para luchar por la misma causa. Sin embargo, los distintos grupos no se mezclaban, aunque se miraban con respeto y afecto.

El mismo día de mi llegada fui presentado a los españoles que constituían mi grupo, exactamente 36: 2 sargentos, 5 cabos y el resto, soldados. Todos habían sido concienzudamente preparados y conocían a la perfección el manejo de las armas y explosivos, las consignas y los métodos de enmascaramiento. Procedían de todas las regiones de España. Había dos catalanes —de Barcelona—, seis extremeños, siete vascos, tres navarros, diez gallegos y ocho aragoneses. Todos, menos cinco, habían pertenecido a la División Azul.

A los dos días de haber asumido el mando del grupo, Miró, un sargento que hasta entonces había desempeñado la jefatura, se negó a bajar al campo de instrucción. Ordené que le bajaran a la fuerza, orden que se apresuraron a cumplir dos galleguitos. Mientras iban en su busca hablé con el capitán—jefe, el cual me dijo: "El único responsable del grupo es usted, y la desobediencia se castiga con la pena de muerte".

Miró bajaba sonriendo, con la guerrera desabrochada a pesar del intenso frío que en aquellos momentos hacía. No sé qué se proponía demostrar con aquella chulería. Le grité: "¡Abróchese la guerrera!" Se quedó mirando a los que estaban formando y obedeció maquinalmente. Me acerqué a él, le ordené que se quitara los galones de sargento y le dije: "¿Sabe con qué se castiga la insubordinación? ¡Con la pena de muerte!" El bueno de Miró cambió de color y empezó a temblar. Le hice entrar en la formación como un número más, y al terminar la instrucción le llamé a mi oficina. Se presentó correctamente. Cuando le pregunté quién era y cómo había llegado allí, me contó su historia:

— Estaba trabajando en una fábrica que quedó destruida por un bombardeo de la aviación norteamericana. Entonces tuve la suerte de encontrarme con Poyatos, el cual me habló de estos servicios a los que él pertenecía y en los que yo podía ingresar. No hice la guerra de España ni pertenecí a la División Azul. Vine aquí como trabajador. Después de la destrucción de la fábrica quise regresar a España, pero al hablarme Poyatos del sueldo y de los derechos que podía adquirir, decidí alistarme. He estado en varios campos de preparación, y hace quince días nos trajeron aquí.

— ¿Cómo has ascendido a sargento?

— Gracias a mis conocimientos del idioma alemán que me permitieron mantener unas relaciones más estrechas con el Mando, sirviendo de intérprete a mis compañeros.

— Bien. Ahora pasarás al calabozo.

— iNo, por Dios! No podría resistir a pan y agua. ¡Por favor, no me imponga ese castigo!

Sus súplicas me desarmaron. Al fin y al cabo, Miró no se las daba de "idealista". No era más que un pobre chico con ganas de ganar dinero, aunque en un momento determinado se le hubieran subido a la cabeza los galones de sargento.

Le ordené que me entregara su documentación e hice que le acompañaran al almacén donde había ropa de paisano.

Cuando regresó, vestido de paisano, le pregunté a dónde quería ir. Me dijo que a Berlín. Le facilité un pase y unos bocadillos.

— Y ahora, ¡largo de aquí! Tienes cinco minutos para desaparecer del campamento…

Miró no se hizo repetir la orden dos veces.

En el "convento" había un almacén de armas y de ropa: uniformes de los ejércitos aliados y trajes de paisano con etiquetas de diversos países: Francia, Inglaterra, Bélgica, etc.

El armamento era del tipo más moderno, e incluía todas las armas automáticas de los ejércitos Aliados, de las cuales teníamos que conocer sus menores detalles. Los técnicos en esta clase de armas capturadas al enemigo eran los encargados de explicarnos sus características y su funcionamiento.

Nos levantábamos al amanecer. La instrucción en campo abierto empezaba muy temprano, aprovechando los bosques que rodeaban el "convento". Repetíamos constantemente la importancia del silencio y del enmascaramiento. La moral de mis hombres era muy elevada, ya que estaban mentalizados por las charlas diarias de especialistas alemanes que repetían machaconamente los temas de la propaganda oficial, especialmente los que se referían a las "armas secretas" que Hitler estaba a punto de utilizar. Yo mismo estaba casi convencido de que la victoria final no podía escapársenos. Entretanto, insistíamos en los aspectos más importantes de la acción de los comandos: flexibilidad, arrojo, explotación del éxito de la ofensiva, economía de fuerzas, rapidez de concepción y maniobra, etc., teniendo siempre en cuenta que éramos una avanzadilla del Ejército que debía ocupar el terreno *de facto*.

A finales de noviembre recibí la orden de presentarme en el Cuartel General del mariscal von Rundstedt, instalado en un pueblecito muy próximo al "convento". Allí me enteré de que varios de los grupos iban a tomar parte en una importante ofensiva que se estaba preparando. Un comandante del Estado Mayor de von Rundstedt, ante un plano minuciosamente trazado, me explicó con todo detalle cuál sería la misión de nuestro grupo. Me acompañaba en aquella visita un brigada alemán que convivía con nosotros y que hablaba perfectamente el español, lo mismo que el inglés. Sus servicios como intérprete resultaron inapreciables para mí.

El mes de noviembre de 1944 fue uno de los más lluviosos del siglo. Debido a ello, el avance de los Aliados había sido muy lento, ya que campos y caminos se hallaban embarrados a causa del desbordamiento de ríos y arroyos. El mariscal von Rundstedt había planeado un ambicioso contraataque, con diez divisiones blindadas y catorce de infantería. Nuestra misión consistiría en infiltrarnos a través de las líneas enemigas con el fin de congestionar su retaguardia.

La rotura debía producirse en el centro de las fuerzas enemigas de las Ardenas, hasta el río Mosa, partiendo la línea en dos para avanzar hacia el puerto de Amberes, punto neurálgico de la red de abastecimientos de los ejércitos Aliados. Nuestra misión, lo mismo que la de los otros grupos de comandos, era muy importante para facilitar el avance del grueso de las tropas germanas.

El 14 de diciembre de 1944 los diversos grupos salieron del "convento" en dirección a los lugares que les habían sido asignados. Caía una gran nevada y el frío era intensísimo; en realidad, aquel fue uno de los inviernos más crudos que recuerdo, y entre mis hombres menudearon las alusiones a la batalla de Teruel, durante nuestra guerra civil, y a la más reciente campaña de Rusia. La visibilidad era muy limitada, aunque esto representaba una ventaja para nosotros.

Al atardecer del mismo día 14 llegamos a las proximidades de los puestos avanzados alemanes, a la vista de las trincheras enemigas. Allí nos esperaba el guía que había de situarnos detrás de las líneas Aliadas. Tras un descanso de veinticuatro horas, que dedicamos a ultimar todos los preparativos, iniciamos la penetración con las primeras sombras de la noche del 15 de diciembre.

El guía, naturalmente, conocía el terreno como la palma de su mano, y había estudiado minuciosamente el itinerario. De modo que, una vez recorridos los dos primeros kilómetros, que tuvimos que cruzar arrastrándonos como reptiles y conteniendo incluso la respiración (invertimos casi dos horas en aquel trayecto), el avance se hizo relativamente fácil, hasta que tras varias horas de marcha llegamos a las proximidades de un pueblo situado a orillas de un bosque. En aquel bosque se veían luces y lo que a primera vista parecían grandes depósitos de material. Decidí enviar a dos de mis hombres en misión de reconocimiento. En efecto, lo que desde lejos se nos había hecho sospechoso eran unos grandes montones de obuses de artillería, tapados con lonas. Pero lo mejor del caso era que los soldados encargados de su vigilancia no habían dejado ni un

solo centinela y se habían refugiado todos en sus tiendas de campaña, sin duda para protegerse del intensísimo frío.

Dividí rápidamente nuestro comando en dos grupos: uno de ellos se dedicaría a colocar cargas explosivas en aquellas montañas de munición, en tanto que el otro ocupaba posiciones estratégicas para proteger a los primeros de un posible ataque, caso de que fueran descubiertos.

Poco antes del amanecer empezó la "función". Las explosiones se sucedieron ininterrumpidamente y los fogonazos se convirtieron en una sola e inmensa llama que iluminaba con resplandores lívidos la dantesca escena. Oficiales y soldados norteamericanos salían de sus alojamientos corriendo y se paraban bruscamente, sin saber hacia dónde dirigirse: la sorpresa les había desorientado. Abrimos fuego contra una sección que salía de las casas del pueblo. Al oír el tableteo de nuestras metralletas, los que se encontraban en las tiendas de campaña empezaron a salir con los brazos en alto.

La resistencia fue prácticamente inexistente, pero sufrimos las primeras bajas: tres muertos y dos heridos. Los norteamericanos, convencidos de que el frente se había derrumbado y de que estaban siendo atacados por importantes fuerzas, escapaban como conejos o se rendían sin tratar de defenderse. Reunimos a más de trescientos en una iglesia, debidamente vigilados. Poco después oímos el tronar de la artillería y el tableteo de las ametralladoras: la ofensiva había empezado. ¿Lograría progresar? No tardaríamos en salir de dudas.

Nos habíamos refugiado en dos casas que dominaban la iglesia, y desde allí fuimos espectadores de excepción de los acontecimientos. La ruptura del frente resultó más laboriosa de lo que habíamos previsto. A primeras horas de la tarde empezaron a aparecer grupos de soldados enemigos en franca huida, aunque no la desbandada general que esperábamos. Cuando, preocupados por la larga espera, comenzábamos a creer que la cosa iba a terminar muy mal para nosotros, vimos asomar a lo lejos un grupo de tanques. "¡Son nuestros! ¡Son nuestros!", gritaron mis hombres, alborozados. Salimos rápidamente a su encuentro. Del primero de los tanques saltó un capitán con una pierna artificial, el cual se apresuró a felicitarnos por el éxito de nuestra operación. En realidad, la mayor parte de aquel éxito lo debíamos a la buena estrella que nos había conducido al lugar en el que se encontraba el parque de municionamiento de una División. Cumplida nuestra misión, debíamos regresar a nuestro punto de partida. Pero antes hicimos acopio de café, coñac y cigarrillos americanos hasta llenar nuestros macutos.

Mientras esperábamos el desenlace de la ofensiva, había empezado a experimentar unos intensos dolores en los pies; al principio no les concedí importancia, atribuyéndolos al cansancio producido por la marcha nocturna. Pero, al abandonar la casa para salir al encuentro de los tanques, los dolores se recrudecieron hasta convertirse en insoportables y llegó un momento en que tuve que sentarme en el suelo, incapaz de seguir andando. Traté de quitarme las botas, pero me resultó imposible hacerlo: tenía los pies monstruosamente hinchados. Para descalzarme fue necesario cortar el cuero. El

médico que viajaba a bordo de uno de los tanques diagnosticó rápidamente: principio de congelación. Por lo visto, había sido un descuido mío al no atarme bien las botas, permitiendo que penetrase el agua helada. Por fortuna, en el pueblo había varios camiones y en uno de ellos me evacuaron rápidamente al hospital de campaña más cercano. Permanecí allí varios días hasta que, bastante recuperado pero habiendo perdido dos falanges de tres dedos del pie derecho, me trasladaron a Wiesbaden.

Entretanto, había continuado la ofensiva. Los bombardeos de nuestra aviación, que habían pillado por sorpresa a los Aliados, resultaron de una terrible eficacia en los primeros momentos. Ellos no se atrevían a volar por falta de visibilidad, y nuestras fuerzas avanzaron mientras el cielo permaneció encapotado. Pero, en cuanto se despejó, nuestra ofensiva quedó frenada en seco, ya que la aviación Aliada volvió a hacerse dueña y señora absoluta del cielo.

CAPÍTULO III

Después de la acción de las Ardenas, mis comandos habían quedado en cuadro. De modo que, al salir del hospital, cojeando aún a causa de los intensos dolores que sentía en el pie derecho, recibí la orden de trasladarme a Berlín con los supervivientes y efectuar una nueva recluta, para la cual se me facilitarían toda clase de medios. Una orden firmada por el propio Hitler me autorizaba a alistar a todos los españoles que quisieran formar parte de los comandos, donde quiera que se encontrasen: trabajando en una fábrica, encuadrados en otras unidades e incluso en la cárcel.

La primera mañana de mi estancia en Berlín la dediqué a recorrer todos los cafés frecuentados por españoles. En uno de ellos encontré a un grupo de trabajadores que discutían a voces el problema que se les había planteado a causa de los bombardeos Aliados, ya que la fábrica en la que trabajaban había quedado arrasada recientemente.

Me senté ante una mesa cercana a la que ellos ocupaban. Al ver la bandera de España sobre mi brazo izquierdo, bajaron la voz y empezaron a cuchichear. Pedí un café y me dispuse a esperar hasta que llegara algún conocido o hasta que alguno de aquellos trabajadores se decidiera a dirigirme la palabra.

No tardé en darme cuenta de que estaban discutiendo cuál de ellos debía tratar de entablar conversación conmigo. Apuré mi café, sin prisas, y encendí un cigarrillo, esperando. Finalmente, uno de ellos se decidió y se acercó a mi mesa.

— A sus órdenes, mi capitán. ¿Es usted español?

— En efecto, ¿y tú?

— Yo también, mi capitán. Estuve en la División Azul y me quedé aquí como productor.

— Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

— Gracias, mi capitán. Ahora no.

Se sentó a mi mesa.

— ¿Y qué haces ahora? —le pregunté—. ¿No trabajas?

Me contó que la fábrica en la que estaba trabajando, lo mismo que sus compañeros de mesa, había quedado destruida por las bombas de los aviones Aliados y que llevaban más de una semana deambulando de un lugar a otro sin conseguir un

empleo.

— Precisamente estamos esperando a un tal Zabala, que pertenece a la Organización Todt y que nos prometió proporcionarnos trabajo. —¿Cuándo llegará? —Dijo que vendría aquí a la una.

— Bien. Ahora son las doce y tengo que ir a mi hotel a recoger unas cosas. Volveré a la una. Si ese Zabala llega antes que yo, le dices que me espere.

En el hotel cogí unos paquetes de cigarrillos y una botella de coñac y regresé al café. Allí estaba ya Zabala con el grupo de españoles. Nueve en total. Los hombres que necesitaba para empezar.

Cuando me vieron llegar todos se pusieron en pie. Zabala se cuadró, hizo entrechocar sus tacones y saludó aparatosamente con el brazo extendido.

— A sus órdenes —me dijo, con voz sonora.

Le puse en antecedentes de mi plan y quedamos en que él mismo se encargaría del reclutamiento, ya que lo estaba haciendo para la Organización Todt. Convinimos en volver a vernos en el mismo lugar, el día siguiente, a las diez de la mañana.

Ignoro cómo se había enterado la doctora Faupel de mi presencia en Berlín, pero aquella misma noche, cuando llegué al hotel, me esperaba una sorpresa. Mientras pedía la llave de mi habitación, un sargento alemán se acercó a mí y en correcto castellano se presentó y me dijo que debía transmitirme una orden de parte del general Faupel.

— La señora Faupel me ha encargado que le diga que el general quiere hablar con usted y que le espera en su despacho mañana, antes de las dos de la tarde.

— Dígale a la doctora que mañana, alrededor de las doce, pasaré por el Instituto.

Me había prometido a mí mismo no volver a pisar aquel centro, pero no podía desatender la llamada de un militar tan prestigioso como el general Faupel.

Aquella noche no tuve mucho tiempo para descansar. Sonó tres veces la alarma, y las tres veces tuve que bajar al refugio. Era una orden que había que cumplir a rajatabla.

Acudí puntualmente a la cita con Zabala, que me esperaba ya en el café con un grupo de españoles, quince en total, todos dispuestos a seguirme. Les dije que tenía que atender a un compromiso ineludible, y quedamos en volver a vernos aquella misma tarde.

El general Faupel me recibió amablemente y entró en materia sin andarse por las ramas:

— He hablado con el Alto Mando de la conveniencia de agrupar en una unidad

especial a todos los españoles que luchan en los diversos frentes. Mi permanencia en los países hispanoamericanos y, más tarde, mi cargo de Embajador de Alemania en España, me han permitido conocer la idiosincrasia de su pueblo, al que admiro y aprecio profundamente. Sé del indomable valor del soldado español, lo mismo en el ataque que en la defensa, pero creo que la experiencia que hemos llevado a cabo, integrando a sus compatriotas en unidades alemanas, ha sido un fracaso. De las tres Compañías que tenía el capitán Greffe sólo le queda una, incompleta. La mayoría de sus soldados han desertado, y algunos están en la cárcel. De modo que se ha decidido formar una unidad española, que estará bajo el mando de usted. Todos los organismos militares le darán las máximas facilidades y le proporcionarán todo lo que haga falta. De momento, creo que lo mejor sería que se quedara usted en Berlín, a fin de poder solucionar sobre la marcha los problemas que vayan surgiendo. Una vez todo en orden, podrá trasladarse a Potsdam.

— De acuerdo, mi general —dije—. Procuraré hacer honor a su confianza.

Al salir del edificio me encontré precisamente con un español que me había estado esperando mientras yo hablaba con el general. Deseaba informarme de la situación en que se encontraba un grupo de españoles que habían desertado de la unidad del capitán Greffe y que por verdadero milagro habían podido eludir la vigilancia de la policía militar.

Estaban en la habitación de un hotel, que tenía alquilada un productor español. Cuando llegamos a aquel hotel y subimos a la habitación, quedé asombrado al ver las condiciones en que vivían aquellos desdichados. Eran diecinueve, encajonados en un cuartucho individual en el que casi no cabían de pie. Y llevaban allí más de dos semanas... Como me acompañaba un sargento— intérprete que el general Faupel había puesto a mis órdenes, y todos aquellos hombres me pidieron que les admitiese en mi unidad, les hice trasladarse a Potsdam con el sargento, que llevaba las órdenes pertinentes.

A partir de aquel momento visité con cierta frecuencia el Instituto Iberoamericano, al que tanto deben —de un modo especial a la doctora Faupel— los españoles que vivieron en Alemania en aquellos difíciles tiempos.

En el Instituto, patrocinados por la doctora, se había enquistado un grupito, en torno al cual merodeaban informadores y confidentes.

Martín de Arrizubieta era el "hombre fuerte" dentro del Instituto, cosa que no era muy del agrado de Ramón Fernández, que pretendía ocupar, cerca de la doctora, el puesto de Martín, pero a pesar de sus intrigas nunca consiguió desplazarle, ya que la señora Faupel, mujer inteligente y con un sexto sentido muy desarrollado, les conocía perfectamente a los dos. El tercero en discordia era Salazar, que jugaba todos los palos. Era de los que se arriman al sol que más calienta, como vulgarmente se dice.

Un día, Salazar me acompañó al lago Wannsee, donde vivía el matrimonio Faupel en un chalet de su propiedad, con una hermana del general y otro matrimonio de sirvientes.

El general nos invitó a merendar y, mientras lo hacíamos, me pidió detalles acerca de la organización de mi unidad. En un momento determinado, me habló de la necesidad de establecer un enlace perfecto entre los dos, y para ello me sugirió a Arrizubieta y al propio Salazar. No tuve inconveniente en aceptarlos: el primero me serviría para dar conferencias a la tropa, y el segundo como enlace directo con el Instituto. Aproveché la ocasión para solicitar el traspaso a mi unidad de Ramón Fernández, que había sido teniente en la guerra de España y que tenía mucho interés en venirse conmigo. Salazar se permitió un comentario nada favorable para Fernández. Indignado, le dije que iba a enfrentarle con él para que repitiera en su presencia lo que acababa de decir. El general, con mucho tacto, desvió la conversación hacia otros temas.

Cuando regresamos a Berlín era ya de noche. Yo me había cerrado en un completo mutismo, hasta que Salazar empezó a suplicarme que no le hablara del incidente a Ramón Fernández. Me dio lástima y decidí no crearle problemas, aunque no me abstuve de decirle lo que opinaba de los que hablan mal de los amigos a espaldas suyas.

A la mañana siguiente me trasladé a Potsdam, donde se encontraba el cuartel de mi unidad, en lo que antes había sido Escuela de Oficiales.

Cuando llegué, estaban en clase de teórica: Zabala explicaba el funcionamiento del *Panzerfaust*[10].

Reuní a los oficiales: Ocaña, Botet, Martínez, Múgica y Zabala. El cuadro de suboficiales no estaba completo.

Ramón Baillo y Artiaga eran brigadas; había dos sargentos, uno ex guardia civil y otro ex carabinero. Mi cabo de enlaces era Roberto Gracia, al cual ascendí a sargento aquel mismo día. Mi asistente era un muchacho gallego del Frente de Juventudes, y entre los cabos figuraba Juan Pinar, el cual merece punto y aparte por la serie de embustes que ha contado y que de tanto repetirlos ha llegado a creérselos él mismo.

Me enviaron cuatro intérpretes, Gerardo Liebert, Juan Klimovich, Jacobo y otro cuyo nombre no recuerdo. Dos pertenecían al ejército regular y los otros dos a las SS. Desde el primer momento fueron mis mejores y más fieles colaboradores, entregándose en cuerpo y alma a la tarea que tenían encomendada.

Cuando regresé al hotel Excelsior, donde tenía mi puesto de mando, me esperaba una comunicación urgente: debía presentarme al Alto Mando. Me apresuré a cumplir la orden. Un coronel de Estado Mayor me dijo que tenía que ceder una Compañía que saldría hacia un lugar de Alemania en el que se prolongaría la resistencia en el caso de que Berlín cayera en manos de los rusos.

Decidí consultar al general Faupel y le llamé por teléfono, informándole de lo que acababan de decirme. Me aconsejó que no cediera a ninguno de mis hombres.

Pero el Alto Mando siguió insistiendo, hasta que llegué a la conclusión de que, si

no cedía voluntariamente, tendría que hacerlo obedeciendo una orden. De modo que renuncié a aquellos hombres, con todo el dolor de mi corazón.

En aquellos últimos meses tan cargados de acontecimientos y en los que casi siempre había que tomar decisiones sobre la marcha, me vi agobiado por el trabajo ya que no podía confiar en nadie.

En una de mis frecuentes visitas a la doctora Faupel me encontré con un grupo de diplomáticos, entre ellos el vizconde de Porta Cruz. Con él estaban Alberto Fulner, coordinador de los servicios de los Altos Estados Mayores alemán y español, y el secretario del Instituto, Dr. von Fommerkas, que unos días después desapareció. (Años más tarde, volví a encontrarme con él en el hotel Palace de Madrid: era ministro de Justicia de la R.F.A.).

Me había entregado por entero a la organización de aquella unidad española, a la que el propio Mando Alemán había de bautizar con mi apellido: “Unidad Ezquerra”, a pesar de mi franca oposición. No resultó una tarea fácil disciplinar a aquel grupo de españoles, que distaban mucho de ser unos seminaristas y que, muy imbuidos del "machismo" hispano, se resistían a admitir una disciplina que por fuerza tenía que ser rígida. Capaces de las mayores empresas, eran aptos también para cometer los mayores disparates.

La orden había sido concreta y terminante: todos los españoles formarían un solo grupo. Se habían incorporado ya los que estaban luchando con la División Valona, que mandaba el jefe de los rexistas belgas, León Degrelle. Tenía a los míos, los que habían luchado en los comandos. Y los que recogí en Berlín, que vivían a salto de mata, acosados por la policía. La mayoría de ellos habían pertenecido a la División Azul.

Muchos tenían una amiga alemana que les acogía en su casa. Esta era una de las soluciones. Otra, el Instituto Iberoamericano. No podían pedir nada a los centros oficiales, ya que todas nuestras autoridades a nivel de Embajada o Consulado habían salido de Berlín. El único representante diplomático español era Gonzalo del Castillo, que se multiplicaba para repatriar al mayor número posible de compatriotas. Dio pasaportes a todos los que se lo pidieron, y ayudó a cuantos pudo, documentando a muchos alemanes que por algún medio conseguían demostrar que habían estado en España o que tenían parientes o amigos españoles. Y todo lo hizo de una manera completamente desinteresada.

Pero, al mismo tiempo, trató por todos los medios de boicotear la formación de la unidad española, intentando que aquellas ratas que como tales querían abandonar el barco desmoralizasen a los que tenían la firme voluntad de continuar luchando contra el enemigo de siempre: el comunismo.

La doctora Faupel se había interesado por sus confidentes y me citó en su despacho. Con su acostumbrada amabilidad, me habló de la necesidad de controlar lo que

se hacía con las raciones en frío, y aprovechó la ocasión para hablarme de la labor que estaba efectuando nuestro compatriota, único representante oficial de España en Berlín en aquel momento.

— Me consulta muchas cosas —dijo la doctora Faupel—. Es un muchacho trabajador y competente. Sin embargo, nos está molestando, debería usted hacer algo para evitarlo.

— A enemigo que huye puente de plata —repliqué—. El cumple con su deber y nosotros con el nuestro. Los dos somos españoles, y nunca haré nada contra un español.

— Lo comprendo muy bien, aunque eso no quiere decir que deba consentir usted que se lleve a los españoles que ya tiene encuadrados…

— No se preocupe, doctora Faupel. Puede estar segura de que ninguno de los míos prestará oído a cantos de sirena, vengan de donde vengan.

En Berlín había también una representación de Falange Española. La visité en dos ocasiones, acompañado de algunos hombres de mi unidad, y no quiero que quede sin explicar lo que allí vi y lo que deduje de las conversaciones que mantuve con ellos.

Todos aquellos "representantes" estaban completamente corrompidos. Allí no había más que vicio, mercado negro, intriga y mentiras. El "jefe" era José Luis I., ex sargento de Regulares, pedante, engreído y lleno de lacras morales que pretendía ocultar, sin conseguirlo. Formaban su "corte" dos enanos, física y moralmente, que habían huido de Bélgica, donde habían trabajado para la *Gestapo*, sacando buenos dividendos a su oficio de confidentes, siempre con dos velas encendidas, una a Dios y otra al diablo, velas que no habían apagado aún en Berlín.

Mientras José Luis I. escuchaba a aquellos aduladores, que era lo único que sabía hacer, Sola y Jordá, aquellas dos ratas, buscaban la salida para los valiosos cuadros que habían adquirido en los Países Bajos a cambio de servicios prestados a los organismos de retaguardia del ejército alemán.

Sola pretendió continuar con sus intrigas incordiando de nuevo con la *Gestapo*, pero la policía política alemana tenía algo mejor en qué ocuparse en aquellas horas difíciles, y aquel bastardo cosechó uno de sus mayores fracasos cuando trató de meterse con quien contaba con la confianza y el respeto del Alto Mando.

Jordá, por su parte, acudió a la doctora Faupel y le contó una serie de embustes destinados a desacreditarme del modo más ruin. Cuando me enteré, de labios de la propia doctora, me dirigí a la Jefatura de Falange dispuesto a armar la de Dios es Cristo. No pude haber llegado en un momento más oportuno: el "jefe" y sus secuaces, muy bien acompañados, estaban celebrando una verdadera bacanal. No soy ningún puritano, pero ante aquel espectáculo el rubor coloreó mis mejillas y la indignación ahogó momentáneamente las palabras que traía preparadas. José Luis I. se acercó a mí con una

botella de coñac en una mano y un vaso en la otra, disponiéndose a invitarme.

Estallé:

— ¡Lo que estáis haciendo es criminal! Mientras tantos españoles se están muriendo de hambre en las cárceles porque vosotros no os preocupáis de ellos, y otros tienen que dormir en los refugios porque no les facilitáis los medios para salir de aquí, vosotros convertís el centro de Falange en una casa de citas… Bien, he venido a llevarme a ese hijo de… —señalé a Jordá— para enseñarle a decir la verdad.

Mis palabras fueron acogidas con un impresionante silencio. Nadie fue capaz de replicarme. Finalmente, resonó una tímida voz:

— Esto es territorio español…

— De acuerdo, mejor que mejor. Así no habrá ninguna duda de que sois extranjeros al servicio de los Aliados y se os juzgará como a tales.

El miedo se reflejó en todos los rostros, pero especialmente en los de Sola y Jordá, que inmediatamente empezaron a suplicar y a ofrecer disculpas, aludiendo a lo que habían sido y a los servicios que habían prestado. Lo malo del caso es que me dejé convencer por aquellos gusanos, que habrían de continuar viviendo sobre los cadáveres de sus víctimas.

Los acontecimientos se precipitaban. Los bombardeos aliados eran continuos, las comunicaciones cada vez más precarias. Tuve ocasión de hablar con hombres que ocupaban puestos de gran responsabilidad, y si bien manifestaban su confianza en la victoria final, el único argumento al que apelaban ahora era el de las tan cacareadas armas secretas, que harían su aparición en el momento preciso.

En una de mis visitas al Instituto, la doctora Faupel me presentó a dos españoles que colaboraban con ella: Cipriano Sastre y Toledo, el primero informador, y el segundo despreciable confidente. Los dos habían ido a Alemania en calidad de productores.

Todavía no me explico la razón por la que desde el primer momento me hice buen amigo de Cipriano Sastre "Taño", en tanto que Toledo me inspiró una antipatía instintiva. En su caso era muy cierto aquello de "piensa mal y acertarás".

Toledo era un vulgar soplón, que denunciaba a sus propios compatriotas. Es cierto que muchos españoles se dedicaban al mercado negro, que algunos vivían fuera de la ley, pero los alemanes contaban ya con todos los medios de información y de represión, y no necesitaban que un hombre que había nacido en España y que se decía falangista se prestase a menesteres tan bajos. Muchos españoles fueron encarcelados y quizás se perdieron para siempre por culpa de los confidentes que merodeaban en torno al Instituto Iberoamericano.

Los contactos con España se hacían cada día más difíciles y complicados. La intendencia de la División Azul había pasado a manos de los alemanes, por cuyo motivo aquellos que habían disfrutado de la posesión de la botella de coñac, de café y de otros comestibles, se veían relegados ahora al simple rancho. Capaces de vender su alma al diablo, me acosaban continuamente, ofreciéndome toda clase de servicios, desde la delación hasta la alcahuetería, a cambio de algunos privilegios materiales. Ni que decir tiene que me negué en redondo a proteger a aquellos indeseables.

Cipriano Sastre, que gozaba de la confianza de la doctora Faupel y del que me hice buen amigo, como ya he dicho, vivía con una muchacha alemana que trabajaba en los servicios secretos alemanes. A través de ella, Taño conocía la vida y milagros de todos aquellos españoles, y él fue quien me puso al corriente acerca de ellos.

En cambio, no dudaba en situar en puestos favorables a los que con su conducta digna y responsable se hacían merecedores de ello. Así, por ejemplo, cuando el matrimonio Faupel necesitaba un chófer para su automóvil y me rogó que le cediera a uno de mis soldados, les envié a Daniel Parras Redondo, que se instaló en casa del general, donde le trataban más como a un amigo que como a un sirviente. Extremeño, ex combatiente de la guerra de España y de la División Azul, miembro de la Vieja Guardia, Daniel Parras era todo un hombre, a pesar de su baja estatura, y por añadidura español.

En mi siguiente visita a la casa del general, éste me recibió diciéndome:

— Pase, pase, comandante…

— ¿Comandante? —inquirí, sorprendido.

— Sí. Desde ayer es usted comandante del ejército alemán, en reconocimiento a los servicios que usted le presta. Por mi parte, le felicito cordialmente.

Me hizo pasar a su despacho, donde nos sirvieron una botella de champán para celebrar el acontecimiento. Bebimos únicamente la doctora y yo, ya que el general, debido a su estado de salud, hacía mucho tiempo que no bebía ni fumaba. En aquella ocasión, el general Faupel me habló de los desagradables incidentes que se habían producido en Salamanca, durante nuestra guerra, entre los mandos de la Falange y del Ejército.

— Como usted sabe —empezó el general—, fui el primer Embajador de Alemania en la España nacional, al principio de la guerra civil. El *Führer* me había dado órdenes terminantes en el sentido de que no debía intervenir para nada en los asuntos internos. De modo que me limité a ocuparme de las cuestiones relacionadas con la ayuda militar.

"Desde el primer momento estuve pendiente del curso de las operaciones, pero me angustiaba la suerte de aquel insigne español preso en la cárcel de Alicante, fundador del único partido capaz de realizar en España la revolución que tanto necesitaba. En la retaguardia habían muchas intrigas; todos querían mandar. Mientras los combatientes

ofrendaban sus vidas en los campos de batalla, los arrivistas luchaban por conseguir puestos de privilegio.

"En el caso de Manuel Hedilla, el jefe de Falange caído en desgracia y condenado a muerte injustamente, mi intervención cerca de Franco fue a título personal, de general a general, ya que el *Führer* me había prohibido intervenir oficialmente. Fue un asunto muy complicado… Pero en el fondo se trataba de hacer que la Falange desapareciera como partido político. Sus puntos serían la base para cimentar un Estado autoritario regido por Franco y sus leales. A los falangistas les faltaron en aquellos momentos la preparación y la cohesión necesarias para dar forma y contenido a un Estado revolucionario eminentemente social. Y les faltó, sobre todo, el Gran Ausente.

"Franco fue, desde el principio, dueño absoluto de la situación. La unificación del mando hizo que todos los poderes fueran ejercidos por él. Con la ayuda de Ramón Serrano Suñer fue dando perfil a un Estado que nació bajo los auspicios de una dictadura, creada por un grupo de generales que desde el primer momento se opuso, con mentalidad conservadora, al nacionalsindicalismo como fuerza susceptible de encauzar los afanes del pueblo español, harto de los contubernios de los políticos, harto de la pasividad de las derechas, protectoras de los intereses de los ricos, y de los desmanes de las izquierdas, que explotaban en su exclusivo beneficio la justa rebeldía de los desheredados, víctimas del capitalismo".

Así pensaba y así hablaba aquel insigne militar alemán, modelo de caballerosidad y de virtudes castrenses y humanas, cuyo recuerdo no se borrará nunca de mi memoria.

CAPÍTULO IV

El general Berger había mandado a un oficial con la orden de que nos trasladásemos inmediatamente a Berlín.

Me había quedado con todos aquellos que de verdad querían hacer honor a su juramento y que habían forjado ya su temple en el campo de batalla. En mi unidad no había novatos ni pusilánimes, de los que no llevan nada dentro. Mis soldados no eran una tropa mercenaria, sino hombres iluminados por un ideal y dispuestos a defender uno de los últimos reductos de la civilización, amenazado por la marea roja. Eran tres compañías de españoles, más los franceses de Doriot y algunos hombres de la División Degrelle.

Cuando llegamos a Berlín hicimos un recuento de las armas que poseíamos; nos dotaron de pistolas ametralladoras de un nuevo modelo, de puños de hierro y de munición completa. Un oficial me regaló, a título personal, una pistola Walther del nueve[11], una de las armas cortas más eficaces del mundo. El mismo oficial nos acompañó a un edificio en cuya planta baja estuvo ubicada una de las zapaterías más elegantes de Berlín. El dueño de la tienda era propietario también del inmueble.

La tragedia de aquel hombre era una más de las que afectaban a millares de familias alemanas. Había perdido a su esposa y a sus tres hijos. Los dos hijos varones habían muerto en el frente, uno como capitán paracaidista en Creta, y el otro al mando de un grupo de tanques que había quedado en las estepas rusas. Su esposa y su hija habían desaparecido para siempre en un bombardeo de los Aliados sobre Berlín, y el único superviviente de la familia quería morir entre las ruinas de su zapatería. Por eso, desde el momento en que llegamos no dejó de importunar a Jacobo, mi intérprete, pidiendo un arma. Jacobo me contó la historia de aquel hombre.

El inmueble, ahora en ruinas, puesto que sólo quedaban en pie la planta baja y el primer piso, debió de haber sido un hermoso edificio, muy céntrico, además. Pero su proximidad a los Ministerios y a la Cancillería lo habían convertido en blanco preferido de la aviación Aliada.

Nos sobraban algunas metralletas y decidí entregarle una a aquel hombre, con munición suficiente. La tomó entre sus manos como un niño al que los Reyes Magos acaban de hacer realidad su mayor ilusión.

En aquel acuartelamiento provisional, difícil de localizar por su ubicación, se me presentaron 17 franceses con el uniforme de la milicia del Partido de Doriot. No tenían armas y querían luchar contra los comunistas. Su situación no les dejaba otra alternativa, ya que ninguno de ellos podía regresar a Francia, y si caían prisioneros de los rusos serían

fusilados. Me gustó su sinceridad, y ordené a Jacobo que formase tres grupos con ellos y los repartiese entre las compañías. Al principio no estuvieron de acuerdo: querían luchar, pero a condición de hacerlo en la misma compañía.

Me negué en rotundo, y dije:

— ¡Soy el jefe de esta unidad y aquí mando yo!

Ante tan firme determinación, dejaron de protestar. Cuando le estaba diciendo a Jacobo cómo debían ser distribuidos los franceses entre nuestros camaradas, se presentaron cuatro belgas, con el uniforme de las SS. Pertenecían a la Legión Valona, de León Degrelle. También ellos quedaron encuadrados en mi unidad.

Pasamos la noche en aquel acuartelamiento, pero no había amanecido aún cuando se presentó un teniente coronel de aviación con una orden para acompañarnos a un cuartel de la policía militar situado muy cerca de allí, donde deberíamos esperar el momento de establecer contacto con el enemigo. En aquel cuartel, espacioso y antiguo, había un batallón alemán de las SS. El jefe del batallón estaba ausente, recorriendo las posiciones que ocupaban los hombres de su división.

Apenas nos habíamos instalado cuando se presentó un enlace, con nuevas órdenes del Jefe del Sector: debía presentarme a él con todos mis hombres. El enlace nos acompañaría.

Formé a mis hombres, los revisté rápidamente y comprobé que todo estaba en perfecto estado. Lo único que me preocupaba era aquel grupo de franceses, temiendo que a la hora de la verdad no respondieran, y que su comportamiento pudiera afectar a la moral de mis hombres, dispuestos a luchar hasta la muerte. Los hechos me demostrarían que había sido injusto con ellos, aunque sólo fuese mentalmente, ya que se portaron como verdaderos héroes y todos ellos quedaron enterrados en las ruinas de Berlín.

El enlace me condujo a presencia del Jefe del Sector, un teniente coronel de Ingenieros que ostentaba la Cruz de Caballero. Se encontraba en la *Moritzplatz*, a cuerpo descubierto consultando un plano de la capital. Ordené a mis hombres que se refugiaran en unas casas derruidas y, acompañado de Jacobo, me dirigí al lugar donde estaba el teniente coronel, impasible ante el estallido de los obuses enemigos. Al vernos, salió a nuestro encuentro, nos saludó afectuosamente y, como si el bombardeo que sufríamos no fuese con nosotros, desplegó el plano de Berlín y comenzó a explicarnos la situación, por cierto nada halagüeña y sí comprometida y difícil. Nuestras posiciones estaban señaladas con círculos azules, y la de los rusos con trazos rojos. El teniente coronel me explicó minuciosamente la misión que nos estaba encomendada; lo que no comprendía debido a mi imperfecto conocimiento del idioma alemán, me lo aclaraba mi intérprete.

Soldados y tanques rusos habían logrado introducir una cuña en las defensas de la capital y se encontraban ya muy cerca del Ministerio de Propaganda. Eran dueños de

muchas de las calles que desembocaban en aquel sector, y era preciso tomar aquellas posiciones y desalojar de ellas a los rusos. Sería nuestro primer contacto.

Me separé del teniente coronel y me encaminé al lugar donde estaban mis hombres para explicar a los oficiales y suboficiales cuál era la misión que nos había sido asignada y cómo debíamos actuar. Di la orden de marcha a la primera Compañía mandada por el alférez Ocaña. Teníamos que atravesar la plaza y situarnos en la esquina de una de las calles que desembocaban en ella, aprovechando las ruinas y los montones de escombros para protegernos de las armas automáticas de los rusos. Llegamos sin novedad. Desde aquella esquina hasta el puente que debíamos cruzar, el terreno estaba batido por las armas enemigas. Los asaltos tenían que ser individuales, por lo que ordené al alférez Ocaña que saliera el primero. ¡No hubo manera! Ocaña no se decidía a abandonar aquella esquina que le protegía de los disparos enemigos. Yo le observaba desde el portal de la casa de en frente. Su actitud me desesperó, y crucé la calle para obligarle a obedecer. Pero en aquel preciso instante el brigada Ferrer se adelantó y, corriendo en zigzag, logró llegar al puente. Me acerqué a Ocaña y, sin poder contenerme, apuntándole al vientre con mi pistola ametralladora, le dije: —¡Salta o te mato, cobarde!

Me miró con espanto y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Mi intérprete y yo fuimos los últimos en pasar. Todos llegamos al puente sin novedad.

En mi memoria ha quedado grabado de modo indeleble el recuerdo de aquel mozalbete, miembro de las Juventudes Hitlerianas, que montaba guardia en el puente sin más armas que dos *Panzerfaust*, uno de los cuales sostenía entre el brazo y el antebrazo izquierdos, ya que le faltaba la mano de aquel lado, que había tenido que serle amputada a raíz de un bombardeo Aliado. No sé si era inconsciencia o fanatismo, pero aquel muchachito demostraba un valor por encima de toda medida. Era milagroso que las balas le respetaran… El milagro, quizás, de su fe en la causa que defendía. Más tarde dirían de mí lo que habían dicho de él.

Aquel muchacho infundió confianza en los míos, y él fue quien nos dio la posición exacta de los rusos, algo distinta a la que nos había señalado el teniente coronel. Estimulados por su ejemplo, los míos cruzaron el puente sin encorvarse siquiera. Esa era la raza heroica de españoles que hacían honor a la frase que un día pronunciara el ministro de Propaganda del Tercer *Reich*: "¡A los españoles los reconoceréis por su desprecio a la vida!". Así opinaban los alemanes, al contrario de muchos de nuestros compatriotas que nos motejaron de locos, aplicándonos otros tristes adjetivos llenos de veneno y de mala intención.

Cruzamos el puente, pues, y llegamos a la primera calle. Las casas de la derecha conservaban aún sus esqueletos; no así las de la izquierda, que eran montones de escombros. Al final de la calle se abría una pequeña plaza, en la que los tanques rusos campaban por sus respetos. La infantería no había llegado, pero había tomado algunos puntos estratégicos, desde los cuales nos castigaban sin descanso.

Aquel muchacho, que regresó a su puesto al otro lado del puente, nos había dicho que a nuestra izquierda, entre las ruinas, había un batallón de las SS. Pero cual no sería mi sorpresa al recibir desde el lado izquierdo unas descargas cerradas que nos causaron los primeros muertos y heridos. Nos echamos rápidamente al suelo y replicamos a la agresión, pero al oír las voces de los que nos habían tomado por enemigos Jacobo me repitió varias veces: "¡Son alemanes! ¡Son alemanes!" Corrí la voz para que cesara el fuego, y con no pocas dificultades logramos establecer contacto con ellos. Al oírnos hablar un idioma que no era el alemán nos habían confundido, creyendo que éramos rusos. Ya no habría otra equivocación, a pesar de lo complejo de la lucha en Berlín. Pero aquel primer y único error nos había costado tres muertos y dos heridos.

Estaba hablando con el jefe del batallón cuando se presentó un teniente que mandaba una de las Compañías. Venía a dar la novedad a su jefe, y al oírme hablar en castellano me preguntó:

— ¿Sois españoles?

— Sí, somos españoles.

Lleno de alegría, me abrazó, exclamando:

— ¡Yo también! ¡Yo también!

Y, obedeciendo a un súbito impulso, añadió:

— ¡Me voy con vosotros!

El comandante alemán se nos quedó mirando, como si tratara de adivinar lo que mi camarada español me estaba diciendo. Jacobo lo tradujo. El alemán sonrió y autorizó al teniente Múgica para que luchara a nuestro lado.

A continuación, el comandante me dijo:

— Nuestro objetivo es la *Moritzplatz*. Los tanques rusos dificultan terriblemente nuestros movimientos; sería conveniente hacerlos retroceder, o, al menos, cambiar de posición.

— ¡Inmediatamente! —contesté.

El comandante me deseó suerte y me despidió con un sonoro "¡*Heil Hitler*!", que era el saludo especial de las SS para distinguirse de las unidades de la *Wehrmacht*.

Concebí rápidamente un plan de acción. Avanzamos por una de las calles laterales que desembocaban en la plaza. Las barricadas rusas estaban a poca distancia. Con un valor rayano en la temeridad y una suerte fabulosa, tomamos al asalto las primeras barricadas rusas, mientras los tanques que llenaban la plaza disparaban sin cesar en todas

direcciones. En aquel grupo de tanques había tres con los cañones encarados en nuestra dirección y disparando sin pausa. Vi que Sastre y Vázquez se adelantaban pegados a las paredes de los edificios, seguidos muy de cerca por el teniente Múgica. Yo me encontraba más atrás y al otro lado de la calle. Saltando de portal en portal pretendía ponerme a su altura. Cuando casi lo había conseguido, noté el impacto de un trozo de metralla en mi pierna derecha. Al tratar de guarecerme en un portal, di un traspiés y caí en un sótano lleno de carbón ardiendo. Inmediatamente acudieron en mi ayuda los sargentos Pinar y Gracia, y con ellos Juanito "el Belga". Todos mis esfuerzos para salir de allí resultaban inútiles. De pronto, Pinar me alargó su pistola ametralladora; me la presentó por el cañón, estando montada y sin el seguro puesto. Ni él ni yo nos dimos cuenta, pero yo salí de aquel horno. Vázquez y Sastre seguían avanzando, con sus puños de hierro en posición de disparo. Súbitamente, Vázquez cayó herido y quedó al descubierto. Varios camaradas, arrastrándose, intentaban rescatarle, cuando vi avanzar a pecho descubierto a Sastre en dirección al herido, caído en el suelo, logrando por verdadero milagro salvarle y salvarse.

Múgica asumió el mando de la Compañía de Ocaña, que ahora funcionaba a la perfección. Ocaña superó aquel momentáneo desfallecimiento, estimulado por el ejemplo de Múgica. Lograron dejar fuera de combate cuatro tanques rusos; los otros se retiraron, y con ellos los rusos que habían alcanzado aquella posición. La plaza quedó despejada de enemigos, que como recuerdo de su paso habían dejado cuatro tanques convertidos en chatarra.

Con la excitación del momento me había olvidado de mi pierna. De pronto, al apoyar el pie en el suelo sentí un lacerante dolor. Me quité la bota y vi que tenía el tobillo monstruosamente hinchado. En aquellas condiciones me resultaba imposible andar. Sabíamos que en el hotel Excelsior habían instalado un hospital de urgencia, de modo que decidí ir allí para que me examinara un médico.

El teniente Múgica se haría cargo del mando, en mi ausencia. Por fortuna, la herida de metralla era muy superficial. El médico me prescribió unos masajes en el tobillo, un fuerte vendaje y, sobre todo, un buen descanso.

Aquella noche la pasé en los sótanos de hotel Excelsior. Más que sótano, era un túnel que conectaba la estación *Anhalter Bahnhof* con el hotel. Allí habían instalado algunas camas y muchos colchones en el suelo. Médicos y enfermeras se multiplicaban para atender a los heridos. Pero abundaban también los cuentistas que simulaban dolores o enfermedades, y los inevitables pescadores a río revuelto de siempre. Presencié algunos "cuadros" muy poco edificantes: mientras unos luchaban con la muerte, otros gozaban de la vida, quizás por última vez…

Allí me encontré con la amiga de Taño y dos españoles, "el Papi" y "el Telegrafista", a los cuales había prestado ayuda en varias ocasiones, a pesar de que eran trabajadores procedentes de Francia, donde estaban refugiados por haber hecho la guerra en la zona republicana. Según ellos, no tenían ningún ideal político, y se limitaron a ingresar en filas cuando fue llamada su quinta, lo mismo que habrían hecho de encontrarse en la zona

nacional. También estaba allí otro español al que sólo conocía por su apodo de "Asturianín". El "Asturianín" había luchado con la División Azul y, después de su repatriación, había regresado a Alemania como trabajador. Más tarde, Margarita, la amiga de Sastre, me contó que el "Asturianín" había sido asesinado por aquellos dos forajidos cuando los rusos ocuparon el hotel. Aquellos dos bandidos no podían perdonar la derrota que sufrieron en los campos de batalla y, como otros muchos, acechaban la ocasión de vengarse cobardemente.

Poco después del amanecer se presentaron Gracia y Jacobo. Dormía como un tronco cuando alguien me sacudió: abrí los ojos y vi a uno de los médicos entre mis dos camaradas. El médico examinó mi pierna y repitió varias veces: *"¡Gut! ¡Gut!"*, en tanto que yo me desperezaba: hacía muchos días que no dormía tantas horas de un tirón.

Mientras me calzaba las botas, mi intérprete y mi sargento de enlaces me informaron de las novedades:

— Pocas horas después de marcharse usted fuimos relevados por un batallón de las SS y nos concentraron en un piso bajo del Ministerio del Aire, al que llegan muy espaciados los obuses rusos, que aún no lo han tomado como objetivo preferente.

El Ministerio del Aire quedaba muy cerca del Excelsior, de modo que al cabo de unos minutos me encontraba de nuevo entre mis hombres. Al verme llegar estallaron en gritos de júbilo, que me emocionaron profundamente. En más de una ocasión, y en aras de la disciplina, me había visto obligado a mostrarme rudo con ellos. Una de las servidumbres del mando es la de sobreponer el deber a los sentimientos y a las simpatías personales. Ahora, me satisfacía muchísimo comprobar que mis hombres me recibían más como a un amigo que como a un jefe.

Juntamente con el batallón letón al mando del capitán Willi, nos había sido asignada la tarea de taponar las perforaciones rusas allá donde se produjeran, lo cual no nos permitía conocer con exactitud el panorama general de la batalla ni retener en la memoria más que los hechos sobresalientes de aquella lucha sin cuartel, en la que no contaban para nada la táctica y la estrategia descritas en los manuales, sino más bien la intuición y la improvisación, el valor y la temeridad, cualidades típicamente españolas que hacían de nosotros los soldados ideales para aquella clase de combate.

Cuando llegué al Ministerio del Aire el capitán Willi había ido a entrevistarse con el Jefe del Sector. Mientras esperaba su regreso hablé con mis hombres, pulsando su estado de ánimo. La mayoría se consideraban atrapados en una ratonera, pero ni uno solo se expresaba en tono de desaliento; la moral era elevada y todos estaban dispuestos a luchar hasta el fin.

Cuando llegó Willi, al que no conocía personalmente, Jacobo hizo las presentaciones. Willi me informó de que el Jefe del Sector le había ascendido a comandante, aunque por no tener las hombreras seguía con las de capitán. Luego me dijo:

— Seguí con mucho interés la guerra de España; he tenido ocasión de hablar con camaradas alemanes que estuvieron allí, y todos se deshacen en elogios del soldado español como combatiente. Más tarde, pude ver cómo actuaban en el frente de Leningrado. Y ahora me ha contado el general cómo han desalojado a los rusos de las posiciones que habían conquistado en la *Moritzplatz*. El comandante del batallón de las SS quería que formaran con él, y así se lo ha pedido al general, pero éste ha decidido que actuemos como fuerza móvil a sus órdenes directas.

Nuestra posición, equidistante del Ministerio del Ejército y de la Cancillería, pegada al hotel Excelsior, cerca de la *Potsdamerplatz* y de los edificios oficiales, quedaba dentro de un triángulo de la muerte.

Willi me contó que Hitler se encontraba en Berlín y que, dando un magnífico ejemplo, dirigía las operaciones defensivas y ofensivas de la capital del Reich. Los mandos le habían aconsejado que no permaneciera en Berlín, pero él se había negado rotundamente a abandonar la ciudad, tras declarar que quería compartir la suerte de sus soldados.

De pronto, sonó el teléfono. Willi se puso al aparato y escuchó atentamente, asintiendo de cuando en cuando. Después de colgar, se dirigió a mí, diciendo:

— El Jefe del Sector ordena que vaya usted con sus hombres al hotel Kaiserhof.

Nos dirigimos inmediatamente hacia aquel hotel, situado a una manzana de distancia y que en aquellos momentos tempestuosos ofrecía aún algunas condiciones de seguridad. El tiroteo era infernal; la artillería rusa bombardeaba sin tregua aquel sector; los "órganos de Stalin" sembraban de metralla cada metro cuadrado de terreno. Los tanques, con el "chin—pum" de sus cañones y el tableteo de sus ametralladoras se unían al jolgorio, hincando sus proyectiles como agudos dientes en la carne de cemento y los nervios de hierro de Berlín, la ciudad mártir.

Nuestras armas automáticas mantenían a raya a los soldados rusos, y los *Panzerfaust* inutilizaban a los monstruosos T—34 que se ponían a su alcance.

Durante una breve tregua, recorrí el hotel en todos los sentidos. Conocía ya la planta baja, de modo que subí a todos los pisos, en los que quedaban aún algunos empleados, buscando los puntos estratégicos para situar las armas automáticas y los puños de hierro. A continuación, acompañado por Gracia, Múgica y Jacobo, bajé al sótano.

El Kaiserhof, elegante y refinadísimo hotel berlinés, había albergado en sus espléndidas habitaciones a altos mandos, diplomáticos, intelectuales y periodistas de postín. Y el ambiente que ahora se respiraba en el sótano contrastaba dolorosamente con lo que ocurría en el resto de la ciudad. En los demás lugares sólo se pensaba en matar o en morir, el aire sólo olía a pólvora y a sangre, los hombres se habían despojado de todo barniz de civilización para convertirse en seres que luchaban por la supervivencia en un

atávico renacer de los instintos primitivos. Matar o morir… Aquí, en cambio, seguían imperando el lujo y artificiosidad, al servicio de los últimos diplomáticos y periodistas extranjeros y de algunas *cocottes*[12] internacionales. Estas últimas, muy guapas, muy bien vestidas, nos miraban con insistencia, sonrientes, pensando tal vez que buscábamos "el reposo del guerrero".

— ¡Me gusta ésa! —dijo de pronto Múgica.

— Tuya es —le contesté.

Ante mi ocurrencia, Múgica se echó a reír. Seguía con Gracia y Jacobo, que también nos acompañaban. Múgica se quedó atrás. Cuando subió, me habló de la bacanal liada en el sótano. Sí, había obtenido los favores de aquella prostituta de lujo…

Los tanques rusos avanzaban en dirección este—oeste. Pegados a ellos, algunos soldados de infantería. Tengo la impresión de que son grupos de reconocimiento. Cuando enfilan la calle Kronen abrimos fuego. Tras dos horas de lucha, damos cuenta de los cinco tanques y de la infantería que los acompañaba.

Situado en una boca de riego, uno de los míos, "el Chato", ha conseguido dejar fuera de combate a tres de los cinco tanques; Múgica se ha cargado otro, y el último ha sido inutilizado por el sargento Ferrer. Por mi parte, parapetado detrás de una ventana del primer piso, sólo he tenido ocasión de disparar un par de ráfagas con mi pistola ametralladora.

La calle Kronen ha quedado limpia de enemigos. Efectuamos una descubierta hasta la *Hausvogteiplatz* sin encontrar a un solo ruso. Poco después llega un batallón alemán que ocupa posiciones en esta zona, un tanto olvidada.

Regresamos a nuestro punto de partida. Al llegar al Ministerio del Aire busco al comandante Willi; un suboficial letón me dice que está en el búnker que hay en el jardín del Ministerio.

Me acompañan mi intérprete, el sargento Gracia y Carranchas. Jacobo pregunta por Willi, y uno de los hombres que monta guardia en la puerta de entrada nos acompaña hasta uno de los departamentos. Allí nos deja en manos de otro centinela, que se encarga de informar a Willi de nuestra presencia. Casi inmediatamente sale Willi, el cual me invita a pasar. Veo al Jefe del Sector y a varios generales inclinados sobre una mesa, en la cual hay un plano de Berlín. En él aparecen señaladas con la máxima aproximación las posiciones que ocupan los rusos y sus zonas de penetración.

Willi me presenta al Jefe del Sector, el cual me saluda con mucho afecto.

A continuación, uno de los generales empieza a explicarme la misión que me ha sido asignada. No capto bien algunos términos, y le ruego que haga llamar a mi intérprete.

El general se dirige a Willi:

— Haga pasar al intérprete del teniente coronel…

Trato de rectificar lo que considero un error del general:

— Sólo soy comandante, mi general.

— No, a partir de este momento es usted teniente coronel[13].

Aquel súbito ascenso me deja indiferente; es algo que no esperaba ni deseaba. Lo único que me preocupa es la lucha por una victoria que me parece ya inalcanzable.

— El sector que usted tiene que defender está aquí —dice el general, señalando en el plano la zona de los Ministerios, enclavada entre las calles Herman Göring y Friedrich, hasta la *Unter den Linden*.

Luego explica a mi intérprete con todo detalle en que va a consistir nuestra misión. Escucho y comprendo. Cuando ha terminado, le dice a Jacobo que me lo repita, pero ya me he enterado de todo y no tiene que esforzarse en traducírmelo.

En resumidas cuentas, quedamos de remendones para tapar cualquier posible roto o descosido en el lugar en que se produzca.

Apenas hemos salido del búnker cuando se me encomienda la primera misión. Se ha producido una penetración de tanques, a los que acompañan más de dos batallones de infantería, en dirección a la *Potsdamerplatz*. El sector está guarnecido por fuerzas de policía militar, pero hay que reforzarlas para contener aquella penetración.

A partir de este momento ya no tendremos una hora de descanso; acudiremos a todos los lugares amenazados, lucharemos por cada edificio, por cada piso, por cada plaza, por cada calle, por cada palmo de terreno…

Saltando entre las ruinas, sometidos a un implacable bombardeo de cañones y morteros, acompañados por un grupo de letones igual al nuestro, conseguimos llegar a la *Potsdamerplatz* y ocupar un edificio del que sólo queda en pie el esqueleto. Antes de llegar a él hemos perdido para siempre cinco camaradas.

Apenas nos hemos parapetado detrás de los montones de escombros veo un grupo de tanques —cuento hasta quince— que avanzan implacablemente, protegiendo a la infantería que va a su zaga. Por fortuna, disponemos de abundantes puños de hierro. Doy la orden de que nadie dispare. Dejo en el suelo mi pistola ametralladora y pongo a punto mi puño de hierro. Cuando el primero de los tanques llega a una distancia conveniente, le envío un proyectil al tiempo que grito: "¡Fuego! ¡Fuego!" Los tanques que van en cabeza, alcanzados de lleno, quedan inutilizados; uno de ellos estalla y proyecta hacia el cielo una columna de humo grasiento. Huele a carne quemada. Los T—34 que

cierran la formación pretenden maniobrar para escapar de aquella trampa mortal, pero la falta de espacio les impide hacerlo. Los infantes tratan de refugiarse en los edificios contiguos, pero nuestras armas automáticas y el fuego cerrado de los hombres de Willi se ensañan con ellos. Caen uno tras otro, sin haber disparado un solo tiro.

Hemos capturado a varios soldados rusos. Ninguno de ellos ha ofrecido la menor resistencia. Me ha dado la impresión de que estaban drogados., o borrachos. Llega un batallón alemán de refuerzo, pero el combate ha terminado. Los recién llegados pasan a ocupar nuestras posiciones y nosotros nos trasladamos de nuevo al Ministerio del Aire.

Las primeras sombras del atardecer empiezan a espesarse. Todo parece indicar que podremos descansar unas horas para reponernos del sobrehumano esfuerzo que acabamos de realizar. Pero, no es así: los obuses caen y estallan en todas partes, la metralla sale proyectada en todas direcciones, los cimientos de los edificios retiemblan bajo nuestros pies continuamente, con inusitada violencia.

La Unidad Ezquerra aguarda órdenes en la planta baja del Ministerio del Aire.

De pronto se presenta Willi, acompañado del coronel de la guardia personal de Hitler y de un suboficial de las SS, con la Cruz de Caballero, y me dice que he de ir con ellos. No sé a dónde voy ni para qué… Le digo a Múgica que se haga cargo del mando de la unidad, con Ocaña como segundo, durante mi ausencia.

Bajamos al sótano más profundo del Ministerio, en cabeza el sargento, seguido del coronel, de mi intérprete Jacobo y yo, y cierra la marcha Willi. Avanzamos en fila india. Cuando llegamos al sótano, el sargento se introduce por una abertura hasta un gran tubo que sirve para la conducción de cables eléctricos. De trecho en trecho, unas lámparas de llama oscilante iluminan el camino. Avanzamos encorvados, y en algún momento nos vemos obligados a arrastrarnos. Salimos por fin de aquel tubo y penetramos en una especie de canal sin agua, pero con mucho barro. La marcha es difícil y muy penosa; de cuando en cuando cruzamos un sótano por el que podemos avanzar de pie y respirar a pleno pulmón, pero en otros lugares tenemos que arrastrarnos y dejar detrás de nosotros jirones de nuestros uniformes.

En uno de los sótanos, el coronel ordena un breve descanso. Nadie habla, y por mi parte no hago más que preguntarme: "¿Adonde vamos?"

Finalmente, el coronel da la voz de alto. Al parecer, hemos llegado. Nuestra marcha ha durado más de dos horas.

Nos encontramos en un sótano de grandes dimensiones, en el que hay dos compañías de las SS con sus mandos. Al vernos llegar, los jefes salen al encuentro del coronel y hacen algunos comentarios. Un capitán me ofrece una cajetilla de cigarrillos. Saco uno y le devuelvo el paquete, pero el capitán hace un gesto dando a entender que puedo quedarme con él. Se lo agradezco muy de veras. No son cigarrillos alemanes, sino

ingleses. Me siento sobre un montón de mantas, prendo fuego al cigarrillo y lo saboreo con verdadero deleite. Mis vasos capilares se contraen, agradecidos. Me tiemblan las rodillas. Sólo los fumadores empedernidos pueden comprender el placer que proporciona un cigarrillo durante una nerviosa espera.

Cuando estoy terminando de apurar el cigarrillo se presenta de nuevo el sargento.

— Sígame, por favor —me dice.

Apresuradamente, me sacudo el polvo y abrocho mi guerrera. ¿Intuición? ¿Presentimiento?

Jacobo se queda, pero el sargento dice que también él debe acompañarnos.

— Vamos al búnker del *Führer* —nos informa el sargento, con una unción casi religiosa.

Comprendo perfectamente el tono emocionado con que el sargento ha pronunciado aquellas palabras, porque su significado me ha impresionado profundamente, también a mí.

¿Será posible que vea a Hitler en persona?

La idea me ha puesto tan nervioso como un escolar que se enfrenta con sus primeros exámenes. Por lo visto, no consigo disimular mi nerviosismo, porque el general von Bulow, encargado de introducirme, me da una amistosa palmada en el hombro, al tiempo que me sonríe, con la evidente intención de tranquilizarme.

Avanzamos a través de una serie de compartimientos. La vigilancia es impresionante. Soldados de las SS, armados hasta los dientes, montan guardia delante de cada una de las puertas, que me recuerdan la entrada a la cámara acorazada de un Banco, y que van abriéndose delante de nosotros con las mismas precauciones.

Finalmente, llegamos al lugar de trabajo de Hitler. Vi allí al Ministro de Propaganda del Tercer *Reich* y *Gauleiter* de Berlín, Joseph Goebbels, acompañado de los generales Burgdorf, Krebs, Zander y Axmann[14].

Mi entrevista con Hitler fue muy breve. Al verle, me cuadré y permanecí rígido como una estatua. El *Führer* se adelantó y, mirándome fijamente a los ojos, empezó a hablar. Entonces comprendí la fascinación que aquel gran conductor del pueblo alemán ejercía, lo mismo sobre los hombres que sobre las masas. El teniente coronel Weis, allí presente, le hizo saber que mi conocimiento del alemán no era perfecto. Hitler me habló con lentitud, procurando hacerse entender.

— Enterado del bravo comportamiento de su unidad, le he concedido a usted la Cruz de Caballero, y, además, la nacionalidad alemana.

Aparté la mirada de Hitler y, dirigiéndome a mi intérprete, Jacobo, le dije:

— Transmita al *Führer* mi agradecimiento por el honor que me hace, pero dígale que continuaré siendo español mientras viva.

Jacobo hizo la traducción. Hitler me alargó la mano y me miró, como si quisiera adivinar mi pensamiento. Repitió que se sentía orgulloso de nosotros y dio por terminada la entrevista.

Así me despedí de aquel gran jefe, al cual vi muy tranquilo, con aspecto algo cansado, quizás, pero no "completamente destrozado" como se ha comentado en libros y revistas.

En el departamento contiguo, Goebbels me invitó a tomar una taza de té. Con nosotros se sentó el general Krebs. Recuerdo que el té estaba casi frío, pero era muy fuerte y me sentó estupendamente. El Ministro de Propaganda habló de la batalla de Berlín, con palabras de censura para muchos y de admiración para nosotros, sobre todo para las Juventudes Hitlerianas, grandes protagonistas del drama que estaba viviendo la capital del *Reich*. Tuvo también frases de elogio para los idealistas extranjeros que luchaban bajo los pliegues de la bandera nacionalsocialista.

Seguidamente emprendimos el camino de regreso, acompañados por el mismo sargento que nos había traído. Willi se unió a nosotros en otra dependencia en la que había estado esperando mientras yo me entrevistaba con el *Führer*.

Mis camaradas continuaban en la planta baja del Ministerio. Empezaban a impacientarse, puesto que mi ausencia había durado cuatro horas. La distancia no era excesiva, pero ya he hablado de lo incómodo y dificultoso del trayecto.

Estaba conversando con mis oficiales, contándoles lo que había ocurrido, cuando llegó un enlace para informarnos de lo que estaba sucediendo en el *Reichsbank*: los rusos se encontraban ya peligrosamente cerca del edificio, y teníamos que acudir en ayuda de los hombres comprometidos en su defensa.

Salimos a la superficie. La artillería disparaba sin cesar. Buscando protección entre las ruinas de los edificios, avanzamos lentamente, retando a la muerte a cada instante, hasta llegar a la vista del *Reichsbank*, defendido por las omnipresentes Juventudes Hitlerianas. Los rusos no eran demasiados, dos compañías, quizás, sin tanques pero con lanzallamas. Nuestro ataque por uno de sus flancos les pilló de sorpresa, y los que no murieron en el acto se retiraron precipitadamente… para ser ametrallados por un grupo de submarinistas alemanes que cubría el otro flanco.

Penetramos en el Banco. Había billetes por todas partes y de todas las nacionalidades: libras, dólares, coronas, francos, etc. ¡Buen botín para un coleccionista! Sin embargo, me olvidé por completo de los billetes al ver dos latas de sardinas portuguesas de las que me apoderé sin vacilar. ¡Qué poco valor tiene el dinero en

determinados momentos!

De nuevo reclaman nuestra presencia en la *Potsdamerplatz*. La situación es ahora más delicada: hay más tanques y más soldados soviéticos. Aún es de noche, pero no tardará en amanecer. Ninguno de nosotros duerme, esperando. En el búnker del Ministerio hay un grupo de oficiales de la policía que no han salido para nada desde que comenzó la batalla; comen y beben como si lo que está ocurriendo en Berlín no fuese con ellos.

Hago un comentario que ellos no entienden, ya que hablaba con Múgica. Este ve sobre una silla una lata de "espárragos riojanos" y arrambla con ella.

— ¡Esta no se la comen ellos! —exclama—. Los productos españoles sientan mal a los cobardes…

Antes de que amanezca recibimos la orden de tomar el hotel Kaiserhof, ocupado por los rusos. Todos tenemos linternas eléctricas y pistolas ametralladoras, además de nuestra pistola individual.

Con las debidas precauciones, salimos dispuestos a tomar el hotel a cualquier precio. La lucha es terrible. Nuestras pistolas ametralladoras vomitan fuego sin descanso. El lugar está infestado de rusos. Sitúo dos grupos para que protejan nuestro avance y yo sigo con otro. La oscuridad es casi absoluta, desgarrada únicamente por el resplandor de las explosiones. Supongo que a mi lado va el alférez Ocaña, y le llamo: me contestan varias voces en ruso. Sin pensarlo dos veces, aprieto el gatillo de mi pistola ametralladora. Los rusos que no han caído se me pierden sin saber por dónde. Se lanzan de cabeza por una trampilla que conduce al sótano. Mientras busco a mis compañeros, un grito de mujer me orienta. Trato de llegar hasta ella. Enciendo la linterna y proyecto su claridad en dirección al sonido de aquella voz femenina. La veo claramente, defendiéndose de unos rusos que han logrado tumbarla en el suelo. Hago fuego con mi pistola ametralladora; aprieto nuevamente el gatillo y el percutor suena a hueco: el cargador se ha vaciado. Echo a correr hacia una columna que me protege mientras coloco otro cargador. Los rusos retroceden, sin dejar de disparar. Estoy solo, no veo a ninguno de los míos: ¿qué habrá sido de ellos? De pronto, oigo voces detrás de un montón de escombros. Me acerco sigilosamente… y exhalo un suspiro de alivio: son los hombres de mi grupo. Pero falta el alférez Ocaña y hay cuatro muertos. Yo tengo arrancada una hombrera de un tiro, y en el pantalón contamos siete orificios de bala, a los que hay que sumar cuatro más en la guerrera. La suerte me acompaña.

Abandonamos el edificio sin saber si ha quedado completamente limpio de rusos y regresamos a nuestro punto de partida. La lucha se hace cada vez más difícil; ya no hay posiciones fijas, nadie sabe dónde están las fuerzas propias ni las enemigas.

Tras un breve descanso, el general Krebs me llama a su presencia. Me acompaña Willi. Se trata de ir a parlamentar con los rusos. Quiero zafarme del compromiso, pero el

general insiste y me veo obligado a obedecer.

Por medio de altavoces se da la orden de alto el fuego y se anuncia a los rusos el deseo de parlamentar. Sobre un palo se coloca un trapo blanco del que es portador un sargento letón al que acompañan dos soldados, los tres sin armas. Detrás, a su izquierda, vamos el teniente coronel Weis, el general Krebs y yo.

Cuando salimos del jardín del Ministerio del Aire, suena una ráfaga de ametralladora: el portador de la bandera blanca cae mortalmente herido. Los soldados que le acompañan resultan heridos de menor gravedad. Nosotros nos hemos dejado caer al suelo, salvándonos por verdadero milagro. Nos arrastramos hasta el lugar donde se encuentran los letones: el sargento está agonizando, los otros pueden retirarse por su propio pie. El teniente coronel Weis toma la bandera blanca y avanzamos hasta establecer contacto con los rusos. El oficial que nos recibe habla un alemán perfecto. Yo me pregunto qué es lo que pinto en aquella misión. No hablo ruso, y en el momento en que abra la boca sabrán que no soy alemán. ¿No será contraproducente mi presencia?

Dos oficiales rusos y un comisario político nos conducen al Puesto de Mando. A nuestro alrededor el silencio es completo, infundiendo una engañosa sensación de paz.

La mayoría de los oficiales del Estado Mayor soviético hablan perfectamente el alemán. Visten con pulcritud, van muy bien afeitados y muy perfumados (demasiado, para mi gusto). Lo cierto es que a su lado parecemos unos pordioseros.

Por el camino, la soldadesca nos contempla con odio, con evidentes ganas de acabar con nosotros, pero nuestros acompañantes no toleran que se nos ofenda en ningún terreno. Me doy cuenta de que la mayoría de los soldados han abusado de la bebida. Uno de ellos, quizás por efectos del alcohol, pretende quitarme el reloj; interviene el comisario político y de un empellón le envía rodando por el suelo; sus camaradas lo recogen para retirarlo, y nosotros reanudamos la marcha sin más complicaciones.

El mariscal Conchuf[15] escucha al general Krebs sin levantarse de la silla, y cuando el general ha terminado de hablar, sin ninguna explicación, grita:

— ¡Fuera! ¡Fuera!

Esa es la respuesta a nuestras proposiciones.

En el camino de regreso, el comisario político saca una cajetilla de cigarrillos americanos y nos invita a fumar; el único que acepta soy yo. Creo recordar, aunque no puedo asegurarlo, que aquella entrevista tuvo lugar en la zona de Schöneberg.

Mis hombres están en el garaje del Ministerio, Múgica y Jacobo en la sala de transmisiones. Quiero verles a todos y comunicarles lo ocurrido. Me han visto salir y deseo que sepan cuál es la situación.

Cuento a mis camaradas con todo detalle lo sucedido en nuestra entrevista con el mariscal soviético, y les expongo claramente las escasas posibilidades que tenemos de defendernos contra la presión del rodillo ruso, que cuenta con unos medios infinitamente superiores a los nuestros. Pero todos mis hombres reafirman su inquebrantable voluntad de continuar luchando hasta el último aliento. ¡Gracias, camaradas!

Entretanto, los rusos habían reanudado sus terribles bombardeos. Mientras trataba de descabezar un sueño, arrullado por el trepidar del edificio al recibir los obuses de gran calibre que los soviéticos enviaban, pensé en lo absurdo de la situación, desde el punto de vista de los intereses en juego. Los cañones que nos sacudían eran norteamericanos, ya que los yanquis habían suministrado a los rusos la mayor parte de su material. También los ingleses eran aliados de los comunistas. ¿Acaso Rusia era una democracia, como los Estados Unidos y la Gran Bretaña? Alemania defendía los valores tradicionales de la cultura occidental, enraizados profundamente en el alma de aquellos dos pueblos, Inglaterra y América, que al aliarse con el diablo acabarían, quizás, con el mejor paladín de la civilización de occidente, pero que al mismo tiempo firmaban, a la larga, su propia sentencia de muerte.

CAPÍTULO V

Las *Waffen—SS* españolas, los últimos defensores de la Cancillería, todos los supervivientes de aquella odisea conocerían la misma suerte: el aniquilamiento o la captura.

La lucha había sido titánica. La mayoría de mis camaradas habían llegado a perder la noción del tiempo. Pero ellos se habían comportado con un valor y una bravura extraordinarios, a pesar de las condiciones dramáticas en las que entró en acción la unidad española.

Lo que más me llenaba de satisfacción era el hecho de que aquellos camaradas jóvenes, poco entrenados y, sobre todo, mal apoyados, hubieran hecho frente a los rusos sin derrumbarse en el primer encuentro. Aquel bautismo de fuego en Berlín había sido algo terrible, y dudo de que ninguna otra tropa del mundo hubiese podido mostrar el mismo espíritu de sacrificio, el mismo indomable coraje.

Un día, antes de que anocheciera, el capitán Willi fue llamado por Hitler. Era el 30 de abril de 1945.

Cuando regresó, después de su entrevista con Hitler, se presentó en la sala de Transmisiones del Ministerio del Aire y me rogó que le siguiera, acompañado de Jacobo, mi intérprete. Willi nos condujo al departamento en el que estaban instalados los cuadros de transmisiones del Ministerio, a cuyo servicio continuaban algunas muchachas. La orden de desalojar la sala, dada por Willi, causó verdadera estupefacción en aquellas mujeres; algunas de ellas, descompuestas, lloraban amargamente, en tanto que otras obedecían, caminando como sonámbulas.

Cuando nos quedamos solos, Willi dijo:

— He recibido órdenes concretas del *Führer* para que formemos un grupo con nuestros mejores hombres, a los cuales tendremos que retirar de las posiciones; los demás deben quedarse, sin saber que vamos a intentar romper el cerco ruso. Nadie debe enterarse de esta orden, y el que no sepa callarla debe ser muerto en el acto. Tenemos que reunir a nuestros camaradas aquí, y la orden de marcha será la siguiente: dirección Norte, en caso de extravío casual o forzoso debido a las circunstancias; punto de concentración la estación *Stettiner Bahnhof*. La consigna será "Carajo".

Cuando el capitán Willi terminó, nos dirigimos hacia el lugar donde se encontraban mis sargentos de enlaces Roberto Gracia, Vázquez y Carranchas, hablando con algunos camaradas heridos y otros extenuados de fatiga por los días que llevaban luchando sin

descanso. Al principio dudé entre callarme o explicar lo que ocurría, pero pensé que era el responsable de la situación en que se encontraban mis camaradas e hice que la orden se diera tal como yo la concebía: "salvarles a todos". De modo que hice un aparte con Gracia, Carranchas y Vázquez, y les dije:

— Tú, Roberto, irás al garaje en el que están los letones, para que se dirijan sin pérdida de tiempo a ocupar los puestos que defienden nuestros camaradas. Tú, Carranchas, me traes a Juanito "el Belga" con los suyos y que no quede ninguno de los nuestros en posición. Y tú, Vázquez, irás a la sala que sirve de hospital y, con mucho disimulo, hablarás con nuestros heridos para informarles de la situación y decirles que se valgan de sus propios medios para camuflarse.

Willi había ido personalmente a retirar a los letones. Cuando regresó con un grupo de unos quince hombres, los míos ya estaban allí y habían recibido órdenes concretas acerca de su misión. Mientras hablaba con los que formarían el grupo que iba a correr aquella terrible aventura, los heridos y enfermos guardaban un silencio sepulcral; algunos se tapaban incluso la cabeza con una manta, como si no quisieran ver ni oír lo que en aquellos momentos ocurría a su alrededor.

Cuando llegó Willi con los letones, y una vez conocida de todos la misión que se nos había encomendado, nos pusimos en marcha, cargados con los puños de hierro, las pistolas ametralladoras y las pistolas cortas. Salimos de la sala de Transmisiones del Ministro del Aire al anochecer de aquel día, a caballo entre los meses de abril y mayo, para vivir veinticuatro horas de angustia de las que muchos han opinado y muy pocos las vivimos.

Salimos del Ministerio del Aire y pasamos por el garaje: no había nadie. Lo que había servido de lugar de reposo para descabezar un breve sueño estaba ahora completamente solitario. Salimos de allí y, arrastrándonos entre las ruinas, logramos situarnos fuera de la línea de tiro de los fusiles y naranjeros rusos. Era ya de noche. En un portal en ruinas hicimos nuestra primera parada y fumamos un cigarrillo, que para nosotros sería el último. Tras aquel breve descanso, siempre conducidos por Willi, reanudamos la marcha hasta una estación del Metro. Recorrimos varios sótanos y túneles para llegar a la estación de *Wilhelmsplatz*, donde empezó a resonar una y otra vez la palabra "Carajo", dado que, durante la marcha a través de la oscuridad, nuestra pequeña tropa se había fraccionado en varios grupos.

Aquella estación era un verdadero hormiguero; hombres, mujeres y niños, cargados con los enseres más imprescindibles, se mezclaban en medio de una terrible confusión. Sobre una de las escaleras y con ayuda de una bocina, un *SS—Standartenführer*[16] ordenó varias veces:

— ¡Atención! ¡Atención!

Cuando finalmente se hizo el silencio, el *SS—Standartenführer* empezó a citar los

nombres de los que mandaban los grupos. Al nombrar al primero, éste salió inmediatamente a las vías. Y sucesivamente los demás. Los grupos estaban mandados por coroneles y tenientes coroneles. El de menos graduación era Willi, que mandaba el grupo de letones.

Para no perder el contacto, desde allí, en fila india, tendríamos que seguir por aquel ferrocarril subterráneo hasta la estación de *Friedrichstrasse*.

Cuando llegamos a aquella estación, los grupos salieron a la calle. Nos encontramos ante un cuadro espantoso y desconcertante. Las ruinas de Berlín parecían estar en llamas, y las granadas estallaban por todas partes. Las voces de mando se mezclaban con los lamentos de los heridos, pero los grupos mantenían de momento su cohesión, gracias a la consigna repetida sin cesar: "carajo, carajo…"

Al otro lado del puente, unos tanques nos cerraban el paso; su "chin—pum" resonaba sin tregua. Aquel puente era un cementerio, y todos los que habían intentado cruzarlo se habían quedado en el camino. Era preciso forzar el paso. En medio de aquella confusión, los letones de Willi se habían esfumado. Willi repetía una y otra vez la consigna, tratando de localizarlos, pero no hubo manera: se habían volatizado como por arte de magia. En consecuencia, Willi se unió a nuestro grupo.

El panorama que ofrecía el puente era aterrador, pavoroso: lo alfombraban centenares de cadáveres sin brazos, sin piernas, sin cabezas… Al otro lado, tres tanques disparaban sin cesar, cerrando el paso, pero era preciso que lo cruzásemos, si no queríamos quedarnos en aquel cementerio. Nunca había visto tantos muertos amontonados ni pisado tanta carne humana, pero había que pasar… y pasamos.

Willi fue el primero en decidirse. Yo le seguí, al tiempo que daba a los míos la orden de avanzar. Sólo la obedecieron tres: el sargento Juan Pinar, mi sargento de enlaces Roberto Gracia y el cabo Carranchas. Jacobo no se apartó de mi lado ni un solo instante. Ninguno de los otros encontró los arrestos que hacían falta para seguirnos.

No sé si fue suerte o un milagro, pero lo cierto es que saltando por encima de aquella alfombra de carne humana logramos cruzar el puente. Nuestras botas estaban llenas de sangre, lo mismo que nuestros uniformes y nuestras manos, pero habíamos llegado a la primera de las casas situadas a la izquierda del puente, en cuyo portal nos cobijamos. Bajamos al sótano para descansar unos instantes, y nos llenó de satisfacción encontrar amontonados numerosos puños de hierro. Ahora verían los rusos de lo que éramos capaces. Reposamos unos minutos hasta que se normalizó el ritmo de nuestra respiración, y luego tomamos dos puños de hierro cada uno de nosotros. Subimos de nuevo al portal, pero teníamos que saltar dos portales más adelante para situar nuestra línea de tiro a los T—34 que cerraban el paso del puente. Me lancé sin pensarlo dos veces, seguido por Carranchas, mientras Willi, Gracia y Pinar, con sus pistolas ametralladoras, hacían fuego sobre la casa de enfrente, desde la cual los rusos disparaban sin cesar. Por verdadero milagro no habían terminado con nosotros, ya que mi guerrera había sido

perforada por tres partes y una de mis hombreras colgaba arrancada por una bala, pero yo no sufrí ni un solo rasguño.

Allí estaban los tanques. Y aquí, a poca distancia, Carranchas y yo con los *Panzerfaust*. Hicimos fuego casi al mismo tiempo, sin habernos puesto de acuerdo. Dimos en blancos distintos. El otro tanque pretendió maniobrar, pero no le di tiempo: disparé de nuevo, y los tres mastodontes quedaron fuera de combate, mientras Willi, Pinar y Gracia mantenían a raya a los rusos que ocupaban las casas del otro lado.

Regresamos al portal que ocupaban nuestros camaradas, poniéndonos a cubierto de las ráfagas que nos disparaban los soviéticos, los cuales dominaban al propio tiempo el puente, interceptando el paso.

— Voy a subir a los pisos más altos —le dije a Willi—. Acompáñame, Roberto.

La escalera estaba semiderruida, pero a costa de muchos equilibrios logramos encaramarnos hasta el tercer piso, con la impresión que de un momento a otro todo se vendría a bajo. Desde uno de los balcones pude localizar a los que hacían fuego sobre el puente. Disparé hasta agotar el cargador de mi pistola ametralladora. Tres rusos se desplomaron, cayendo a la calle. Roberto empezó a disparar a su vez mientras yo cambiaba el cargador de mi pistola ametralladora. Pero los rusos se habían dado cuenta ya de nuestra presencia en aquel balcón, y concentraron su fuego contra nosotros con verdadera saña. Nuestra posición era insostenible, de modo que bajamos a reunimos con nuestros camaradas en el portal.

Reunidos de nuevo los cinco, deliberamos unos instantes sobre lo que debíamos hacer. Mientras Roberto, Pinar y Carranchas se quedaban sentados en la escalera del sótano, Willi y yo decidimos efectuar una pequeña descubierta para averiguar cuál era la posición exacta de nuestros enemigos. En cuanto pisamos la calle, los rusos nos frieron a balazos. Retrocedí de un salto, pero Willi no pudo hacerlo con la misma rapidez y fue alcanzado por una ráfaga de ametralladora; cayó, quedando con medio cuerpo al descubierto.

Tiré de él y logré introducirle en el portal. A mis gritos acudieron mis tres camaradas y con su ayuda le bajamos al sótano de la casa, donde había varias mujeres y niños. Sentamos a Willi sobre un montón de ropa, desgarré su pantalón y vi que tenía la pierna derecha destrozada.

— Hay que llevarle a un hospital —les dije a mis camaradas al tiempo que preguntaba a aquellas mujeres dónde se encontraba el hospital más próximo.

Pero Willi se negó rotundamente a ser evacuado y, sin hacer caso de sus heridas, insistió en que había que terminar con los rusos que obstaculizaban el paso del puente, para que los que habían quedado al otro lado pudieran cruzarlo.

Le prometí que lo haríamos, o dejaríamos la vida en la empresa.

Una de aquellas mujeres le había taponado las heridas, improvisando un vendaje.

Willi me dijo:

— Me defenderé hasta el último cartucho.

Y, empuñando con coraje la pistola ametralladora y golpeando con la palma de la mano la funda de la pistola que llevaba al cinto, añadió:

— ¡La última será para mí!

Nos despedimos de él con infinita tristeza. Nos dolía en el alma perder a aquel gran camarada que con tanto valor había luchado a nuestro lado. Pero, al propio tiempo, su heroico comportamiento estimuló nuestra decisión de acabar a toda costa con los rusos parapetados al otro lado de la calle. Di la orden de que se emplearan los puños de hierro, y en pocos minutos la casa de enfrente quedó convertida en un montón de ruinas llameantes.

Se hizo un gran silencio. Poco después, los que permanecían al otro lado del puente se dieron cuenta de que el camino había quedado expedito y empezaron a cruzar, sin ser hostigados. Los primeros en pasar fueron unos marineros, que se unieron a nosotros.

Pasan jefes, oficiales y soldados, revueltos, sin orden ni concierto. Al oírnos hablar preguntan por nuestra nacionalidad, y al saber que somos españoles nos piropean:

— Spanischen gut… Viel gut…

Pero, no era el momento de perder el tiempo en cumplidos: cada minuto de retraso en nuestro avance podía resultar catastrófico.

En aquel momento un vehículo a motor cruzó el puente; era una tanqueta ocupada por varios jefes, que al llegar a mi altura se detuvieron unos segundos para decirme:

— Siga adelante, nos reuniremos en *Stettiner Bahnhof*.

Siguieron su marcha y nosotros echamos a andar sin adoptar grandes precauciones, hasta que recibimos el fuego de pequeños grupos de rusos que habían logrado infiltrarse y a los que tuvimos que eliminar para poder continuar. Pero, apenas habíamos acabado con ellos, por una de las calles laterales se presentaron cuatro T—34 que parecían llegar rabiosos, moviendo sus tórrelas en todas direcciones.

Inmediatamente buscamos refugio entre las ruinas y los esqueletos de los edificios contiguos. Muchos bajaron a los sótanos y desaparecieron para siempre; otros permanecimos a la espera, prestos los puños de hierro.

Los tanques aparecen por la *Karlstrasse*. Un alemán dispara contra ellos, haciendo blanco, pero otro de los tanques le arranca las dos piernas de un cañonazo. No puedo contenerme: empujo a Pinar, y entre los dos logramos arrastrar al herido hasta un portal. Luego lo bajamos a un sótano, en el que se apiñan hombres, mujeres y niños, de aspecto aterrorizado, sobre unos colchones tendidos en el suelo. Allí dejamos la mitad de aquel hombre.

Salimos de nuevo a la calle. Los tanques habían quedado convertidos en chatarra, pero nuestros dos camaradas Gracia y Carranchas ya no estaban allí, ni volveríamos a verlos. De todos los miembros de la unidad Ezquerra solamente quedábamos Pinar y yo: los otros habían muerto, estaban heridos o habían desaparecido. Pinar y yo seremos los únicos que llegaremos al objetivo que nos fue asignado.

A partir de aquel momento se unieron a nosotros temporalmente otros hombres, pero a los que más recuerdo es al pequeño grupo de submarinistas que se pusieron a mis órdenes de un modo incondicional, sin plantear el menor problema. La divisa de aquellos admirables soldados era la de "Valor y Disciplina".

Grupos rusos dispersos habían logrado llegar hasta el lugar en que nos encontrábamos; todos ellos estaban en las casas situadas en la parte derecha de la *Friedrichstrasse*. No podíamos andar por la calle, ya que en un pequeño trayecto que recorrimos tuvimos muchas bajas. Entonces decidimos pasar por el interior de las casas, que se comunicaban entre sí por medio de boquetes practicados en las paredes maestras, hasta llegar a la *Elsässerstrasse*, donde salimos de nuevo a la calle, para dirigirnos directamente hacia *Stettiner Bahnhof*.

En aquella estación, el panorama no difería del de las otras. Entre los refugiados había muchos militares que habían cambiado la guerrera por la chaqueta de paisano, abandonando fusiles y pistolas. Muchos habían buscado asilo en los vagones del Metro, buscando pasar inadvertidos entre las mujeres y los niños. Eran unos cobardes, a los que sólo les interesaba continuar viviendo, aunque fuese con deshonor…

Un suboficial de la Marina se cuadró delante de mí con una marcialidad que me impresionó, y me sugirió la conveniencia de seguir nuestro camino por aquel subterráneo, ya que allí no se encontraba ninguno de los jefes con los que teníamos que reunimos.

Para mí fue un momento de confusión, pero reaccioné rápidamente, encontrando lógica la sugerencia.

Avanzamos, pues, por la vía, pero apenas habíamos recorrido trescientos metros cuando tropezamos con una barricada de los rusos que nos cerraba el paso: dispararon a mansalva sobre nosotros y nuestro grupo quedó reducido a la mitad. Al oír los disparos y ver cómo caían nuestros camaradas nos lanzamos al suelo y empezamos a retroceder penosamente hasta llegar de nuevo a la estación, a pesar de que los rusos seguían disparando rabiosamente sobre nosotros.

Acompañado de Pinar y del suboficial alemán, me metí dentro de los vagones y ordené a todos aquellos camuflados que salieran de allí. Si no hacían caso de mis palabras, estaba dispuesto a utilizar argumentos mucho más convincentes. No eran solamente soldados, sino que entre ellos había también oficiales y jefes. Uno de ellos me dijo que tenía orden de permanecer allí con un grupo de soldados, para contener a los rusos en caso de que pretendieran avanzar por las vías del Metro. Aquella explicación me indignó y, apoyando el cañón de mi pistola ametralladora en su estómago le dije:

— ¡Salta, o te mato!

No se hizo repetir y siguió a los demás como un corderito.

Después de haber dejado aquello limpio de camuflados, subimos las escaleras del Metro para salir de nuevo al aire libre. Los disparos sonaban lejanos, pero sobre nosotros volaban los cazas rusos que no dejaban de ametrallarnos. Los hombres que me seguían parecieron sentirse estimulados al ver que me situaba en el centro de la calle, despreocupado en absoluto del ametrallamiento de los aviones, y obedecieron de buena gana la orden de avanzar en fila india por las dos aceras, pegados a los edificios. Sin embargo, me di cuenta de que todos aquellos soldados, entre los que había algunos jefes y oficiales, habían perdido por completo la moral, y de que resultaría muy difícil, por no decir imposible, sacar algún partido de ellos. Pero había que seguir avanzando, en cumplimiento de las órdenes recibidas.

Por fin llegamos al lugar señalado por el Mando. Desde que habíamos salido del Ministerio del Aire, no dejamos de combatir un solo instante. En el camino habían quedado nuestros camaradas, unos muertos, otros heridos, y otros despistados en la confusión de la lucha. Del grupo primitivo solamente quedábamos el sargento Pinar y yo.

Jadeantes y a cuerpo limpio, sin conceder la menor importancia a los cazas rusos que volaban a muy baja altura ametrallando todo lo que veían, habíamos logrado llegar y, cumpliendo la orden, se había cubierto el objetivo previsto.

CAPÍTULO VI

Allí estaba el búnker de *Stettiner Bahnhof*. Nada más llegar, un oficial me dijo donde estaban reunidos los generales con su Plana Mayor. Era en una casa de vecindad, en un primer piso, a muy poca distancia del búnker. Me dirigí hacia allí con Pinar. El se quedó esperando en el portal de la casa. Les dije que habíamos logrado romper el cerco, y les expliqué cómo lo habíamos conseguido. Cuando terminé me dijeron que me presentara en el búnker, donde habíamos de concentrarnos todos para tomar nuevas decisiones.

Al llegar a la entrada del búnker, en una plazoleta debajo de un cobertizo, había dos camiones cargados de víveres: embutidos, mantequilla, mermelada, etc. El sargento Pinar y yo llenamos nuestras mochilas. Los que estaban sobre los camiones repartían aquella carga. La gente se apelotonaba, hombres y mujeres luchaban como fieras, pegándose, arañándose, por un trozo de salchichón o una lata de conservas. Entristecido ante aquel espectáculo, me senté en un banco de piedra, dejando descansar sobre mis rodillas la pistola ametralladora. El sargento Pinar se quedó de pie, a mi lado. De pronto me quedé como una estatua: podía pensar y ver, pero era incapaz de moverme y de hablar. Había quedado completamente paralizado. Un sudor frío cubría todo mi cuerpo. El sargento Pinar me tomó por los brazos y me sacudió. Ignoro el tiempo que transcurrió: fueron unos minutos que me parecieron siglos. Pinar me ayudó a ponerme en pie, respiré profundamente varias veces y todo desapareció del mismo modo que había llegado, sin darme cuenta.

— ¿Qué le ha sucedido? —inquirió Pinar con aire preocupado—. Pensé que se moría…

— No sé lo que me ha pasado, pero ya estoy bien del todo —le tranquilicé.

En aquel momento llegó una moto con sidecar. De ella se apeó el teniente coronel jefe de servicios del Cuartel General de Hitler. Dirigiéndose a mí, me anunció fríamente:

— El *Führer* ha muerto.

Y, señalando al general que había defendido Berlín, añadió que era el heredero de Hitler.

— ¿No es el almirante Dönitz? —le pregunté.

— No. Antes de morir, el *Führer* destituyó al almirante. Seguimos a aquel general. Entramos en el búnker y bajamos hasta el tercer sótano. Allí se encontraban reunidos

varios jefes y oficiales. Lo que más me llamó la atención fue una mujer que, sentada sobre un saco de patatas, intervenía con frecuencia en la conversación. Alguien trajo comida, unos bocadillos, y mientras esto ocurría el teniente coronel me dijo si quería acompañarle a visitar a unos parientes que tenía no muy lejos de allí.

— Con mucho gusto —le dije.

Cuando salimos del búnker resonaban a lo lejos las ráfagas de los naranjeros rusos. Estábamos tan familiarizados con aquella música que no le prestamos la menor atención. Tomamos la moto, el conductor y el teniente coronel en el sillín, y Pinar y yo en el sidecar.

Al llegar a la casa de los parientes del teniente coronel dejamos la moto en la calle y subimos los cuatro al piso, en el que solamente había tres mujeres de mediana edad. Nos descargamos de las mochilas, que dejamos sobre una mesa, cuando entró corriendo una mujer con los cabellos alborotados, gritando desesperadamente:

— ¡Iván! ¡Iván!

Cogí mi pistola ametralladora, que había dejado también encima de la mesa, y salí a la escalera. Los demás me siguieron. Un grupo de soldados rusos subía tranquilamente. Disparé sobre ellos una y otra vez, hasta vaciar el cargador. Los rusos, que no se esperaban aquel recibimiento, rodaron por la escalera mientras yo colocaba un nuevo cargador. Mis camaradas se adelantaron y el primero en salir a la calle fue el conductor de la moto, seguido de cerca por el sargento Pinar y el teniente coronel. Cuando el conductor se disponía a poner la moto en marcha, un ráfaga de metralleta le alcanzó de lleno. Una de las balas le atravesó la garganta. La sangre brotaba con tanta fuerza que parecía un surtidor. Vi como Pinar mantenía a raya a unos rusos que disparaban desde detrás de unos muros derruidos situados en frente de la casa. Pinar estaba al descubierto, y a pesar de mis gritos para que se retirase, su excitación era tan intensa que no me oía. Haciendo fuego con mi pistola ametralladora llegué a su altura, mientras el teniente coronel ponía la moto en marcha. Los pocos rusos que habían llegado hasta aquella posición ya no nos molestaron más, y sin otro contratiempo nos presentamos de nuevo en el búnker.

Allí continuaban las deliberaciones. Pero ahora había entre los reunidos un nuevo personaje, vestido de paisano. Por lo visto se trataba de alguien importante, puesto que sus opiniones eran escuchadas con el mayor respeto. Más tarde me enteré de que aquel hombre era Martin Bormann.

Cuando llegó un enlace dando noticias, el general que había dirigido la defensa de Berlín tomó la palabra y, tras un breve parlamento, dijo: "¡No capitularemos! ¡No capitularemos!" Y luego se marchó acompañado de Martin Bormann. Subí con ellos hasta la plazoleta. Fuera sonaban ráfagas de metralleta y algunos disparos sueltos. A cada uno de los silbidos de las balas, Martin Bormann hacía una reverencia. El general, impasible, daba las últimas órdenes. Bormann y él se alejaron, diciendo que no tardarían en volver.

En aquel momento oí que el teniente coronel le ordenaba a Pinar que disparase contra un soldado que se había puesto una chaqueta de paisano.

— ¡Comunista, comunista! —gritó el teniente coronel jefe de servicios del Cuartel General—. ¡Sargento Pinar, mátele!

— ¡No, Pinar! —grité a mi vez—. ¡Que lo hagan ellos!

Pero sólo pude evitar que le diera el tiro de gracia, lo cual hizo el centinela que guardaba la puerta del búnker.

El teniente coronel puso la moto en marcha y me pidió que le acompañara. Yo quería esperar al general, y así se lo hice saber. Pinar me pidió permiso para marcharse con el teniente coronel, y se lo concedí: no volveríamos a vernos.

Regresé al búnker. Ya no estaban los generales, ni la mujer. ¿Quién era aquella mujer?

Un coronel de artillería, con la Cruz de Caballero, se sentó a mi lado y me invitó a beber de una botella de vermut. Me eché un buen trago al coleto, sin respirar.

— Ahora, a esperar que lleguen los rusos —me dijo el coronel.

— Arriba hay unos tanques del último modelo —sugerí—. Con ellos podríamos intentar abrirnos paso…

— ¿Para ir a dónde? —inquirió el coronel con amargura—. No, todo está perdido. Pero no debemos tomar una decisión trágica, ya que nuestras vidas pueden servir, algún día, para exterminar a estos perros de la estepa.

Enterré mis condecoraciones de la guerra de España y me quedé únicamente con las alemanas. Continué bebiendo con el coronel hasta que llegaron los rusos, los cuales nos sacaron a todos formados en columna de a ocho. Delante de la formación, un ruso como guía. Caminamos entre las ruinas y los escombros hasta que llegamos a un cine. Allí se desarrollaba una verdadera bacanal. Un grupo de mujeres alemanas y soldados rusos, completamente borrachos, gritaban, bailaban y… una de aquellas mujeres se acercó a nosotros y, escupiéndonos a la cara, nos lanzó los peores insultos, mientras los rusos reían a mandíbula batiente.

A los jefes nos colocaron en el primer piso. Allí me acomodé como pude y me quedé dormido como un tronco. Al amanecer, me despertaron los golpes que un soldado ruso me propinaba con la culata de su fusil, al tiempo que me gritaba, en ruso:

— ¡*Davai, davai*! ¡Vamos, vamos, aprisa!

Formamos en cabeza. Aún no se había perdido del todo el sentido de la disciplina.

Los jefes alemanes dieron las voces de formación y de marcha, y emprendimos el camino en dirección a Rusia.

Había tomado ya una decisión: muerto, o volver a España. Nada ni nadie podría modificarla. Mientras andábamos a través de las calles de Berlín, pisando sus ruinas, vimos centenares de tanques rusos destrozados. La gente que nos veía pasar no levantaba la vista. ¿Qué sería de ellos… y de nosotros?

Andamos durante todo el día, casi sin interrupción. Por la noche paramos en una granja. Me tocó dormir pegado a un coronel con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. Era un hombre muy agradable, y se pasó la mayor parte del tiempo hablándome de su familia. Finalmente, me dijo:

— Tengo la impresión de que no va a continuar mucho tiempo con nosotros… Voy a darle la dirección de mi mujer y de mis hijos, que viven en Berlín, para que los visite: es el número 93 de la *Blumenstrasse*.

Nunca he podido olvidar aquella dirección. Calle de la Flor… Más tarde estuve allí pero no pude encontrarles.

Cuando formamos de nuevo, a la mañana siguiente, no nos habían suministrado aún ni un mal pedazo de pan. Éramos varios millares, y la desorganización era completa. Sin embargo, en su euforia los rusos habían descuidado más de la cuenta sus servicios de seguridad: habría que aprovechar la primera oportunidad para dejar de ser prisionero. Reemprendimos la marcha. Los que íbamos en cabeza oíamos de cuando en cuando unas ráfagas de naranjero. Un prisionero más que no podía seguir y que era rematado en el mismo lugar en que caía.

En tanto que nosotros cargábamos con los heridos enemigos con peligro incluso, de nuestra propia vida, los nuestros eran exterminados sin misericordia. ¡Esa era la diferencia entre uno y otro sistema!

Era el cuarto día de marcha y todavía conservaba mi reloj, entre aquellos ladrones de relojes, cuando un soldado se dio cuenta.

— ¡Dame eso! —me ordenó.

— ¡No me da la gana! —repliqué, en castellano.

Por lo visto, si no las palabras entendió el gesto, y me sacudió en la boca con la culata de su naranjero. Cuando recobré el conocimiento, no tenía el reloj… ni los dientes. Dos oficiales alemanes me habían mojado la cabeza y en aquel momento me daban un sorbo de coñac. ¡Gracias, camaradas!

La marcha de aquel día la hice con la boca hinchada. Me zumbaba la cabeza, pero sería el día más feliz desde que había caído en poder de los rusos. En uno de los breves

descansos, cuando estaba tumbado, alguien me tocó en el hombro. Me volví: era el Legionario y Codina, acompañados de dos franceses.

— Vimos cómo le propinaban el golpe y hemos estado pendientes de usted, hasta que nos hemos decidido a presentarnos, por si hacemos falta para algo.

— Sí, ya somos cinco. Tenemos que aprovechar la primera ocasión para escapar. No resultará demasiado difícil, en medio de esta confusión.

Mientras estábamos hablando, nos llamaron a formar. Lo hicimos en semicírculo. A través de un altavoz, un comisario político dijo:

— Todos los extranjeros que quieran ser repatriados deben formar aparte.

Estuve a punto de salir, pero me detuvo el coronel que me había dado la dirección de su familia.

— ¿Qué va usted a hacer? —me dijo—. ¡Eso es una trampa!

Ni el Legionario, ni Codina, ni los dos franceses salieron. Luego me dijeron que, al ver que yo no salía, ellos tampoco lo hicieron. Y aquello nos salvó la vida a todos. Al anochecer, oímos el tableteo de las ametralladoras, y a la mañana siguiente se corrió la voz: todos los extranjeros habían sido fusilados. Docenas de camaradas quedaron allí para siempre…

El hombre que había prometido repatriarlos era un comisario político de raza judía.

Cuando de nuevo se rompió la formación me quité las hombreras y me uní a aquellos cuatro camaradas, con los que haría el viaje de regreso a Berlín.

El Legionario no paraba un momento entre nosotros, pero regresaba de cada una de sus "expediciones" con una manta o con algo de comida que nos repartíamos como hermanos.

De vuelta de una de sus correrías, nos dijo:

— Hay un capitán alemán que va cargado de víveres. Siempre procura apartarse de los demás para comer a escondidas…

Le dije que nos lo señalara para no perderle de vista. Caminamos durante todo el día y no recibimos más que una ración de sopa. Todos teníamos lo que Codina llamaba gazuza. Teníamos que hacernos con la mochila de aquel capitán, que dormía abrazado a ella. Preparamos cuidadosamente nuestro plan, fijando un lugar de reunión para el momento en que tuviéramos la mochila en nuestro poder.

Se hizo de noche. Estábamos a pocos metros de distancia de nuestra víctima. Cogimos una manta, nos acercamos al capitán y le echamos la manta por encima de la cabeza. Los dos franceses me ayudaron a sujetarlo, mientras Codina y el Legionario se largaban con la mochila. Cuando le soltamos, aquel hombre empezó a gritar como un loco. Y continuó gritando hasta enronquecer, sin que nadie le hiciera caso.

En la mochila había lastas de conservas, pan de molde y mantequilla. Con el asentimiento de mis camaradas, le llevé dos latas de sardinas y un poco de pan al coronel con el que había trabado amistad. Me lo agradeció muy de veras. Al día siguiente le conté al coronel cómo habíamos conseguido aquellos víveres, y le oí reír por primera vez desde que le conocía.

Iban transcurriendo los días y cada vez avanzábamos más hacia el Este. Nos encontrábamos ya en Polonia, y no podíamos esperar más: teníamos que aprovechar la desorganización de aquellos momentos. La ocasión se presentó cuando acampamos junto a un bosque. En el lindero del bosque estaban las letrinas, con un soldado ruso de guardia, al que había que eliminar. Lo preparamos todo minuciosamente, sabiendo que si algo fallaba podíamos darnos por muertos. Teníamos una lima a la cual le habíamos quitado el mango, conviniéndola en un arma punzante. Por mi parte, había conseguido mantener oculta en la caña de mi bota mi pistola Walther, y estaba dispuesto a utilizarla sin contemplaciones, ya que mi decisión de no llegar a Rusia era terminante.

Los cinco de acuerdo, aguardamos a que se hiciera de noche. Entretuvimos la espera aguzando contra una piedra la punta de la lima. La única salida que teníamos era por las letrinas, y el centinela ruso nos estorbaba, de modo que nos veríamos obligados a eliminarlo.

Llegado el momento, nos acercamos a él desde cinco direcciones distintas. Yo fui, el primero en llegar a su altura. Vi que no estaba borracho, aunque tampoco sereno: entre Pinto y Valdemoro. Al verme, me repitió lo que los soldados rusos parecían haberse aprendido de memoria:

— ¡Hitler kaput!

Mientras el ruso estaba pendiente de mí, los dos franceses se acercaron por detrás y le cubrieron la cabeza con una manta. El Legionario, portador de la lima, se lanzó sobre él y empezó a pincharle salvajemente. Cuando los franceses le soltaron, el centinela se derrumbó como un saco.

Codina se había adelantado, penetrando en el bosque. Yo me apoderé del naranjero ruso, y los cuatro echamos a correr. Ya en el bosque, siseamos buscando a Codina, que no contestaba, hasta que tropecé con él. Estaba mortalmente asustado y repetía sin cesar:

— ¡Ahora nos matarán! ¡Ahora nos matarán!

Le propiné un bofetón, para hacerle reaccionar.

— ¡Si no te callas, el que va a matarte soy yo!

La amenaza surtió efecto, y Codina pareció tranquilizarse.

Debo aclarar, en honor a la verdad, que Codina era un hombre entrado en años, por lo que sus fuerzas físicas no respondían a su indudable espíritu de luchador. Sin embargo, aquella noche nos vimos obligados a exigir de él un esfuerzo sobrehumano, ya que nuestra salvación dependía de la distancia que lográramos poner entre el campamento y nosotros durante la noche, corriendo a ratos, a paso ligero en otros momentos, permitiéndonos únicamente unos breves minutos de descanso cuando nos faltaba el aliento.

Durante más de tres horas llevé el naranjero a cuestas, pero su peso llegó a hacérseme insoportable y decidí tirarlo, quedándome con la pistola.

Al hacerse de día comprobamos que la suerte nos había acompañado. A nuestra izquierda teníamos una carretera de segundo orden, y no tardamos en divisar una flecha indicadora: "A Berlín".

Por todas partes veíanse ahora pequeños grupos de hombres que se dirigían a la capital de Alemania. La inmensa mayoría vestían de paisano, y todos presumían de haber estado en campos de concentración y de ser comunistas. Aquello era una verdadera torre de Babel: se escuchaba hablar en todos los idiomas. Un individuo, que por lo visto nos había oído hablar en castellano, se acercó a nosotros y chapurreó:

— ¿Españoles?

— Sí —contesté.

— ¿Trabajadores? —insistió.

— Sí, trabajadores —dije.

— Yo, judío —declaró. Y al oír a nuestros camaradas franceses hablar en su idioma, se dirigió a ellos en correcto francés—: ¿Dónde estabais vosotros?

— Trabajando en Varsovia —contestaron sin vacilar.

Aquel maldito judío había venido a complicarnos las cosas. Se empeñó en unirse a nuestro grupo, y a pesar de lo mucho que nos disgustaba su presencia tuvimos que admitirle como compañero de viaje, para no despertar sospechas.

Hacía casi veinticuatro horas que no comíamos absolutamente nada. Para colmo de males, a última hora de la tarde empezó a llover. Continuamos nuestra marcha, y al

anochecer llegamos a una aldea, atestada de gente. Cuando pretendíamos entrar en una de las casas, unos belgas nos cerraron el paso. Empuñaban unos recios garrotes y parecían dispuestos a utilizarlos sin contemplaciones.

Codina estaba completamente agotado y yo no le iba a la zaga. Nuestros rostros demacrados inspiraron una idea a los dos franceses: se dirigieron a los de la puerta y apelaron a sus buenos sentimientos diciéndoles que nos habían sacado de un campo de concentración, que nuestra condición física era deplorable y que necesitábamos un poco de descanso y de comida. ¿Acaso se mostrarían ellos más despiadados que los odiosos nazis?

El judío apoyó calurosamente la historia de nuestros camaradas, convencido de que si nos dejaban entrar a Codina y a mí entrarían todos… tal como efectivamente ocurrió.

Pasamos a una amplia cocina, en la que un belga frió para nosotros una gran cantidad de chuletas de cerdo. Comimos hasta saciarnos, y luego nos tumbamos a dormir sobre un montón de paja.

Por la mañana nos despertó una gran algarabía: un numeroso grupo de desplazados de todas las nacionalidades habían atacado a los dos guardianes, a los que habían molido a palos con los mismos garrotes que empuñaban, hasta el punto de que uno de ellos había muerto a resultas de la paliza. Nosotros nos libramos porque los recién llegados se lanzaron sobre la comida como fieras hambrientas, momento que aprovechamos para despistarnos. En medio de la confusión perdimos de vista al judío, con gran alivio por nuestra parte.

Enfilamos de nuevo la carretera. Poco después pasó junto a nosotros un convoy de camiones, a bordo de los cuales viajaban prisioneros franceses recién liberados. Agitamos los brazos en dirección a ellos, pero no se detuvieron. Sin embargo, al llegar al primer pueblo nos encontramos de nuevo con el convoy, que había hecho un alto. Nuestros dos camaradas franceses establecieron contacto con sus compatriotas, los cuales les dijeron que podían viajar con ellos. Pero, a la hora de montar, los franceses del camión se negaron a admitir españoles a bordo.

Entonces, nuestros camaradas se negaron a subir, si no lo hacíamos también nosotros.

— No vale la pena discutir —les dije—. Aprovechad la ocasión. Nosotros seguiremos a pie.

— ¡Ni hablar! —replicó uno de los franceses—. ¡O subimos todos, o nos quedamos todos en tierra!

Finalmente, uno de los jefecillos del convoy dio la orden:

— ¡Vamos, todos arriba!

Y así viajamos hasta las inmediaciones de Berlín.

Pasamos la noche en una casa abandonada. Dormimos en un sótano en el que había colchones y mantas. Nos despertamos muy tarde, y deliberamos acerca de lo que nos convenía hacer. Decidimos que lo mejor sería separarnos, puesto que un grupo de cinco hombres es más susceptible de llamar la atención. Pero, antes de hacerlo, uno de los franceses sacó de su macuto un fajo de billetes de cien marcos, completamente nuevos, que repartió entre todos.

Gracias amigo, no recuerdo tu nombre, pero nunca olvidaré tu cara ni tu generosidad. Muchas gracias.

La despedida fue muy emocionante ya que las vicisitudes vividas juntos en circunstancias tan terribles establecen unos sólidos lazos de amistad y de camaradería. Los dos franceses formaron un grupo, el Legionario y Codina otro. Yo reemprendí la marcha solo, sin miedo, dispuesto a llegar a mi querida España.

Las calles de Berlín estaban llenas de soldados rusos, en su mayoría borrachos como cubas, en busca de lo que más apetecían: relojes y bicicletas. Sin contar con los atropellos de que hacían víctimas a las mujeres, sin importarles su edad: vi con mis propios ojos muchachitas de doce años brutalmente violadas, y ancianas de más de sesenta que habían sido víctimas también de la lascivia de aquellos salvajes. Delante de una casa vi una hilera de soldados que hacían cola para gozar por la fuerza de los favores de una mujer, que murió en brazos de uno de ellos.

¿Quién era el responsable de que aquellos bárbaros cometieran tantas tropelías, tantas atrocidades, tantos crímenes, tantos robos, tantas violaciones?

Eran los nuevos amos de la capital de Alemania, un símbolo de los nuevos tiempos que se avecinaban.

No siempre es cierto aquello de que "el buey suelto bien se lame"; cuando me encontré solo, sin mis camaradas, en medio de lo que había sido una hermosa ciudad y ahora no era más que un montón de ruinas, me invadió una infinita tristeza.

Sin embargo, no podía dejarme vencer por el desaliento. La vida continuaba, a pesar de todo, y el instinto de conservación es el más arraigado en el hombre. De momento, tenía que tratar de llegar a casa de Margarita, la amiga de Cipriano Sastre, o a la de mi amiga Eva.

Berlín no tenía secretos para mí, pero el Berlín que estaba viendo ahora era un montón de escombros, entre los cuales resultaba difícil encontrar un punto de referencia. No obstante, eché a andar orientándome por el instinto hasta que localicé unos edificios que seguían en pie y que reconocí inmediatamente.

A partir de entonces, sabiendo ya el camino que debía seguir, mi marcha se hizo mucho más rápida, a pesar de las exigencias de mi estómago, completamente vacío.

Por fortuna, el barrio donde vivía Eva había sido uno de los menos afectados por los bombardeos. Había bastantes inmuebles en pie, y en ellos se apiñaban las familias como las abejas en la colmena.

Llamé a la puerta del piso de Eva. Tuve que repetir la llamada y finalmente, con muchas precauciones, alguien entreabrió la puerta y asomó la cabeza. Era la hermana de Eva, la cual me reconoció al instante y abrió la puerta, susurrando:

— Pasa Miguel… Aprisa, aprisa…

Una vez dentro, y después de cerrar cuidadosamente la puerta, la hermana de Eva me condujo directamente a la cocina. Sin pronunciar una sola palabra sacó un trozo de pan y unas rodajas de mortadela, que empecé a devorar mientras ella me miraba con ojos compasivos y asombrados al mismo tiempo. Sus primeras palabras me explicaron el motivo de aquella actitud.

— Todos estábamos convencidos de que habías muerto —dijo—. Encontramos a Margarita, que había hablado con algunos amigos suyos que lucharon en el mismo lugar que tú, y todos coincidían en asegurar que el jefe de los españoles había perdido la vida allí.

— Pues aquí me tienes, vivito y coleando —dije, fingiendo una jovialidad que en modo alguno podía sentir—. En España solemos decir que mala hierba nunca muere…

— Mi madre y mi padrastro están fuera y no regresarán hasta mañana. Y Eva está con unos oficiales rusos que han organizado un banquete. Gracias a esos oficiales hemos conseguido un poco de comida. ¿Tienes más hambre?

Me avergonzaba tener que confesarlo, pero mi expresión debió ser lo suficientemente explícita, ya que la muchacha, sin pronunciar palabra, colocó encima de la mesa pan, mermelada, margarina y una lata de carne. Comí hasta hartarme.

— Voy a buscar a Eva —dijo la muchacha a continuación.

Apoyé los brazos sobre la mesa y la cabeza en ellos… y me quedé dormido. Desperté cuando llegaron Eva y su hermana.

Las dos muchachas empezaron a contarme las dificultades, las vejaciones y las amarguras que llenaban su vida desde que el ejército ruso se había hecho dueño de la ciudad.

— Miguel, tenemos que salir de aquí sin pérdida de tiempo —me dijo Eva—. Mi padrastro era enemigo del nacionalsocialismo; nunca había dicho nada, pero ahora no

hace más que denunciar a nuestros camaradas; muchos han sido detenidos ya por culpa suya, y está pendiente de todo lo que hacemos. Hoy dormirás aquí, y mañana a primera hora nos marcharemos a casa de Margarita. Allí está Taño. Pero antes iremos a casa de mi tía, donde se encuentra mi hermana menor: allí no correrás ningún peligro, todos son camaradas.

Apenas había amanecido cuando nos despedimos de la hermana de Eva y salimos a la calle. Eva se cogió de mi brazo y echamos a andar. A aquella hora, la ciudad aparecía desierta; no había un solo soldado ruso a la vista. Tardamos más de dos horas en llegar a nuestro punto de destino.

La tía de Eva era una mujer eminentemente práctica. No perdió tiempo en inútiles lamentaciones.

— Hay que aceptar las cosas tal como vienen, Miguel. Lo primero que tienes que hacer es cambiarte de ropa y adecentarte un poco; no puedes andar por ahí vestido de militar y con esa barba… Guardo todavía algunos trajes de mi difunto marido que te pueden servir.

Después de afeitarme y de darme un buen baño me sentí mucho mejor. El traje del difunto tío de Eva no me caía como hecho a medida, precisamente, pero serviría para salir del paso. Lo único que conservé fueron las botas, puesto que andaba muy cómodamente con ellas y sus cañas quedaban ocultas por la pernera de los pantalones.

Pasamos el día y la noche en aquella casa. El descanso me sentó maravillosamente, puesto que me permitió reponer fuerzas e introducir un poco de orden en mis ideas.

El día siguiente amaneció con un cielo despejado, completamente limpio de nubes. Después de tomar una sopa caliente que nos había preparado la tía de Eva, salimos en dirección a casa de Margarita. Berlín continuaba desierto; en muy raras ocasiones nos cruzábamos con algún transeúnte. No podía haber encontrado mejor guía que Eva, ya que conocía el camino a la perfección, a pesar de los montones de escombros con los que tropezábamos continuamente y que a veces teníamos que escalar como verdaderos alpinistas.

El inmueble en el que vivía Margarita era uno de los pocos que permanecían en pie en un barrio en el que todo eran ruinas, hierros retorcidos, escombros y desolación. Margarita y Taño vivían en el último piso. Cuando llamé a la puerta, oí la voz de Taño en el interior, diciendo: "Margarita, están llamando". Fue ella la que abrió la puerta, y al verme exclamó:

— ¡Miguel! ¡Dios mío! ¿De veras eres tú?

Taño, que estaba acostado, se levantó de un salto y acudió corriendo a mi encuentro. Me abrazó, sin dejar de repetir con voz quebrada por la emoción:

— ¡Estás vivo! ¡Estás vivo!

Cipriano Sastre Fraile había nacido en un pueblo de la provincia de Segovia, La Granja, donde sus padres tenían una carnicería. Falangista, pero demasiado joven para combatir durante nuestra guerra civil, había sido testigo de todos los combates que tuvieron lugar en La Granja, situada en primera línea, especialmente los que se desarrollaron en torno a la "Atalaya" y la Casa de las Vacas. Un simple aperitivo comparado con lo que había sucedido en Berlín.

Tras las primeras efusiones, le pregunté:

— ¿Qué pasó cuando te envié con aquel parte?

— Fue algo terrible, puedes creerlo. Aquello era un verdadero infierno, con cañonazos, explosiones gritos y lamentos por todas partes. No conocía las calles y el polvo y el humo me impedían orientarme, pero a pesar de todo logré llegar al puesto de mando. La respuesta fue redactada por un coronel que, sin haberse fijado en mi graduación, decía: "El alférez portador de la presente orden la ampliará de palabra". Sin embargo, cuando traté de regresar me fue imposible hacerlo. Afortunadamente, encontré a un grupo de franceses de la División Carlomagno que luchaban como titanes defendiendo sus posiciones en un sector contiguo al parque zoológico.

Taño se mostraba muy satisfecho de haber luchado con los camaradas franceses.

— Eran unos tíos formidables y luchaban como leones. El capitán que los mandaba me dijo que te conocía y que había hablado contigo en varias ocasiones. No sé qué habrá sido de ellos. Cuando la defensa se hizo imposible el capitán ordenó la retirada y cada uno escapó por donde pudo. No he vuelto a ver a ninguno de ellos.

Nada más llegar le había preguntado a Taño si tenía cigarrillos. Con gran asombro por mi parte, sacó una caja de cartón de gran tamaño llena de paquetes de tabaco. Me explicó que en los momentos de confusión que precedieron a la entrada de los rusos, había localizado un depósito de intendencia y había cargado con una gran cantidad de tabaco, patatas, embutidos, mermelada y margarina. Tenía de todo y en gran cantidad.

— Lo suficiente para pasar una buena temporada —me dijo con orgullo.

Quedamos de acuerdo en que al día siguiente nos reuniríamos en casa de la tía de Eva para ir los cuatro al Instituto Ibero Americano y enterarnos de la suerte que había corrido el general Faupel y su esposa.

Taño llenó un macuto de víveres para nosotros y nos preparó unos bocadillos.

Nos marchamos antes de que oscureciera, ya que con las primeras sombras de la noche los soldados rusos iniciaban la requisa de mujeres, tomándolas por las buenas o por las malas, lo mismo si iban solas que acompañadas.

La tía de Eva nos recibió con tanto afecto como preocupación, ya que durante todo el día había estado temiendo que hubiésemos caído en manos de alguna patrulla rusa. Cuando le entregué el macuto con los víveres se abrazó a mí y me llenó de besos, repitiendo sin cesar:

— ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Le dijimos que al día siguiente Taño y Margarita vendrían a buscarnos para ir al Instituto Ibero Americano.

La noche anterior había dormido de un tirón, pero aquella segunda noche no pude conciliar el sueño.

Poco después del amanecer llamaron a la puerta. Salté de la cama y fui a abrir sin pensar que podía tratarse de una patrulla rusa; afortunadamente, eran Taño y Margarita. No tardamos ni cinco minutos en hacernos un lavado de gato y vestirnos.

Eva y Margarita, que conocían el terreno mucho mejor que nosotros, nos sirvieron de guías, permitiéndonos salvar todos los obstáculos, los escombros que formaban montañas y las patrullas de vigilancia. Poco antes del mediodía llegamos al Instituto. El edificio estaba intacto, pero sus dependencias habían sido saqueadas. En la biblioteca no había un solo libro en las estanterías, todos estaban tirados por el suelo o en el jardín. Las sillas y sillones aparecían destrozados. Al principio creímos que no había nadie. Recorrimos varios salones sin encontrar a nadie, hasta que de repente, cuando nos disponíamos a bajar las escaleras de un sótano, aparecieron uno de los doctores, la señorita Templin —secretaria de la señora Faupel— y una muchacha peruana, hija de unos alemanes que residían en el Perú. Los tres se quedaron muy extrañados al verme, y me di cuenta de que mi visita no era grata, sobre todo para el doctor que, sin venir a cuento, dijo:

— Cuando entraron los rusos lo registraron todo y en el despacho del doctor Arrizubieta encontraron su uniforme militar. Nos reunieron a todos y quisieron saber a quién pertenecía aquel uniforme. Nos libramos por verdadero milagro de que nos mataran a todos. Por eso no considero prudente que esté usted aquí, ya que si vuelven y le encuentran lo pagaremos nosotros.

Intercambié una mirada con Taño, mientras aquel individuo desaparecía rápidamente. Al quedarse solas con nosotros, las dos muchachas nos contaron lo que sabían del matrimonio Faupel.

Un estudiante chileno había logrado llegar al chalet que los Faupel poseían cerca de Potsdam y había hablado con la hermana del general y con los criados: el general y su esposa habían muerto.

Aproveché la ocasión para apoderarme de algunos papeles timbrados y para confeccionarme un documento de identidad a nombre de Fernando Reyes Calvo, nacido

en Córdoba, Argentina, que cursaba estudios en aquel Instituto.

Al salir de allí nos sentamos en las ruinas de un chalet vecino y dimos buena cuenta de los bocadillos que Margarita había traído a prevención.

Reemprendimos la marcha en silencio. Esquivando a las patrullas rusas de vigilancia, llegamos sin novedad a la casa de la tía de Eva. Allí nos despedimos de Margarita y de Taño hasta el día siguiente. Le entregué a Taño los papeles que había requisado en el Instituto, convencido de que estarían más seguros si los guardaba él, ya que yo no sabía a dónde iría a parar ni lo que iba a hacer.

Pasé una noche intranquila. Los últimos acontecimientos habían desquiciado mi sistema nervioso, y mi moral estaba por los suelos. El presente estaba lleno de sombras, y el futuro se presentaba muy problemático. Di vueltas y más vueltas en la cama, sin poder pegar un ojo…

Para complicar más las cosas, Taño no acudió a la cita que tenía conmigo, ni por la mañana, ni por la tarde, ni por la noche.

¿Qué había pasado? ¿Habría caído en manos de los rusos?

Lo único que podía hacer era esperar. Pero transcurrieron otras veinticuatro horas sin que Taño diera señales de vida.

Por fin decidimos que Eva fuera a casa de Margarita en busca de noticias. Quise acompañarla, pero su tía nos hizo una serie de reflexiones, todas ellas lógicas, y me convenció para que la dejara ir sola. Las horas se me hicieron interminables hasta que Eva regresó para decirme que Taño y Margarita no estaban en su casa. Por lo visto, el día que estuvimos en el Instituto, Taño había recogido una fotografía de Hitler que alguien había tirado a un montón de basura y la había colocado en su cuarto. Uno de los vecinos le había visto y denunciado a los rusos, los cuales se presentaron en la casa, y al ver que nadie respondía a su llamada forzaron la puerta y lo destrozaron todo. Cuando Taño y Margarita regresaban a su casa, una vecina íntima amiga de Margarita les esperaba en la calle para ponerles en antecedentes de lo ocurrido, y la pareja se marchó con rumbo desconocido. Ya no volvería a saber nada de Cipriano Sastre (Taño) hasta llegar a España.

Además de mi preocupación por la suerte personal de Taño, con él habían desaparecido los papeles timbrados que había requisado en el Instituto Ibero Americano y que podían serme necesarios. Le propuse a Eva efectuar otra visita al Instituto, y ella aceptó. Lo hicimos al día siguiente. Entré por una ventana, cogí unos cuantos papeles timbrados y dos tampones, sin que me viera nadie. Eva se había quedado en el jardín, vigilando. Regresamos a casa sin novedad.

Durante el tiempo que había permanecido en Berlín había conocido a hombres y mujeres de todas las categorías sociales y de todas las cataduras morales. Pero recordaba con afecto especial a la amiga de Martín de Arrizubieta, una mujer canaria que había

perdido a su marido en el frente del Este y que era madre de tres niñas de corta edad. Había hablado con ella varias veces y me habían impresionado su bondad y la dulzura de su carácter. ¿Qué habría sido de ella? Decidí visitarla por si podía prestarle alguna ayuda. Hablé de ello con Eva y le pareció magnífico: iríamos a verla.

Pero aquel día la suerte no nos acompañó. Poco después de haber salido de casa caímos en manos de una patrulla rusa que, sin explicaciones de ninguna clase, nos condujo a un sótano en el que había un numeroso grupo de hombres y mujeres en las mismas condiciones que nosotros.

A medida que transcurrían las horas sin que nadie se ocupara de nosotros, nuestra inquietud iba en aumento. Y en los rostros de todos los que compartían nuestro encierro en aquel sótano de una casa derruida se reflejaba la misma inquietud. La casualidad hizo que Eva y yo fuéramos a sentarnos —en el suelo, desde luego— junto a dos alemanes que hablaban portugués. Cuando me dirigí a ellos en español se mostraron algo reticentes, pero no tardaron en dejar de lado sus suspicacias y poco después se había establecido entre nosotros una verdadera corriente de simpatía. Siempre recordaré sus nombres: Guillermo Doms y Otto Sinker.

Era más de media tarde cuando se presentaron varios oficiales acompañados de un comisario político. Empezaron a interrogar a todos los que estábamos allí. Me llamó la atención el hecho de que todos llevaran unos uniformes impecables; iban perfectamente afeitados, además, y alguno incluso olía a perfume. Sus preguntas fueron sumamente correctas, sin gritos ni abusos de autoridad. A medida que tomaban declaración a los detenidos les iban soltando, ya que prácticamente todos ellos eran alemanes. Cuando llegó nuestro turno, Otto, Guillermo y yo declaramos que éramos americanos. Al oír la palabra "americano", el comisario dijo: "Estra".

Cuando todos los detenidos habían sido puestos en libertad, el comisario se dirigió a nosotros y nos dijo que seríamos conducidos a una casa en la que podríamos pasar la noche, y que seríamos repatriados en cuanto las circunstancias lo permitieran.

La "casa" en cuestión resultó ser un barracón situado en la parte exterior de las alambradas de un campo de prisioneros. Al llegar nos suministraron un trozo de pan negro y una ración de azúcar.

Otto y Guillermo sacaron de su macuto un mapa de Alemania. Lo desplegamos en el suelo y empezamos a señalar el itinerario para trasladarnos a Suiza. Ellos llevaban sus pasaportes brasileños en regla; yo únicamente aquel documento con el membrete del Instituto Iberoamericano, y Eva otro acreditando que era mi esposa. Eva también quería salir de Alemania.

Los rusos no nos dieron tiempo a llevar adelante nuestros planes. A la mañana siguiente nos condujeron a los cuatro a un inmueble que servía de alojamiento a una Compañía de soldados y a un grupo de oficiales.

Allí encontramos a otras cuatro personas que también esperaban ser repatriadas: un sargento de aviación norteamericano, un sacerdote polaco y dos sargentos ingleses.

El mismo día de nuestra llegada, Guillermo, que hablaba perfectamente el inglés, se hizo amigo de aquellos dos militares ingleses a los que tanto tendríamos que agradecer más tarde. Su comportamiento fue de lo más digno y caballeroso que imaginarse pueda.

Otto llevaba en su macuto una buena provisión de té. Creo que aquel té, que los ingleses compartieron con nosotros, fue lo que nos ganó definitivamente su amistad: por lo visto, hacía varios meses que no habían podido probar lo que para ellos constituye la bebida nacional.

Bebimos y fumamos, hablamos de lo humano y de lo divino; los ingleses no hacían más que quejarse de los rusos, aliados suyos a fin de cuentas, asegurando que preferían ser prisioneros de los alemanes que liberados por los rusos, y que el pueblo inglés nunca debió hacer la guerra contra Alemania, ya que los verdaderos enemigos de Inglaterra y de todo el Occidente eran los rusos.

Estábamos en la primera quincena de mayo. El tiempo transcurría con una lentitud desesperante. Los rusos, muy parsimoniosos, sólo repatriaban a pequeños grupos, alegando la falta de medios de transporte. Pero nosotros veíamos centenares de camiones que salían camino del Este cargados de maquinaria de las industrias alemanas que eran desmanteladas con gran rapidez.

Una de las cosas que seguían preocupándome era la suerte que había podido correr el matrimonio Faupel. Me habían informado de su muerte, pero ardía en deseos de confirmar la noticia y, si era cierta, conocer más detalles. Los dos sargentos ingleses habían entablado cierta amistad con el comandante Jefe del Sector, y por mediación de ellos pude obtener un salvoconducto que con mi nuevo nombre me permitiría llegar hasta la casa de los Faupel.

El salvoconducto decía:

EL CIUDADANO ARGENTINO FERNANDO REYES CALVO ESTA AUTORIZADO POR LA MISIÓN CENTRAL S.I.P. PARA CIRCULAR POR LA CIUDAD DE BERLÍN Y SUS ALREDEDORES HASTA LAS 21 HORAS DEL DÍA 26 DE MAYO DE 1945.

El Jefe de la Oficina de Estado Mayor,

Firmado: ALEXIEP

Salí con Eva a primeras horas de la mañana del 26 de mayo con las bicicletas que nos habían prestado. Yo no conocía el camino: ella sería mi guía. Circular en bicicleta resultaba complicado y difícil, debido al mal estado de las calles y carreteras; además, nos vimos en más de un aprieto a causa de la obsesión que los rusos parecían sentir por las bicicletas, las cuales requisaban sin reparar en medios. Gracias a mi salvoconducto

pudimos llegar al chalet en el que habían vivido los esposos Faupel. Ofrecía un aspecto de total abandono, y llamé a la puerta principal por pura rutina, convencido de que nadie acudiría a abrirme. Júzguese, pues, cual no sería mi sorpresa cuando la puerta se abrió y apareció ante mí el rostro de Daniel Parra. También él quedó asombrado al verme, hasta el punto de que fue incapaz de pronunciar una sola palabra.

— ¿No saludas a los amigos? —le pregunté.

— Perdone, mi capitán —murmuró finalmente—. De repente he creído ver un fantasma. Estaba convencido de que usted había muerto… Pero, pasen, pasen… Vivo aquí con la hermana del general, Margarita Faupel, que ya ha cumplido los sesenta años y está algo delicada de salud. Le supongo enterado ya de la muerte del general y de su esposa…
—Sí. ¿Cómo ocurrió?

— Se suicidaron el día 1 de mayo, en un chalet propiedad de un médico con el que les unía una gran amistad y que también tomó la ampolla de cianuro con ellos. Ocurrió poco antes de que los soldados rusos asaltaran el chalet. Desde aquí vi salir a uno de aquellos salvajes luciendo sobre su mugriento capote todas las condecoraciones del general. Fue algo horrible…

Afortunadamente, Daniel Parra había podido destruir su documentación y reemplazarla por otra.

En la casa tenían un saco de arroz y algo de grasa para guisarlo. De modo que la hermana del general nos invitó a comer con ellos. Me enseñó también el testamento que su hermano había redactado antes de morir. Estaba escrito a lápiz y en él legaba todos sus bienes a la señorita Faupel y, en caso de fallecimiento de ésta, al matrimonio que con tanto cariño y lealtad les había servido. Comimos en el jardín, situado en la parte trasera, y cuando terminamos Daniel Parra se preparó para venir con nosotros. La señorita Faupel me regaló una maleta de cuero con un traje y otras prendas de vestir que habían pertenecido al general.

Regresamos a Berlín sin novedad. Presenté a Parra a mis amigos, y desde aquel momento pasó a formar parte de nuestro grupo. Debo añadir que también él se había convertido en argentino.

La espera se nos hacía interminable. En una de sus salidas, Parra se encontró con uno de los nuestros, un soldado que había pertenecido a mi unidad, gallego, de Monforte de Lemos. En los últimos momentos se había despistado y se había quedado en el Ministerio del Aire. Le contó a Parra que un grupo de españoles había colocado una bandera con la hoz y el martillo, en el edificio que había sido la Embajada de España. Y también que me "estaban buscando, en colaboración con la policía rusa. La noticia no me impresionó: si no me atrapaban durmiendo, moriría matando, ya que aún conservaba la pistola Walther con dos cargadores y algunas balas repartidas por mis bolsillos. Aquellos esbirros que se habían unido a los comunistas españoles y colaboraron con los rusos,

habían trabajado en el servicio de Falange con al doctora Faupel, y tres de ellos ocuparon luego cargos en Sindicatos, concretamente en Madrid.

Una noche, finalmente, llegó la gran noticia: al día siguiente, a primera hora de la mañana, un camión nos trasladaría a Magdeburgo.

CAPÍTULO VII

En el último momento se había complicado la situación.

Los datos que había dado a los rusos eran los de Fernando Reyes Calvo, súbdito argentino. Cuando llegó el camión que había de transportarnos a Magdeburgo, el oficial ruso que leía la lista dijo que yo no podía salir, ya que Argentina era un país fascista, gobernado por un general[17]. Todos habían montado y yo seguía en tierra, y a pesar de las protestas de mis camaradas el oficial ruso se hacía el sordo y continuaba dando órdenes. Entonces saltó del camión uno de los sargentos ingleses que había convivido con nosotros y se encaró con el ruso, llegando a empujarle. El oficial ruso no reaccionó. Yo temía lo peor, pero en aquel momento, mientras el inglés apabullaba al ruso, Guillermo Doms me alargó su mano y con su ayuda trepé a la caja y me instalé en una de las tablas que servían de asiento.

El sargento inglés que se había apeado llamó a su camarada para que le ayudara a montar. El oficial ruso se retiró y yo exhalé un suspiro de alivio. Finalmente, el camión emprendió la marcha, y sin parar ni una sola vez llegamos a Magdeburgo, junto al río Elba. En la otra orilla estaba el ejército inglés. Aquel día lo pasaríamos con los rusos, y a la mañana siguiente vendrían a buscarnos los camiones del ejército inglés.

Ninguno de nosotros pegó un ojo en toda la noche. Los dos sargentos ingleses no dejaron de hablar hasta que se hizo de día. Las horas se nos hicieron interminables. Finalmente, Daniel Parra nos trajo la buena noticia: los camiones habían llegado. Salimos al portal y los vimos. Sin embargo, yo no las tenía todas conmigo: en el último minuto podía fallar algo…

El oficial inglés que iba al mando de la expedición se acercó a nosotros y saludó con verdadero afecto a los dos sargentos. Conversó con ellos, mientras nosotros nos manteníamos a una prudente distancia. Luego, el oficial se aproximó a nuestro grupo con cara sonriente y nos dijo:

— Prepárense para salir dentro de diez minutos.

Guillermo Doms le contestó en su idioma:

— Ya estamos preparados, señor.

El oficial nos señaló un camión.

— Suban —dijo.

Una mujer montada en una bicicleta fue interceptada por un oficial ruso que la obligó a apearse y de un tirón le arrancó la bicicleta de las manos. Pero el oficial inglés siguió el mismo procedimiento, arrancándosela a su vez de las manos al ruso y devolviéndosela a su dueña. El oficial ruso empezó a gritar y a gesticular, pero el inglés, con una fusta en la mano y sin inmutarse lo más mínimo, siguió dando órdenes para el embarque en los camiones. Un capitán francés servía de intérprete y traducía al ruso las órdenes del oficial inglés.

Cuando crucé el puente sobre el Elba y vi ondear la bandera inglesa, experimenté una de las emociones más intensas de mi vida. Había dejado atrás la roja, con la hoz y el martillo, y me sentía libre a la sombra de aquella bandera que en otros momentos no hubiera vacilado en pisotear y que ahora habría besado de buena gana.

Los dos sargentos ingleses se habían separado de nosotros. De nuestro grupo quedamos solamente Guillermo, Otto, Daniel y yo. Nos alojamos en un piso, en espera de tomarnos los datos para conocer nuestro punto de destino.

Disponíamos de dos habitaciones con camas; en una de ellas se instalaron los dos alemanes, y en la otra Daniel y yo. Los ingleses nos habían entregado varias latas de conservas. Las abrimos y acabamos con su contenido, ya que hacía más de veinticuatro horas que no probábamos bocado.

Después de que nos habíamos tumbado en nuestras camas, hartos y tranquilos, tratando de descansar, se presentaron los dos sargentos que habían viajado con nosotros, cargados de latas de conservas y de tabaco. Habían venido a despedirse, ya que al día siguiente salían en avión hacia Inglaterra. Uno de ellos me dio su dirección, que quise conservar pero que se me extravió; pero siempre le recuerdo con el mayor afecto, pues estoy convencido de que de no mediar su intervención me hubiera quedado en Berlín para siempre, en manos de los rusos.

Recuerdo un incidente que pudo habernos dejado en muy mal lugar, pero que afortunadamente no pasó a mayores. Habíamos terminado las pastillas para calentar, y Guillermo quiso aprovechar una ventana para hacer fuego, haciendo astillas de la madera, ya que estaba desprendida de su marco y tirada en un rincón. Al día siguiente, cuando el oficial inglés pasó revista, se encaró con nosotros y nos reprochó en términos violentos lo que habíamos hecho, para terminar diciendo:

— ¡Son ustedes iguales que esos perros de la estepa!

Guillermo le explicó lo que había ocurrido, asegurando que no había tenido la intención de destrozar nada, sino únicamente de aprovechar lo que ya estaba destrozado.

El oficial pareció convencerse de nuestra buena fe y, en tono más suave, nos dijo:

— Esta pobre gente ya ha padecido bastante. Si no respetamos lo poco que les queda, su ruina será total.

No volvió a tener queja de nosotros, ya que durante los días que permanecimos allí procuramos tenerlo todo lo mejor arreglado posible, sabiendo que lo que nos había dicho el oficial era la pura verdad.

Uno de los días recibimos la visita de un grupo de oficiales norteamericanos. Eran periodistas. Uno de ellos, con las insignias de comandante, hablaba un castellano casi perfecto.

— ¿Quién de ustedes es argentino? —inquirió.

— Nosotros —contesté, señalando a Daniel.

— ¿Conocieron al matrimonio Faupel, del Instituto Iberoamericano?

— Sí, tuvimos ese honor.

— ¿Cómo se llama usted?

— Fernando Reyes Calvo.

— ¿Y su compañero?

— Daniel Parra Redondo.

— ¿Conocía usted a un español que iba mucho por el Instituto, muy amigo del general Faupel y de su esposa, y que era el jefe de los españoles que, encuadrados en las SS, defendieron, según nuestras noticias, la Cancillería?

— No tenemos ni idea. ¿Sabe usted su nombre?

Sacó un cuaderno de notas de su bolsillo y leyó:

— Miguel Ezquerra.

Ni un sólo músculo de mi rostro se alteró. Permanecí impasible. Daniel, en cambio, palideció intensamente. Guillermo y Otto no hicieron el menor gesto que pudiera delatarme. El único que podía haberme comprometido, sin querer, naturalmente, era Daniel.

El comandante continuó hablando, piropeando a la raza hispana. Habló de la bravura con que habían luchado los españoles en Berlín, y se refirió en varias ocasiones a Miguel Ezquerra calificándole de "tío macanudo". Pero yo seguí aguantando el tipo como Fernando Reyes. El comandante—periodista repitió varias veces que si localizaba a Ezquerra le ayudaría en todo lo que estuviera a su alcance.

Siempre me ha quedado la duda de si no me habría traído más cuenta decirle la verdad…

Cuando se marcharon aquellos hombres, Daniel me rogó que le perdonara por haber estado a punto de comprometerme, pero que no había sido capaz de dominar su nerviosismo. Le prohibí que volviera a hablar del asunto. En cuanto a Guillermo y Otto, se limitaron a darme una palmada en la espalda, sin hacer ningún comentario.

Por fin llegó la orden de marcha. Viajamos en tren hasta Lieja, Bélgica, y allí nos alojaron en el llamado Refugio de Repatriados.

En aquel refugio volví a encontrarme con un español nacido en Ceuta, apellidado Toledo, del cual ya he hablado en otro capítulo de este libro. Había sido confidente de la *Gestapo*, denunciando a los españoles que trabajaban en Berlín, y que se dedicaban al mercado negro o hablaban mal del régimen hitleriano. También él me reconoció y me saludó con aparente cordialidad. Me mostré correcto, pero no quise dejar pasar la ocasión de demostrarle que no me chupaba el dedo.

— Toledo —le dije—, los dos estamos en la cuerda floja, tú por haber trabajado con la *Gestapo*, y yo por haber sido el jefe de los españoles que lucharon en Berlín. Pero a esta gente le interesan más los agentes de la *Gestapo* que nosotros. De modo que, si sabes lo que te conviene, olvídate de mí.

El mismo día de nuestra llegada fuimos sometidos a un reconocimiento médico. Tuve que desnudarme de cintura para arriba y el doctor me mandó poner los brazos en cruz. Me dio unos golpecitos en el pecho, por pura fórmula, y me despidió con una palmada en la espalda.

— Puede marcharse, está muy fuerte.

Lo único que le interesaba era comprobar si alguno de nosotros, llevaba el tatuaje de las SS.

Del consultorio del médico pasé a otra oficina, donde me preguntaron:

— ¿Es usted deportado argentino?

— Sí.

— ¿Cómo se llama?

— Fernando Reyes Calvo.

— ¿Natural de?

— Córdoba, Argentina.

Con mi tarjeta de deportado político ya estaba documentado. Esto me dio cierta tranquilidad, aunque todos aquellos trámites me dejaron sin probar bocado. Mis

compañeros de viaje también recibieron su tarjeta, a pesar de que los dos alemanes, Guillermo y Otto, tenían su pasaporte brasileño.

Al día siguiente salimos hacia Bruselas. Se había unido a nosotros un chileno, químico de profesión, que había trabajado en Alemania y que despotricaba sin ninguna reserva contra los Aliados. Había conocido y había sido amigo del matrimonio Faupel. Y también un judío, que decía ser norteamericano, pero que sólo conocía tres o cuatro palabras inglesas. Llevaba una fotografía de un oficial norteamericano que enseñaba a cuantos soldados y oficiales preguntaban: "¿Hay aquí algún americano?" Cuando nosotros decíamos que éramos americanos, inquirían: "¿De qué parte?" Y al decirles que éramos argentinos y brasileños nos miraban con desprecio, y algunos incluso escupían al suelo. Para ellos, los hispanoamericanos eran unos seres despreciables. El judío que viajaba en nuestro compartimiento era el único que recibía chocolatinas y cigarrillos, sin que nos ofreciera ni un pitillo. El otro "agregado" era un alemán que había nacido en Brasil; le faltaba la visión en un ojo, por cuyo motivo no había podido incorporarse al ejército. No cesaba de lamentarse amargamente por no haber podido luchar como soldado de las SS.

Llegamos a Bruselas al atardecer y nos enviaron a un centro de repatriados políticos. Daniel Parra y yo decidimos presentarnos en el Consulado español para explicar nuestra situación.

En aquel centro había otros españoles. Ni me conocían ni les conocía. Pero al oírnos hablar se acercaron a nosotros y entablamos diálogo.

Sin demostrar excesivo interés, preguntamos dónde se encontraba el Consulado. Uno de ellos Tomás Garzón, se ofreció a acompañarnos.

Por el camino nos explicó cómo estaba la situación en Bruselas. Allí trabajaban todos los servicios de información, ingleses, norteamericanos y rusos. Los dos españoles con los que acabábamos de hablar en el centro de repatriados eran comunistas arrepentidos: uno de ellos había sido Comisario de División, y el otro teniente con Líster. Garzón nos puso en antecedentes de todo.

Cuando llegamos al Consulado y entré en el vestíbulo, los que esperaban allí, al verme, se pusieron en pie y me saludaron brazo en alto. Contesté maquinalmente al saludo.

Eran ex soldados de mi unidad.

Alguien informó al cónsul de lo que había ocurrido, y aquel buen señor envió al canciller para que me acompañara a su despacho.

Cuando entré, el cónsul me invitó a sentarme.

— Tenía noticias de usted —empezó diciendo— por otros compatriotas que han pasado por aquí… Por dondequiera que va nos compromete usted…

No estaba dispuesto a tolerar que me hablara en aquel tono. Sin dejarle terminar, me puse bruscamente en pie, apreté los puños, le miré fijamente a los ojos y…

— Creo que no me ha entendido bien, o quizás no he sabido explicarme —se apresuró a añadir el cónsul—. Lo que quería decir es que estamos pasando por unos momentos muy difíciles. No nos pierden de vista, abundan las denuncias contra nosotros… Los exiliados tienen unos servicios consulares paralelos. Ellos están protegidos por las autoridades y son los que cortan el bacalao. A nosotros nos toleran, simplemente…

Al salir del despacho del cónsul, terminada la entrevista, un caballero desconocido se acercó a mí, me cogió del brazo y, sin pronunciar palabra, me hizo subir al primer piso y me introdujo en su despacho. Después de cerrar la puerta, me invitó a sentarme.

— Soy como tú y pienso como tú: soy falangista, en una palabra —me espetó de buenas a primeras.

De momento, no supe qué contestar. Para disimular mi desconcierto, me decidí a contarle mi entrevista con el cónsul. Me escuchó sin hacer ningún comentario.

Cuando terminé, me dijo:

— Estoy a tu disposición para todo lo que necesites y esté a mi alcance. No voy a negarte que estamos pasando unos momentos difíciles, pero los hubo peores. ¿Dónde estás ahora?

— En el centro de repatriados políticos. Aquí tengo la tarjeta que me dieron en Lieja.

Estaba hablando con Graciano Cantelí, asturiano y falangista, pero por encima de todo caballero español.

— Supongo que no tendrás ni para tabaco…

— ¡Imagínate! Aunque el tabaco es lo de menos, ya que nos dan unos cuantos cigarrillos al día, donativo de los norteamericanos para los refugiados políticos.

— Pero, tendrás que tomar un café, o una cerveza…

Y me obligó a aceptar unos francos de los que no andaba muy sobrado, precisamente.

Durante los días que permanecí en Bruselas procuré por todos los medios utilizar mi carta de refugiado político que me identificaba como Fernando Reyes Calvo, natural de Córdoba, Argentina. Al enterarme de que hacía unos días que había llegado el nuevo embajador argentino, pensé que quizás él me prestara su apoyo cuando le dijera que era compatriota suyo y que deseaba regresar a mi país. Medité cuidadosamente la historia

que tenía que contarle… pero por lo visto no poseo cualidades de actor, ya que el señor embajador me dijo lisa y llanamente, tras escuchar mi relato, que no creía una sola palabra, y que lo único que podía hacer era consultar mi caso con el embajador de España.

Al día siguiente, cuando llegué al Consulado, Cantelí me estaba esperando. Me hizo subir a su despacho y me habló de la entrevista que habían sostenido los dos embajadores.

— Tienes que andar con pies de plomo. Nuestro embajador es una gran persona, pero no puedo decir lo mismo del Cónsul, y creo que ese embajador argentino es un liberaloide que ha llegado dispuesto a hacer méritos. Hoy vamos a almorzar con un amigo y camarada nuestro que reside en Bruselas desde hace muchos años y tiene una clínica dental.

Y Cantelí me llevó a casa de Villapol, el cual nos esperaba con una suculenta comida, regada con vino de marca. Un tocadiscos amenizó el ágape con música española: jotas, flamenco, sardanas…

Cuando salí de aquella casa era noche cerrada. Me habían hablado de las vicisitudes que habían pasado antes de la guerra de España, durante la guerra y después de la guerra, y de su situación en aquellos momentos, un tanto delicada. Pero nunca claudicarían. Eran auténticos falangistas y nada podría cambiarles.

La situación en Bruselas no era clara para mí. Si bien es cierto que siempre conté con el apoyo incondicional de Graciano Cantelí, no hay que olvidar que allí no había más justicia que la impuesta por los que querían hacer méritos a los ojos de los ocupantes. Sin embargo, no me preocupaba en absoluto el peligro personal que pudiera correr: ni me ocultaba ni me callaba. Supongo que, enfrentado a una situación—límite, había perdido el miedo físico, y un hombre en estas condiciones es peligroso para todos.

En el local donde estábamos alojados, una gran sala en la que dormían hombres y mujeres, conocía dos españoles que habían luchado en la zona republicana. Uno había sido teniente con Líster y el otro comisario político de División. Los dos se habían afiliado al Partido Comunista durante la guerra. El teniente era de Madrid, el comisario de Barcelona. Los dos estaban desengañados del "paraíso socialista".

Un día, mientras estábamos sentados ante una mesa del comedor, se presentó un grupo de "resistentes" belgas acompañados de una mujer que en Berlín había sido la amante de Alejandro Vázquez, mi asistente. Se dirigieron directamente a nuestra mesa y uno de ellos apoyó su pistola ametralladora contra mi espalda y me llamó por mi nombre: "¡Miguel Ezquerra!" Volví la cabeza, le miré con fijeza y le dije: "¿Se ha vuelto usted loco? ¡Aparte esa metralleta!" Sin moverme de la silla y con la mayor displicencia saqué de uno de mis bolsillos la tarjeta de repatriado y por encima de mi hombro se la entregué a aquel energúmeno. La tarjeta decía: "Fernando Reyes Calvo, súbdito argentino, repatriado de un campo de concentración".

En una de las esquinas de la mesa se encontraba aquel catalán, de Barcelona, que conociendo mis antecedentes salió en mi ayuda, increpando violentamente a aquellos cobardes, los cuales salieron del comedor sin volverme a molestar. La prostituta que les acompañaba se marchó con ellos.

He querido recordar esta escena como prueba de reconocimiento a mis dos enemigos de ayer, hoy leales amigos, dignos de vivir en nuestra querida España con los mismos predicamentos que el mejor y más digno de los españoles.

El comisario —ex comisario— político se apellidaba Mas. He olvidado el apellido del teniente de Líster. Pero a los dos les recuerdo siempre con el mayor afecto.

Aquellos dos hombres, refugiados en Francia a raíz de nuestra guerra civil, se marcharon voluntarios a trabajar a Alemania, con la intención de pasarse a los rusos. Pero cuando vieron llegar al ejército rojo, y fueron testigos del bárbaro proceder de aquellos “libertadores” que asesinaban a un pobre trabajador para robarle el reloj y violaban salvajemente a las mujeres sin importarles su edad ni su condición, los dos llegaron a la misma conclusión: ¡mil veces Franco, antes que el comunismo!

CAPÍTULO VIII

Ya estamos en París.

Con una candidez incomprensible en un hombre con mis horas de vuelo, llego a creer que podré aprovechar la absoluta desorganización que impera en aquellos momentos para conseguir un documento que me permita continuar el viaje, cruzar el Atlántico y situarme en cualquier país de la América del Sur.

Daniel Parra quiere volver a España. Yo, en cambio, estoy obsesionado con la idea de aventura americana, sin que pueda explicarme los motivos. Tal vez haya influido el hecho de haber conocido a Otto Sinker y a Guillermo Doms, que me hablan sin cesar del Brasil, donde podría rehacer mi vida y olvidar un pasado pródigo en sufrimientos, cicatrizar las graves heridas que en mi alma ha dejado el desenlace de una guerra en la que las fuerzas del mal han cerrado el paso al Orden Nuevo, destinado a purificar el corrompido ambiente de una Europa en decadencia. Lejos del viejo continente, en una nueva Tierra de Promisión, tal vez consiguiera desprenderme de unos trágicos recuerdos, sin olvidar mis principios.

París, lo mismo que Bruselas, era en aquellos momentos un feudo norteamericano. La inmensa mayoría de los centros de ayuda estaban en manos de los yanquis, y más concretamente en manos de los judíos, infiltrados en casi todos los comités de ayuda a los repatriados.

Algunos de los que habían formado parte de mi unidad habían conseguido también llegar a París, y pasando por deportados políticos lograban sobrevivir prendidos de aquella tela de araña tan compleja, en la que se podía caer sin posibilidades de liberarse.

Para los que no habían desempeñado ningún cargo, limitándose a vestir el uniforme del ejército derrotado, no resultaba demasiado difícil pasar inadvertido en aquella babel que era el París liberado. No podía decirse lo mismo para quien había sido jefe de los combatientes españoles en los últimos meses de lucha contra el enemigo de Europa y de la civilización: el comunismo. Los españoles que se habían integrado en la Resistencia francesa, y que tantos quebraderos de cabeza habían proporcionado a los alemanes durante la ocupación, gozaban ahora de una situación de privilegio; y en muchos de ellos había despertado de nuevo el ansia de matar. Aquellos resentidos sin fe, sin freno y sin ley, formaban grupos que se dedicaban sin descanso, de día y de noche, a la caza de los que habían cometido el delito de desear una humanidad digna y justa, una Europa unida y una sociedad capaz de desarrollarse de acuerdo con los principios morales sancionados por una larga tradición cristiana.

Llegué al refugio para deportados situado al final de los Campos Elíseos, acompañado de los dos españoles que habían luchado para implantar el comunismo en nuestra patria, de Otto y de Guillermo. Estaba buscando una litera en la que acomodarme, cuando alguien apoyó una mano en mi hombro, al tiempo que me decía:

— ¿Cómo te llamas ahora?

Me volví, sobresaltado, y me encontré ante Eugenio Pinero, que llevaba unos días viviendo allí. Le acompañaban una mujer alemana y dos hijas, una de un año y otra de pecho.

Mientras mis compañeros de viaje buscaban un lugar para instalarnos todos juntos, hice un aparte con Pinero. En una de las esquinas de aquella sala de grandes dimensiones, llena de literas de dos pisos, dejando estrechos pasillos, se encontraba la alemana que acompañaba a Pinero y que él me presentó como su esposa.

Nos sentamos en una litera y Eugenio empezó a explicarme cuál era la situación exacta y la influencia que ejercían el partido comunista y los refugiados españoles. Por sus palabras pude darme cuenta de que las cosas ofrecían un cariz muy difícil para mí, dados mis antecedentes. Sin embargo, no quise que Pinero, que me advertía con la mejor de las intenciones, creyera que mi ánimo había decaído tras la derrota.

Le dije:

— Te agradezco mucho el interés que demuestras por mí, pero puedes tener la seguridad de que no me dejaré cazar como un conejo. Tendrían que pillarme dormido.

Continuaba llevando las botas altas, y en la caña de la bota izquierda conservaba la pistola Walther, con una bala en la recámara y el cargador completo.

Se la mostré a Pinero, diciendo:

— ¿Ves? Este es mi código, Eugenio, con las ocho leyes que estoy dispuesto a aplicarle al primer sospechoso.

Pinero había reunido muchas latas de conservas procedentes de los donativos de los norteamericanos a los deportados políticos. Su presunta esposa me preparó una comida pantagruélica.

Con el estómago lleno, fui en busca de mis compañeros de viaje, que habían encontrado sitio para los cinco.

Al día siguiente, estaba charlando tranquilamente con Pinero cuando me di cuenta de que palidecía y daba muestras de un visible nerviosismo, que no supe a qué atribuir.

— ¿Qué te pasa? —inquirí.

Hizo un gesto con la cabeza, al tiempo que decía:

— Mira, ahí están esos asesinos…

Era un grupo de españoles —cinco—, que vestían uniformes del ejército norteamericano, todos armados con metralletas. Pedían la documentación a todo el mundo.

Antes de que llegaran al lugar en el que nos encontrábamos, saqué la pistola de la caña de mi bota y la oculté debajo de la manta de la litera en la que estaba sentado en compañía de Pinero.

Cuando llegaron junto a nosotros, aquellos individuos se encararon con Pinero.

— ¿Todavía sigue aquí? —le preguntaron.

— Sí, no hay manera de que me entreguen los documentos que necesito para salir.

El individuo que había hablado se volvió hacia mí.

— Y tú, ¿quién eres?

— También soy español.

— ¿Cómo te llamas?

— Fernando Reyes Calvo.

— ¿De dónde eres?

— De Madrid.

— ¿Tienes algún documento?

Le mostré mi tarjeta de deportado, que certificaba mi procedencia de un campo de concentración alemán, y el individuo pareció darse por satisfecho.

Mientras se alejaba en compañía de sus camaradas, Pinero exhaló un suspiro de alivio.

El comedor se hallaba instalado en un espacio libre, al fondo de la sala. Las mesas eran para diez comensales, y cada una de ellas tenía a su servicio un camarero. Terminé por darme cuenta de que las mejores tajadas caían siempre en mi plato. No podía ser una casualidad. Efectivamente, el camarero que servía a nuestra mesa había formado parte de mi unidad. Yo no recordaba su cara, y ni siquiera conocía su nombre. Tuvo que presentarse él mismo. Le llamaban "el Sordo".

Entre los míos se corrió la noticia de que me encontraba en el refugio para deportados, y mis camaradas, procuraron por todos los medios visitarme. Recuerdo de un modo especial la visita de un gran camarada, Ricardo Burguera. Estando yo tumbado en mi litera, pasó más de cuatro veces por delante de mí sin decirme nada, hasta que se presentó acompañado de Pinero. En la mano llevaba una bolsa de las que entregaban a los enfermos.

Lo primero que hizo fue entregarme aquella bolsa, en la que había comida y unos paquetes de cigarrillos americanos.

— Vi a "Chistu" —me dijo—, el cual me dio la noticia de que usted estaba vivo y se encontraba en París. Le hemos buscado por todos los campos y centros de refugiados, hasta que hoy me he tropezado por casualidad con el Sordo y me ha dicho que estaba aquí. Creo que podré conseguirle la documentación que necesite. En una oficina que han instalado los norteamericanos en la Avenida Kleber tengo una amiga letona que me suministra comida, tabaco y los documentos que le pido.

— Esto podría ser muy interesante —le dije—. Necesito un documento que me permita embarcar con destino a cualquier país de la América del Sur o del Centro.

— No se preocupe. Hoy mismo hablaré con mi amiga y creo que lo podremos conseguir.

Después de informarme de lo que había sido de muchos de nuestros camaradas, Ricardo Burguera se despidió.

Los dos españoles que durante nuestra guerra civil habían luchado en las trincheras republicanas, defendiendo la causa comunista, y que desde Francia se habían desplazado a Alemania como trabajadores para estar más cerca de Rusia buscando la ocasión de pasarse al Ejercito Rojo, ahora deseaban ardientemente volver a España. Aquellos dos hombres me ayudaron incondicionalmente, y no lo hicieron sólo conmigo, sino con todos los que habían luchado contra los comunistas. Ignoro de qué medios se valieron, pero consiguieron unas listas elaboradas por los partidos marxistas en las que figuraban todos aquellos que estaban considerados como "criminales de guerra". Todas ellas estaban encabezadas por mi nombre.

Al día siguiente se presentó Burguera, muy pasadas las doce de la mañana.

— ¿Hay alguna novedad? —le pregunté—. Te esperaba mucho más temprano.

— Me ha sido imposible venir antes. Anoche no pude ver a mi amiga. He estado con ella esta mañana, y la cosa no va a resultar tan fácil como parecía. Desde luego, podemos conseguir un billete de tren hasta Hendaya, o cualquier otro punto de la frontera española, pero no hay modo de obtener un pasaporte para un país hispanoamericano. Es preciso tener familiares allí, y desde aquí preguntan si es cierto que son familiares y si el peticionario ha vivido antes en el lugar que cita como residencia.

Todo esto significa que hay que esperar, cosa muy peligrosa para usted.

— ¿Qué crees que se puede hacer?

— Puedo entregarle mi documentación, con la cual podrá circular libremente por toda Francia. Esta tarde iremos a la oficina en la que trabaja mi amiga y nos entregará un billete de ferrocarril hasta el punto de la frontera franco—española que usted prefiera. Una vez allí, tendrá que valerse por sus propios medios.

Aquel mismo día fuimos trasladados a otro refugio, situado en el extrarradio de París. Allí había muchos alemanes, todos ellos con familiares en Argentina, Brasil, Perú, Chile, etc. Habían llegado a Alemania procedentes de aquellos países, y tenían en ellos parientes o amigos. Yo, en cambio, no tenía a nadie. ¿Qué podía hacer entre ellos? Me decidí, y al día siguiente regresé al antiguo refugio, después de despedirme de Otto y de Guillermo, a los que nunca más volvería a ver.

Mis dos enemigos de ayer, amigos de hoy, me consiguieron una litera contigua a la suya, y entré de nuevo en contacto con mis camaradas.

Tengo ya mi nueva documentación y un billete de ferrocarril hasta la frontera franco—española. He dejado de llamarme Fernando Reyes y a partir de este momento seré Ricardo Burguera.

Mi punto de destino es Bayona. Burguera me acompaña a la estación y permanece en el andén hasta que el tren se pone en marcha. Me desea mucha suerte.

Está amaneciendo.

Pienso en mi situación. En la zona fronteriza hay centenares de personas que me conocen… Me resultará muy difícil pasar inadvertido. No he pegado un ojo en toda la noche, y me quedo adormilado. Cuando despierto, estamos ya en Burdeos. Me asomo a una ventanilla y veo caras conocidas. Me doy cuenta de que no puedo seguir. Tengo que apearme del tren y mezclarme entre la gente para poner distancia entre ellos y yo. Me dejo empujar por un grupo y sigo con él hasta que salimos de la estación.

Tengo un poco de dinero, no mucho. Conozco Burdeos y pienso recurrir a un capuchino, el Padre Benito, que vive en un convento situado en las afueras de la ciudad. Los transportes públicos están en plena reorganización, y me veo obligado a ir andando. Tardo más de tres horas en llegar. Estoy convencido de que el capuchino me recibirá bien, pero me encuentro con la desagradable sorpresa de que ya no está allí. El lego que me abre la puerta me informa de los padres que hay en el convento. De los que yo conozco, sólo quedan un padre mejicano y fray "Donostia", un furibundo separatista vasco del que no puedo fiarme. De modo que regreso a la ciudad.

Me dirijo al barrio de las prostitutas. Pienso que allí me resultará más fácil encontrar una cama para dormir sin tener que inscribirme en ningún registro ni presentar

documentos. Como ya he dicho, dispongo de poco dinero y paso por la vergüenza de tener que regatear "el precio" con una prostituta. Hablo con ella y le cuento una historia fantástica para que me deje descansar. Le hablo de los campos de concentración, de mis sufrimientos… Ella se compadece de mí: también a su marido se lo llevaron a uno de aquellos campos y no ha vuelto a saber de él. Me quedo dormido y descanso unas horas. Antes de que amanezca ya estoy de nuevo en la calle. Se me ha ocurrido que el Canciller del Consulado español, o el jesuita que regenta la Casa de España, al que conozco y al que tuve ocasión de prestar un servicio, pueden orientarme acerca de la situación en la frontera.

Con los francos que me quedan puedo recorrer algunos cafés y enterarme de quienes son los que llevan la voz cantante, los españoles que manejan los hilos del tinglado. Compruebo que muchos descendientes de Moisés se habían ocultado en los caseríos, y ahora algunos de ellos mangonean las organizaciones de refugiados españoles. Mal asunto. La mayoría de aquellos grupos continúan aplicando los sistemas que intentaron implantar en España: las checas y el "paseo". Muchos de aquellos españoles habían sido liberados de los campos de concentración cuando los alemanes ocuparon Francia, habían trabajado en la organización Todt, habían sido respetados e incluso tratados con cierto favoritismo por las autoridades alemanas; pero, ahora, muchos necesitaban justificarse y no vacilaban en cometer los peores atropellos.

Alrededor de la hora del almuerzo me dirigí al Consulado de España. Conocía al Canciller, y tal vez él pudiera orientarme. Adoptando el máximo de precauciones esperé a que saliera y le abordé en la misma acera. Me reconoció inmediatamente.

— Pero… ¿está usted vivo? —tartamudeó.

— Desde luego. Ya sabe lo que se dice de la mala hierba —intenté bromear.

Pero el Canciller no estaba para bromas.

— ¡Por Dios, alejémonos de aquí! ¡Vamos, vamos! Si le reconoce alguien, no vacilarán en matarle.

Echamos a andar y nos metimos en un portal. El Canciller se asomó varias veces, para asegurarse de que nadie nos había seguido.

Cuando se convenció de que no había moros en la costa, salimos de nuevo a la calle y me llevó a un café, cuyos dueños eran amigos suyos. Nos hicieron pasar a la trastienda, y el Canciller encargó comida para los dos. Mientras comíamos, me explicó:

— Cuando el ejército alemán se retiró, los refugiados españoles se hicieron los amos de todo. Entraron a saco en el Consulado. No puede usted imaginarse lo que pasamos, hasta que las autoridades francesas lograron hacerse con el control del orden público. Incluso ahora se presentan algunos exigiendo "donativos" de dinero, que en muchas ocasiones nos vemos obligados a entregar, si no queremos que quemen el edificio

o que nos peguen un tiro. Aunque lo cierto es que cada día estamos más protegidos por las autoridades francesas.

"Esos individuos han confeccionado unas listas de todos los que han luchado con Alemania después de haberse retirado la División Azul, y en todas ellas figura usted en cabeza. Si consiguen localizarle, nadie podrá librarle de la muerte.

— Estoy convencido de ello —le dije—. Pero le tengo mucho apego a mi pellejo, y con la ayuda de Dios espero conservarlo entero.

— Bien, vaya a ver al Padre jesuita del Hogar Español. Está en la calle… número… Yo le llamaré por teléfono y me presentaré allí cuando haya hecho unas gestiones inaplazables. Espéreme hasta que llegue.

— De acuerdo.

Tardé dos horas en llegar al Hogar Español, instalado en un viejo caserón en las afueras de Burdeos. Las palabras del Canciller me habían hecho comprender la necesidad de mantenerme siempre en guardia, pendiente de los rostros de las personas que me rodeaban o que se cruzaban conmigo. Por ello renuncié a utilizar algún medio de transporte público, ya que si alguien me reconocía a bordo de un autobús, por ejemplo, quedaría encerrado en una trampa de la que me resultaría muy difícil salir.

A mi llamada, acudió una monja.

— ¿Qué desea? —inquirió.

— Tengo que hablar con el Padre X.

— En estos momentos, el Padre está descansando y no puede recibir a nadie.

— ¿Cuándo puedo verle?

— Dentro de una hora, quizás.

— Bien, volveré dentro de una hora.

Procuré no alejarme mucho de allí, y entré en un pequeño café. Pedí una copa de coñac. En una de las mesas, un grupo de hombres jugaban a cartas. Les oí discutir en español. Me fijé con detenimiento en sus rostros, pero no reconocía ninguno de ellos. Me tomé el coñac tranquilamente, matando el tiempo que faltaba para la cita.

Cuando me presenté de nuevo en el Hogar de España, me abrió la puerta un religioso joven. Al darle mi nombre me hizo pasar a una sala de espera y me rogó que me sentara, mientras él iba a avisar al Padre X.

Pocos instantes después apareció el Padre X, en compañía del Canciller. Este

último me habló en un tono completamente distinto del que había empleado tres horas antes. Por lo visto, el jesuita le había metido el miedo en el cuerpo.

— Hemos estado discutiendo su caso con el Padre, y hemos llegado a la conclusión de que es absolutamente necesario que se marche de Burdeos cuanto antes. De seguir aquí, no tardará en caer en manos de algún grupo incontrolado, y nadie podrá salvarle. Y si se enteran de que nosotros le hemos ayudado, correremos el mismo peligro.

— Nos gustaría mucho poder ayudarle —intervino el jesuita—, pero no estamos en condiciones de hacerlo. Hágase cargo de nuestra situación… Los refugiados españoles sospechan de nosotros, y cualquier movimiento que hiciéramos en favor suyo podría resultar incluso contraproducente para usted. Creo que debe seguir el consejo del señor Canciller y salir de Burdeos lo antes posible. Si tiene que pasar alguna otra noche aquí, lo mejor será que acuda al Refugio de la *Rue Vaillant*, donde no le exigirán ningún documento ni le cobrarán nada por la cama…

Me puse en pie, y mirando al jesuita a los ojos, dije: —No se preocupen por mí. A partir de este momento, no les conozco de nada.

Me encaminé hacia la puerta. Pero, antes de que pudiera abrirla, el Canciller me llamó.

Me volví, inquiriendo: —¿Qué desea?

— Le ruego que acepte estos mil francos. Puede necesitarlos… —Agradezco su limosna, pero no puedo aceptarla. Muchas gracias, de todos modos.

El Canciller quedó desconcertado por mi respuesta, y se encogió de hombros con un gesto de resignación… o de remordimiento.

Salí del caserón lleno de amargura. Incluso su nombre resultaba irónico: ¡Hogar de España! Hogar, más bien, de vividores y pancistas, que olvidaban los favores que en otra época habían pedido y habían recibido.

Caminé durante el resto de la tarde, sin rumbo fijo, ideando mil planes para resolver mi situación… y rechazándolos todos por descabellados. Al anochecer me encontré en la *Rue Vaillant*. Había llegado a ella sin darme cuenta. Mi subconsciente me había guiado, por lo visto, a la dirección que me había dado el jesuita. Decidí aprovechar la ventaja que me ofrecía aquel Refugio, ya que en mi situación no podía permitirme el lujo de dejar de ahorrar unos francos por un amor propio mal entendido: al fin y al cabo, el jesuita se había limitado a darme la dirección de aquel refugio, no era un favor "directo" que me hacía…

Fue una de las decisiones más insensatas que he tomado en toda mi vida. El "Refugio" en cuestión era una especie de cuadra, que albergaba por la noche a un par de docenas de *clochards*[18] de la peor condición. Nunca había visto tanta miseria ni tanta

suciedad. Las cucarachas campaban por sus respetos, y cuando traté de sentarme en uno de los camastros —tres tablas y un jergón de paja—, las chinches y los piojos se desplegaron en guerrilla, tratando de saborear sangre española. Entonces decidí salir de allí. Pero la puerta estaba cerrada, y a pesar de mis golpes y mis gritos, no acudió nadie. Aquella fue la noche más larga de mi vida. La pasé maldiciendo al jesuita, lamentando haberle visitado y jurándome a mí mismo huir de las sotas como del fuego.

Cuando por la mañana, muy temprano, abrieron las puertas, busqué un lugar donde lavarme y decidí marcharme inmediatamente de Burdeos, camino de la frontera.

En las afueras de Burdeos entré en un bar y pedí un café. El dueño, que hacía también de camarero, me preguntó:

— ¿Es usted repatriado?

— Sí —contesté—, mostrándole mi documentación a nombre de Ricardo Burguera.

Me sirvió el café. Lo tomé con verdadera ansia. El hombre volvió a preguntarme:

— ¿Es usted refugiado político?

La curiosidad del dueño del bar empezaba a resultarme sospechosa. Sabido es que los bares son una de las fuentes de información más fructíferas para la policía, ya que el alcohol desata muchas lenguas. Además, los dueños de esos establecimientos procuran mantener buenas relaciones con los agentes de la autoridad, por si se presenta la ocasión de que tengan que taparles algún pecadillo.

— No —contesté—. Fui a Alemania como trabajador y los rusos me hicieron prisionero. Ahora trato de llegar a San Sebastián, donde vive mi familia.

Salí de la taberna y sin pensarlo dos veces crucé Burdeos de punta a punta en busca de la carretera que había de llevarme a Mont de Marsan, en dirección a España. Caminé sin parar hasta que se hizo de noche, descansé unos minutos, muy pocos, para seguir caminando por aquella carretera desierta. De pronto, los faros de un camión que se aproximaba me hicieron saltar precipitadamente a la cuneta. Cien metros más adelante, el camión se paró. Contuve la respiración… para expulsar poco después todo el aire acumulado en mis pulmones, con una sensación de alivio: el vehículo se había detenido simplemente para alimentar su gasógeno.

Continué andando toda la noche, como un robot, flexionando las piernas cuando mis músculos se agarrotaban, pero avanzando, avanzando siempre, con una voluntad de hierro.

Amanecía cuando llegué a Arcachon. Mi estómago vacío empezaba a dar señales de descontento, pero a aquella hora tan temprana todos los establecimientos estaban cerrados y juzgué más prudente no esperar a que abrieran. Cuando dejé atrás las últimas

casas del pueblo la carretera empezó a poblarse de coches y de peatones. Algunos me miraban con mal disimulada curiosidad. La verdad es que mi aspecto era de lo más desastroso. De modo que decidí apartarme de la carretera y tomar caminos secundarios, y entre árboles y huertos, a trancas y a barrancas, puesto que las piernas empezaban a pesarme como plomos, continué andando hasta que el sol comenzó a calentar de firme. Había llegado a un bosquecillo y localicé un paraje muy tupido, lleno de zarzas. Me arrastré como un reptil por debajo de ellas, dispuesto a descansar unos instantes. Instantes que se convirtieron en horas, ya que me quedé dormido y al despertar comprobé que estaba empezando a oscurecer. Para colmo de desdichas, caía una fina lluvia que era seguramente lo que me había despertado.

Cerré los ojos y me recordé a mí mismo el juramento que me había hecho: llegar a España, a toda costa. Tenía los miembros entumecidos, pero eché a andar. Mi decisión de no salir a la carretera dificultaba mi marcha. Tenía una pequeña brújula para orientarme, pero a pesar de conocer la dirección en la que avanzaba ignoraba el lugar en el que me encontraba. Los bosques me protegían, ciertamente, pero me habían situado en una especie de laberinto. La lluvia seguía cayendo y la oscuridad era impenetrable, por lo que tropezaba continuamente. A veces perdía el equilibrio y daba con mis pobres huesos en el suelo, pero me levantaba inmediatamente y continuaba andando, adelante, siempre adelante, hasta el amanecer.

Al hacerse de día me encontré en las proximidades de un pueblo y pensé en la necesidad de rodearlo para que no me vieran. Pero estaba llegando al límite de mis fuerzas y decidí arriesgarme. En la carretera, una flecha con la indicación: DAX. La gente que se cruzaba conmigo me miraba con desconfianza, hasta que por fin unos hombres me cerraron el paso, me hicieron entrar en el café del pueblo y empezaron a interrogarme: quién era, de dónde venía y a dónde me dirigía. No me cachearon; se limitaron a registrar mi macuto, en el que sólo había unos pañuelos, dos pares de calcetines y tres camisas, todo ello manchado de barro. Les mostré mi tarjeta de deportado político a nombre de Ricardo Burguera. Me obligaron a contarles mi odisea, mis sufrimientos en los campos de concentración, pero a ninguno de ellos se le ocurrió ofrecerme un café o un bocadillo.

De pronto se presentó en el café un individuo mejor trajeado que los que hasta entonces me habían interrogado. El recién llegado me pidió la documentación. Se la entregué y la examinó cuidadosamente. Luego me dirigió una serie de preguntas, repitiéndolas a veces como si tratara de pillarme en alguna contradicción. Pero me sabía la lección de memoria y no resultaba fácil hacerme caer. Finalmente, encargó que me sirvieran un bocadillo y un café con leche. Algo muy de agradecer, aunque en aquel momento sólo sirviera para engañar al estómago.

Luego me dijo:

— Estamos cerca de aquí cortando y aserrando árboles. Necesitamos obreros. Puedo llevarle en mi coche y dejarle un par de días en uno de los barracones para que se reponga y pueda trabajar. Tres compatriotas suyos trabajan con nosotros desde hace unos

meses—La noticia de que había españoles allí me dejó intranquilo. Nunca se sabe dónde puede saltar la liebre, y si alguno de aquellos trabajadores me reconocía, toda mi historia se vendría abajo. Pero decidí correr el riesgo. Era sábado, y aquel patrón iba a pagar a sus obreros. Cuando llegamos al tajo, todos los hombres estaban reunidos en un barracón que hacía las veces de comedor. Todos me miraron como si fuera un bicho raro; la verdad es que con mi indumentaria y mi pelambrera, no podían mirarme de otra forma. Mi acompañante, y desde aquel momento mi patrón, les explicó mi odisea. Es decir, la historia que yo le había contado.

Después de aquello, los españoles me acosaron a preguntas.

El patrón entregó su sobre a cada uno de los grupos. Los hombres repartieron el dinero e inmediatamente se dispusieron a marcharse al pueblo más próximo, como hacían todos los fines de semana. Me informaron dónde podía dormir y dónde estaban las provisiones para que pudiera prepararme la comida aquel sábado y el domingo. Se marcharon todos menos un español llamado Luis. Según él, no había ido al pueblo ni una sola vez en todo el tiempo que llevaba allí.

Cuando nos quedamos solos, Luis empezó a hablarme de España y de la nostalgia que sentía. Sin preguntarme nada, me contó su historia. Había hecho la guerra de España como soldado en el bando republicano, y había cruzado la frontera con los vencidos, yendo a parar a un campo de concentración. No podía olvidar que, estando en aquel campo, habían llegado unos camiones del Ejército llenos de panes, con soldados franceses subidos sobre ellos. Desde lo alto, rodeados por la famélica multitud, arrojaban los panes a la masa humana para gozar del espectáculo que ofrecían aquellos seres hambrientos luchando con uñas y dientes por la posesión de un pan.

— Los franceses nos trataban como a perros, peor aún… Para ellos no éramos más que una partida de indeseables.

Lo que Luis me había contado me puso en guardia, y permanecí todo el sábado y todo el domingo sin apenas hablar, tumbado la mayor parte del tiempo en mi camastro, reponiendo fuerzas.

El lunes se reanudó el trabajo. La tarea que me asignaron era aparentemente sencilla: alimentar la caldera a vapor que movía la sierra. Pero tenía que medir cuidadosamente la presión, ya que el menor descuido me podía costar un disgusto, puesto que el patrón, en cuanto ocurría algo relacionado con un español, lo denunciaba como sabotaje.

Me levantaba antes que nadie, trabajaba de sol a sol, y al término de la jornada sólo tenía ganas de acostarme, hasta el punto de que la mayoría de los días renunciaba a la cena a cambio de un par de horas más de descanso. Muchas noches, Luis me traía un bocadillo de queso a la cama y me obligaba a comérmelo. Nos hicimos muy buenos amigos. También él quería regresar a España. ¿Quién era Luis? Lo ignoro, pero puedo

afirmar que era un español con todas las de la ley.

El cobro de mi primera quincena coincidió con las fiestas de Dax, durante las cuales se celebraban incluso corridas de toros. Luis y yo nos quedamos solos, como de costumbre.

Uno de los conductores de los camiones se había dejado una bicicleta en el tajo. El domingo, alrededor de las once de la mañana, cogí aquella bicicleta y le dije a Luis que iba a dar un paseo. Sonrió y me dijo: —¡Que tengas suerte! —Vuelvo en seguida —añadí. Y Luis repitió:

— ¡Suerte, Miguel! Allá nos veremos.

Empecé a pedalear pensando en lo que habría querido decir Luis con sus enigmáticas palabras. No tardé en unirme a dos ciclistas que iban en la misma dirección. Me mantuve a su rueda durante algunos kilómetros, pero al llegar a un pronunciado repecho me quedé atrás y les perdí de vista. Tuve que apearme varias veces, pero finalmente llegué a Bayona.

Con la paga en el bolsillo, podía comer algo; de modo que entré en una taberna situada cerca del cementerio y que era propiedad de unos españoles que llevaban muchos años residiendo en Francia. Allí pregunté por Manolo "el Zapa", otro español que vivía en Bayona y que me debía muchísimos favores. Los dueños de la taberna le conocían perfectamente; me dieron su dirección, aunque me advirtieron que no me molestara en ir a verle, porque se había marchado a Dax, con la intención de asistir a la corrida de toros, y no regresaría hasta la noche.

Salí de la taberna. Estaba lloviendo de nuevo, de modo que me refugié en el cementerio; encontré un panteón abierto y vacío, me metí dentro y esperé a que oscureciera. Cuando se hizo de noche me dirigí a casa del "Zapa". La lluvia se había convertido en un verdadero diluvio. Me abrió la puerta el propio "Zapa". Al reconocerme, y sin darme tiempo a decir nada, exclamó brutalmente: "¡Fuera de aquí, perro fascista!" Y me cerró la puerta en las narices.

Monté en mi bicicleta y enfilé la carretera de la costa en dirección a Biarritz. El incalificable proceder de aquel individuo, al que en circunstancias muy difíciles para él había prestado toda mi ayuda, me había llenado de rabia. Y creo que esa rabia fue la fuerza motriz que empujó a mis piernas y robusteció mi voluntad de llegar a España.

Antes de llegar al puente, vigilado por soldados senegaleses, me salí de la carretera, oculté la bicicleta entre unos arbustos y me adentré en el monte. Caminé durante toda la noche, bajo una lluvia tenaz. Los ladridos de los perros me advertían de la proximidad de algún caserío, y la lluvia, que tanto dificultaba mi marcha, era al mismo tiempo una protección para mí.

Al amanecer cesó la lluvia. Y con las primeras luces del alba divisé una paridera y

me encaminé hacia ella. La puerta estaba abierta y dentro había un gran montón de paja. Me desnudé del todo, puse mi ropa a secar y me metí dentro de la paja. Cuando desperté era de noche. Mis ropas estaban secas. Me vestí y reemprendí la marcha, siempre hacia el sur, guiándome con mi pequeña brújula. Aquella noche tuve que hacer frecuentes altos para descansar, puesto que las fuerzas empezaban a fallarme. Llevaba más de dos días sin probar bocado.

Amaneció un nuevo día y allá a lo lejos, delante de mí, vi erguirse unos montes que tenían que ser de España. Parecían muy cercanos y, a la vez, inalcanzables. Quizás no fuesen más que un espejismo, un desvarío de mi imaginación…

Poco después oí un resonar de esquilas y los ladridos de un perro. Por allí cerca tenía que andar un rebaño. Orientado por aquellos sonidos, no tardé en localizar un grupo de ovejas. Donde hay ovejas hay pastor, me dije, y me encaminé hacia ellas.

Dios aprieta pero no ahoga… El pastor era un hombre entrado en años y tenía esa sencillez de carácter, sin recovecos ni dobleces, que sólo se encuentra en las personas que viven en comunión íntima y permanente con la naturaleza. Hablaba en vascuence, pero chapurreaba el español y el francés. Le dije que trataba de llegar a España, y me indicó el camino más favorable. Me invitó a compartir su desayuno —pan y tocino—, su bota y su tabaco.

Reemprendí la marcha con nuevos ánimos. Pero, en pleno campo, las distancias son engañosas, y aquel monte que era mi objetivo y que parecía estar al alcance de mi mano, seguía de hecho lejano e inaccesible tras horas y horas de andar. Al atardecer, completamente agotado, me senté a descansar debajo de unos árboles… y desperté cuando amanecía un nuevo día, entumecido y con todo el cuerpo dolorido, como bajo los efectos de una descomunal paliza. Al principio, las piernas se negaban a llevarme, pero me impuse la obligación de andar, andar, con la mirada fija en aquel monte que se había convertido en una obsesión para mí, y que no podría seguir alejándose eternamente.

Ando, y ando, monte arriba y monte abajo, apelando a mis últimas fuerzas, cegados a veces mis ojos por lágrimas de impotencia y de desesperación. Pero ando, y ando, hasta que llego a la falda del monte de mis sueños: la línea divisoria se encuentra en la misma cresta. Empiezo a trepar, tropezando a cada instante, agarrándome a los matorrales, apoyándome en un árbol para recobrar el aliento…

De pronto, veo una caseta y unas personas que entran o salen. Veo unos uniformes: ¡La Guardia Civil! Echo a correr como un loco y oigo que alguien grita: "¡Alto! ¡Alto!''

Estoy en España.

NOTAS

1 Integraron la División Azul 17.000 voluntarios españoles. La unidad combatió en el frente de Leningrado desde octubre de 1941. Después de su retirada, se mantuvo en el frente la Legión Española de Voluntarios, compuesta por 2.000 combatientes, que también fue retirada unos tres meses más tarde. (N. del E.).

2 La Organización Todt (en alemán, Organisation Todt, OT) era el grupo de construcción y de ingeniería durante los años del Tercer Reich, que esclavizó a cerca de 1,5 millones de personas de los países ocupados, con la misión de construir infraestructuras de comunicaciones y militares, así como fábricas de armamentos y campos de concentración.

La Organización Todt fue la encargada de construir la "Muralla del Atlántico" para prevenir la invasión aliada de Francia, las bases de submarinos y las defensas alemanas en Italia, como la "Línea Gustav".

3 Banesto: acrónimo de Banco Español de Crédito

4 Capitán

5 Comandantes de las SS

6 Teniente de las SS

7 La estación de ferrocarril más importante de Berlín

8 Correo militar

9 Pasado el tiempo no debía extrañarme el modo de pensar de Martín de Arrizubieta, personaje pintoresco, por llamarle de algún modo, con increíbles avatares en una vida presidida por el signo del camaleón. Hijo único de un matrimonio vasco, su padre fue patrón de barco y más tarde práctico del puerto de Bilbao. Martín estudió la carrera eclesiástica con los jesuitas, pasando posteriormente al clero secular. En 1936, al comienzo de nuestra guerra civil, se alistó voluntario en los batallones vascos, ya que militaba en el partido separatista. Al derrumbarse el frente del norte fue hecho prisionero por los nacionales, pero alegó su condición de sacerdote, haciendo creer a los franquistas que los rojos le habían obligado a luchar con ellos. Logró que le destinaran a un batallón de requetés, donde se le reconoció el grado de teniente; permaneció allí unos meses hasta que consiguió un permiso que aprovechó para desertar y pasar a Francia. Vivió en la zona de San Juan de Luz con el apoyo de los separatistas vasco-franceses, pero, al estallar la Segunda Guerra Mundial, terminó su vida cómoda, ya que en una de las levas que efectuaban los franceses cayó en manos de un oficial de la Legión Extranjera, el cual le convirtió "voluntariamente" en legionario y le encuadró en un batallón que desde Marsella salía hacia el frente. Logró pasarse a las filas alemanas, y, aunque al principio fue a parar a un campo de prisioneros, un jesuita amigo suyo intercedió por él ante el matrimonio Faupel. Reclamado por el general, se convirtió en uno de los hombres fuertes del Instituto Iberoamericano. Dirigía también un semanario dedicado a los trabajadores españoles llamado "Enlace". Cuando la situación en Alemania empezó a deteriorarse, los Faupel me sugirieron que encuadrara a Arrizubieta en mi Unidad. Ingresó en la Compañía que tenía que salir hacia el Tirol. La Compañía en cuestión no pudo llegar a su destino y sus miembros

se desperdigaron. Martín de Arrizubieta fue a parar a la Plana Mayor de Tito en Yugoslavia. Cuando Tito entró en contacto con el Vaticano, uno de los que componían la comisión era Arrizubieta.

Terminada la guerra, permaneció algún tiempo en Francia, en aquella zona en la que se habla y se piensa en vascuence, hasta que, un buen día, pasó a España y, sin que le pidieran ninguna explicación, fue reconocido sacerdote y destinado a la parroquia de Santa Marina de Aguas Santas, de Córdoba.

[10] Bazooka

[11] Se trata de la Walther P38, la pistola de dotación ordinaria en el Ejército alemán

[12] Mujeres de vida licenciosa

[13] A lo largo del libro, el autor indica, en varias ocasiones, que su unidad estaba integrada en las *Waffen-SS*, por lo que, en puridad, la denominación de su nuevo rango sería la de *SS-Obersturmbannführer*

[14] Ni Zander ni Axmann eran generales. Wilhelm Zander fue SS-Standartenführer y ayudante de Martin Bormann, en tanto que Arthur Axmann fue el Jefe de la Hitlerjugend (Juventudes Hitlerianas)

[15] Probablemente, el autor se refiere al Mariscal Georgi Konstantinovich Zhukov, que conquistó Berlín para el Ejército Rojo

[16] Coronel

[17] Se refiere al general Edelmiro Julián Farrell, que fue Presidente de Argentina entre 1944 y 1946.

[18] Vagabundos